

EXPLORADOR CHINA

1



**LE MONDE
diplomatique**

La dueña del futuro

1

CHINA
EXPLORADOR

LE MONDE
diplomatique

La dueña del futuro

STAFF**1 EXPLORADOR****Edición**

Carlos Alfieri

Diseño de colección

Javier Vera Ocampo

Diagramación

Ariana Jenik

Edición fotográfica

Luciana Rabinovich

Investigación estadística

Juan Martín Bustos

Corrección

Alfredo Cortés

LE MONDE**DIPLOMATIQUE****Director**

José Natanson

Redacción

Carlos Alfieri (editor)

Pablo Stancanelli (editor)

Creusa Muñoz

Luciana Rabinovich

Luciana Garbarino

Secretaría

Patricia Orfila

secretaria@eldiplo.org

Producción y circulación

Norberto Natale

Publicidad

Maia Sona

publicidad@eldiplo.org

www.eldiplo.org**Redacción, administración, publicidad y suscripciones:**Paraguay 1535 (C1061ABC)
Tel: 4872-1440 / 872-1330

Le Monde diplomatique / Explorador es una publicación de Capital Intelectual S.A. Queda prohibida la reproducción de todos los artículos, en cualquier formato o soporte, salvo acuerdo previo con Capital Intelectual S.A.

© Le Monde diplomatique

Impresión:Formacolor Impresores,
Camarones 1768, Ciudad
de Buenos Aires**Distribución en Cap. Fed.****y Gran Buenos Aires:**Vaccaro, Sánchez y Cia S.A.
Moreno 794, piso 9
Tel. 4342-4031 ArgentinaDistribución interior y exterior:
D.I.S.A. Distribuidora Interplazas
S.A. Pte Luis Sáenz Peña 1836
Tel. 4305-3160 ArgentinaLe Monde diplomatique (París)
Fundador: Hubert Beuve-MeryPresidente del directorio y
Director de la Redacción:
Serge HalimiDirector General: Alain Gresh
Jefa de Redacción:
Martine Bulard

1-3 rue Stephen-Pichon,

75013 Paris

Tel: (331) 53949621

Fax: (331) 53949626

secretariat@monde-diplomatique.fr
www.monde-diplomatique.fr**INTRODUCCIÓN**

La historia por asalto

por Carlos Alfieri

A partir del atraso, la miseria y el oprobio seculares y en un período increíblemente breve, China tomó por asalto la historia y se instaló en el primer plano de la escena mundial.

Entre los innumerables cambios que los últimos tres decenios y medio de historia generaron se cuenta el haber destruido todas las certezas en cuanto a la previsibilidad de los cauces por los que discurriría el futuro geopolítico de la humanidad. A mediados de la década de 1970, parecía perdurable la bipolaridad del mundo, con un capitalismo liderado por Estados Unidos y que admitía grados crecientes de protección social en Europa (la “sociedad del bienestar” surgida de la segunda posguerra), y un socialismo que tenía a la Unión Soviética como gran potencia y a la China de Mao Zedong, todavía muy atrasada, como una variante discolada e independiente del mismo campo ideológico.

Un cierto determinismo histórico dominaba en casi todas las corrientes de pensamiento, marxistas o no, que hacía inconcebible el retroceso hacia etapas anteriores de la organización socio-económica. Por supuesto, variaban las concepciones teleológicas: para los marxistas, era indudable que el socialismo representaba una fase superior del desarrollo de la humanidad, y el mundo se encaminaba inexorablemente hacia él; para los capitalistas, el mercado y la libre empresa terminarían arrasando al socialismo y otorgando a la sociedad grados de riqueza nunca vistos. Aunque diferían radicalmente, ambas estaban imbuidas de la idea de progreso.

A finales de la década de 1980 y principios de la siguiente, la implosión de la Unión Soviética –que tomó por sorpresa a la inmensa mayoría de los analistas políticos– cambió bruscamente el mapa del mundo. El capitalismo, bajo la triunfante doctrina neoliberal, reveló entonces su rostro más feroz: conquistas sociales que llevaron más de cien años conseguir son derribadas una a una, mientras el desatado poder financiero llevó al mundo a una crisis de excepcional gravedad, de la que nadie ve a ciencia cierta la salida.

El viento del Este

Muerto Mao en 1976 y acabados los caóticos diez años de la Gran Revolución Cultural Proletaria,

Deng Xiaoping asciende al poder en China e impone una serie de reformas de una audacia imprevista y de resultados asombrosos. ¿Reimplantaron Deng y sus herederos políticos el capitalismo? ¿Crearon el “socialismo de mercado”? ¿Establecieron una reforma análoga a la que introdujo Lenin en la URSS en 1921, la llamada Nueva Política Económica (NEP), que puso en funcionamiento algunos mecanismos capitalistas (aunque a una escala infinitamente más pequeña)? Las posibles respuestas a estos interrogantes son bastante más complejas que las preguntas.

Lo peculiar de la vía de desarrollo adoptada por el Partido Comunista Chino hacia 1978 consistía en que era doblemente heterodoxa. Lo era, naturalmente, con respecto a la tradición marxista: la implementación de formas de libre mercado y normas liberales para atraer al capital extranjero configuraba una estructura capitalista en medio de un Estado definido como socialista, y encontraba difícil cobijo en el que se había denominado marxismo-leninismo-pensamiento Mao.

(En marzo de 2004, la Décima Asamblea Popular Nacional introduciría una reforma histórica en la Constitución de la nación, que incluía la protección de “la propiedad privada legítima”).

Pero también era heterodoxa en relación con la ideología neoliberal, puesto que todos los resortes decisarios permanecían férreamente en manos del Estado.

Lo cierto es que el capital extranjero afluyó en enormes cantidades y empresas de todo origen se radicaron en la que fue bautizada “la fábrica del mundo”. La inmensa oferta y los bajísimos costos de la mano de obra, la preparación y disciplina de los trabajadores, más la prohibición legal de las huelgas y de la organización de sindicatos hicieron paradójicamente de la China formalmente comunista un paraíso capitalista.

El Gran Salto Adelante

China era todavía en la década de 1970 un país subdesarrollado esencialmente agrícola. Su espectacular crecimiento económico ha sido uno de los aconte-

CHINA

La dueña del futuro

cimientos relevantes de la historia contemporánea. Entre 1978, cuando se implantaron las reformas inspiradas por Deng Xiaoping, y 2006, la media de crecimiento del Producto Interno Bruto (PIB) fue del 9,4 por ciento. Se trata de la tasa de crecimiento más elevada y sostenida del mundo.

El PIB chino pasó de 420.000 millones de dólares en 1980 a 5,6 billones de dólares en 2002, nada menos que 13 veces más en 22 años; en ese lapso el ingreso *per cápita* se multiplicó por siete, y el número de lo que las estadísticas consideran *pobres absolutos* disminuyó en 200 millones de personas. Según datos del *CIA World Factbook*, en 2011 China alcanzó un Producto Interno Bruto de 11,44 billones de dólares, el segundo más grande del mundo, sólo por detrás del de Estados Unidos, que ese mismo año llegó a 15,29 billones de dólares.

Mientras el comercio mundial se multiplicó por 20 entre 1970 y 2002, las transacciones internacionales chinas lo hicieron por 140. Esto convirtió al coloso de Asia en una de las locomotoras de la expansión económica global, lo cual hizo lógica su admisión como miembro de pleno derecho en la Organización Mundial del Comercio (OMC) en 2001. China es hoy el primer exportador del planeta; en 2011 sus ventas al exterior sumaron 1,900 billones de dólares, seguida por Estados Unidos, con 1,500 billones; Alemania, con 1,400 billones, y Japón, con 800.000 millones de dólares.

Los continuados superávits de su comercio exterior durante las tres últimas décadas (sólo en 2012, el excedente de la balanza comercial china fue de 231.100 millones de dólares), además de financiar su desarrollo, le permitieron a China poseer las mayores reservas de divisas del mundo, con 3,2 billones de dólares en 2011 (en 1978 contaba con apenas 167 millones de dólares). Es, además, el mayor tenedor extranjero de deuda de Estados Unidos, con 1,164 billones de dólares.

El progreso de China, su renovado orgullo nacional tras siglos de miseria, hambrunas, opresión y humillaciones extranjeras, su extraordinario avance social, pese al nacimiento de nuevas desigualdades, privilegios e injusticias resultan indudables. A analizar en profundidad los aspectos relevantes de este fenómeno, a estudiar sus contradicciones, a revelar las nacientes formas de protesta y las nuevas realidades de la sociedad china y a conjeturar acerca de sus posibles derivas está dedicado este primer número de *Explorador de Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur.

INTRODUCCIÓN

2| La historia por asalto

por Carlos Alfieri

1. LO PASADO

De la Revolución Cultural a la implantación del capitalismo

6| La avasallante Revolución Cultural

por Solange Brand

10| Tribulaciones de un campesino chino

por Xu Xing

14| Utopía, realidad, catástrofe

por María A. Macciocchi

20| De la rebelión al imperio del mercado

por Wang Hui

2. CHINA HACIA ADENTRO

La explosión del desarrollo

28| ¿Qué capitalismo es el chino?

por Maurice Meisner

34| Y China despertó

por Ignacio Ramonet

36| ¿Podrán los comunistas cambiar el país?

por Jean-Louis Rocca

42| El despertar de los trabajadores

por Isabelle Thireau

46| El eje de la globalización (mapa)

por Philippe Rekacewicz

3. CHINA HACIA AFUERA

En camino de convertirse en primera potencia mundial

50| Ser o no ser imperialista

por Michael Klare

56| El giro de Pekín

por Martine Bulard

60| En busca del equilibrio

por Shen Dingli

64| Un matrimonio muy desigual

por N. Zuazo y M. Rohmer

68| Una aspiradora mundial (mapa)

por Philippe Rekacewicz

4. LO VIVIDO, LO PENSADO, LO IMAGINADO

Rica tradición milenaria, vertiginosa modernidad

72| China en el objetivo de los chinos

por Philippe P. Célérier

78| Confucio o el eterno retorno

por Anne Cheng

CHINA, DUEÑA DEL FUTURO

84| Un decenio clave para el porvenir

por Sergio Cesarin



1

De la Revolución Cultural a la implantación del capitalismo

LO PASADO

Si algo caracteriza a la China moderna es la vertiginosidad de los cambios que experimentó desde el triunfo de la revolución liderada por Mao Zedong, en 1949, hasta nuestros días. Entre 1966 y 1976 vivió el terremoto de la Revolución Cultural -una orgía de infantilismo izquierdista-, para desembocar después, de la mano de Deng Xiaoping, en la implantación de una peculiar forma de capitalismo y encarrilarse hacia el destino de gran potencia mundial que hoy recorre resueltamente.



巴思京思想毛泽东主义手把手



Después de la explosión juvenil, el sofocamiento del fuego

La avasallante Revolución Cultural

por Solange Brand*

Para fortalecer su poder amenazado, Mao apeló a la movilización de la juventud contra “burócratas” y “burgueses”. El resultado de esta “Revolución Cultural”, que duró de 1966 a 1976, fue desastroso. Al margen de las tragedias humanas que provocó, deterioró la economía y sembró el caos en el mundo de la enseñanza.

Pekín, 1º de octubre de 1966. Decimoséptimo aniversario de la proclamación de la República Popular China. Un millón y medio, dos millones de guardias rojos desfilaban ante la tribuna levantada en la plaza de Tiananmen, frente a la entrada de la Ciudad Prohibida, para corear su apoyo a la Revolución Cultural y a su “guía”. Escoltado por aquellos a quienes más tarde se llamaría La Banda de los Cuatro (1), un Mao Zedong envejecido, cuestionado tras el fracaso del Gran Salto Adelante (2), se lanzaba a la reconquista del poder –con el apoyo del aparato de propaganda y del ejército, commandado por Lin Biao–. Y con el fin de eludir al Partido y a las instituciones, había convocado a la joven generación para luchar en nombre de la revolución contra la burocracia, el mandarinato y el aburguesamiento, destruyendo los vestigios del pasado. Para el Gran Timonel se trataba también de evitar cualquier riesgo de evolución “a la soviética”, de hacer prevalecer la “vía china” de la revolución comunista.

Consignas incendiarias

“¡Disparen sobre el cuartel general!” ¿Qué juventud resistiría semejante invitación? Una apuesta a escala del país, pero también una manipulación cuidadosa-

mente preparada por un espectacular aumento de las críticas contra algunos dirigentes (3).

Desde la primavera boreal de 1966, escolares y estudiantes se habían movilizado con entusiasmo, marcando el inicio de la gran escenificación de desfiles, consignas, gongs y címbalos. El rojo había invadido esa ciudad gris y horizontal que era Pekín. En agosto se sucedieron inmensos desfiles en la avenida Cheng An y la plaza Tiananmen, donde Mao Zedong había “recibido” en ocho ocasiones a millones de jóvenes llegados de todo el país para expresarle su veneración. Omnipresente, estudiado de memoria, leído a coro, el *Pequeño Libro Rojo* que contenía el “pensamiento del presidente Mao” gobernaba entonces los comportamientos y las aspiraciones.

Una marea roja

Pero ese 1º de octubre era único en su tipo. Ni parada militar, ni tanques con flores, ni colorida puesta en escena: durante horas sólo se vio un desfile ininterrumpido de jóvenes guardias rojos con brazalete, chaquetón azul o caqui y camisa blanca; las mujeres en pantalones ya se habían cortado las trenzas. Todos enarbocaban su *Pequeño Libro Rojo* al ritmo de consignas, constituyendo →

FERVORES

Canción de combate

Esta *Canción de combate* de los Guardias Rojos era uno de los himnos preferidos de los jóvenes durante la Revolución Cultural.

Somos los guardias rojos del presidente Mao,
los que forjamos nuestros corazones en el fragor de las tormentas.
Con las armas del pensamiento de Mao Tse Tung,
barremos toda la canalla.
Estamos decididos a la crítica, estamos decididos a la lucha,
somos y siempre ya seremos rebeldes revolucionarios.
No dejaremos ni raíz del viejo mundo.
Roja será ya siempre la patria nuestra de la Revolución.

Somos los guardias rojos del presidente Mao,
inquebrantables en nuestra posición proletaria.
Fieles a la vía revolucionaria de nuestros mayores,
asumimos la dura tarea del momento.
Estamos decididos a la crítica, estamos decididos a la lucha,
somos y siempre ya seremos rebeldes revolucionarios.
No dejaremos ni raíz del viejo mundo.
Roja será ya siempre la patria nuestra de la Revolución.

Somos los guardias rojos del presidente Mao,
en vanguardia de la Revolución Cultural,
unidos a las masas para librar combate
y eliminar a todo ser nocivo.
Estamos decididos a la crítica, estamos decididos a la lucha,
somos y siempre ya seremos rebeldes revolucionarios.
No dejaremos ni raíz del viejo mundo.
Roja será ya siempre la patria nuestra de la Revolución.

De *Poesía china: del siglo XXII a.C. a las canciones de la Revolución Cultural*, selección y traducción de Marcela de Juan, Alianza Editorial, Madrid, 1973.



© Hung Chung Chih / Shutterstock

Mausoleo. Monumento frente a la tumba de Mao Zedong en la plaza Tiananmen (Pekín).

→ una marea roja sobre la cual flotaban banderas y pancartas del mismo color. En los asistentes imperaba el sentimiento de un inmenso torniquete... Pero muy rápidamente, en nombre de la primacía del origen social, sobrevinieron los desbordes, la delación, las críticas, la violencia y el caos. Tras un sanguinario año 1967, se le pidió socorro al ejército para poner fin al movimiento. Millones de estudiantes de la ciudad fueron enviados al campo para llevar “la buena nueva”, y ser “reeducados”, una manera de poner fin a las turbulencias de esa juventud que sería conocida como “la generación de los jóvenes instruidos” (4). El exilio, las familias divididas, las vidas destrozadas... “Diez años de desastres”, así serían llamados los años que siguieron.

Avances históricos

En 1949 había que despertar a un país atrasado, responder al reto de las necesidades elementales, salir del estado de hambruna endémica que agobiaba a una población que crecía exponencialmente (5). Por ejemplo, los “médicos descalzos” ayudaron a introducir elementales medidas de higiene y cuidados sanitarios en lo más recóndito del mundo rural. Mucho se hizo en materia de salud, alfabetización, educación, igualdad de los derechos de la mujer. Al precio de una brutal presión política y social, prácticas tan ancladas como el robo, el juego, la prostitución y la corrupción habían prácticamente desaparecido. Esas décadas de la China “revolucionaria” –apresadas entre milenarios de imperio y la conquista desenfrenada, desde fines del siglo XX, del estatus de su-



© Bettmann/CORBIS

Mao Zedong. Líder de la Revolución China, presidente del Partido Comunista hasta su muerte, en 1976.



© Jacques Langevin/Sygma/Corbis

Tres líderes. Mao Zedong, Jiang Zemin y Deng Xiaoping en las paredes de Wuhan, provincia de Hubei, importante núcleo industrial en el centro de China.

perpetuación – marcaron una de las rupturas más radicales que haya conocido la humanidad, sobre todo a tamaña escala.

Aciertos y errores

Hace tan sólo unos cuarenta años, seiscientos millones de seres humanos vivían marginados del concierto de las naciones (6). Diecisiete años después de su independencia, China, que emergía despedazada, humillada, exangüe tras una primera mitad del siglo XX que la vio asolada por la guerra civil, las potencias occidentales y Japón, seguía aislada en un mundo bipolar en lucha.

Eso explica en gran parte el nacionalismo de hoy y el orgullo recobrado. Hasta el exceso. Así como el aura de la que todavía goza Mao Zedong. A su muerte, el Partido Comunista le atribuyó “70% de aciertos, 30% de errores”: fórmula lapidaria que permitió a sus sucesores preservar su poder y cerrar cualquier debate acerca de su propia legitimidad.

Modelo de lo negativo

La Revolución Cultural fue declarada gran catástrofe nacional. Oficialmente, la responsabilidad le fue imputada a la Banda de los Cuatro, lo que diluye la responsabilidad del Gran Timonel. Deng Xiaoping convirtió a ese período en el ejemplo negativo sobre el que se apoyó para llevar adelante su política de apertura a la economía de mercado, hasta que él mismo reprimió las aspiraciones de la generación siguiente, cuando ésta ya no se contentaba con obedecer a la consigna única: “Enriquézcanse” (7). ■

1. La llamada Banda de los Cuatro estaba integrada por Jiang Qing, la mujer de Mao Zedong; Zhang Chunqiao; Wang Hongwen y Yao Wenyuan. Símbolos de la Revolución Cultural y sus desviaciones, fueron arrestados el 6 de octubre de 1976, un mes después de la muerte de Mao Zedong.

2. Lanzado en 1958, el Gran Salto Adelante suprimió la propiedad privada y lanzó la industrialización del país a marchas forzadas. Según las estimaciones, su fracaso, acentuado por razones meteorológicas que afectaron las cosechas, habría provocado entre 15 y 30 millones de muertos.

3. Principalmente Deng Xiaoping y Liu Shaoqi, quienes habían contribuido a dar vuelta la página del Gran Salto Adelante.

4. Véase en particular Michel Bonin, *Le mouvement d'envoi des jeunes instruits à la campagne en Chine 1968-1980*, École des Hautes Études en Sciences Sociales, París, 2005.

5. En 1979, el régimen instauró la política del hijo único. Su aplicación limitó el crecimiento de la población pero tuvo efectos perversos, como el envejecimiento demográfico, la búsqueda por todos los medios del hijo varón, el imperio del niño-rey...

6. Francia reconoció a China a partir de 1964, pero la Organización de las Naciones Unidas recién lo hizo en 1971.

7. En 1976, Deng Xiaoping, quien se opuso a la represión de las manifestaciones en la plaza Tiananmen, fue reemplazado por Hua Guofeng.

Ni violín ni poesía

El fundamentalismo pueril con que los Guardias Rojos combatían “las desviaciones burguesas” durante la Revolución Cultural llevó a excesos increíbles. Por ejemplo, renombrados violinistas o eruditos en poesía clásica fueron enviados al campo a trabajar la tierra para reeducarlos fuera de esas prácticas “reaccionarias”.

*Autora de *Pekín 1996. Petites histoires de la Révolution culturelle*, Éditions de l’œil électrique, Rennes, 2005. Fue directora artística de *Le Monde diplomatique* (París) entre 1980 y 2004. Excepcional fotógrafa, con sus imágenes del proceso de cambios en China se realizaron varias exposiciones en Francia y en otros países.



Las ciudades, faros de esperanza

Tribulaciones de un campesino chino

Por Xu Xing*

Aunque el siguiente relato es un texto de ficción, ejemplifica perfectamente la odisea de la vasta migración interna de campesinos a las ciudades que se produjo en China a partir de las reformas económicas introducidas por Deng Xiaoping y el intenso desarrollo capitalista que promovió. Nunca en la historia se registró un proceso de semejante magnitud.

El joven Gan llegó a Pekín en el verano de 2000. Gracias a un conocido con quien se había encontrado en la ciudad de S., pudo conseguir un trabajo de transportista en la entrada del barrio de Zhongguancun. Ese día, una vez realizada la entrega de un cargamento de discos duros, Gan descansa un instante sentado en su triciclo bajo un sol abrasador. En la calle, van y vienen sin cesar los autobuses con anuncios publicitarios multicolores. Todo lo que ve se relaciona con eso que la gente llama IT, la informática (1). Una publicidad de un sitio de internet atrae sorpresivamente su mirada: ¡y@ está! Gan recuerda entonces esa expresión “¡Lo encontré!” (del nombre de un buscador chino)... exactamente lo que gritó el joven policía hace algunos años.

Fue en 1994, inmediatamente después de la Fiesta de la Primavera. Una multitud de campesinos que iban a trabajar a las ciudades del norte o del sur del país, se agolpaba delante de la estación ferroviaria más grande del norte de la provincia A. El joven Gan, con sus bolsos de piel de serpiente, estaba entre ellos. Nunca antes había abandonado el hogar familiar. Pero las noticias que Kai, un muchacho del país, había traído a su regreso de S., habían encendido una luz de esperanza en los ojos

de la familia del joven Gan, quien acababa de reprobar su examen de ingreso a la enseñanza superior. La familia le permitió finalmente viajar al sur. Es así como Kai acompañó a Gan en su primer viaje importante. Kai prometió encontrarle un lugar donde alojarse y ayudarlo a buscar un empleo. Al dejar a su familia, el joven Gan sólo iba a engrosar un poco más las filas de los emigrantes rurales que, quince años después del lanzamiento de las reformas, ya sumaban millones.

Al día siguiente de su partida, por la madrugada, un movimiento de activistas comenzó a recorrer el lugar donde los trabajadores emigrantes esperaban, algunos desde hacía ya tres días, la salida de un tren adicional. La agitación despertó a Kai, que dormía envuelto en su edredón. La gente se amontonaba en la puerta de entrada de la estación. Algunos protestaban contra quienes intentaban infiltrarse en la fila de espera.

Kai despertó inmediatamente al joven Gan. Ambos ordenaron sus cosas de prisa, luego salieron corriendo. El lugar estaba apenas iluminado por unos faroles, que impedían ver con claridad. En el apuro, Gan tropezó con algo... un aparato lo hizo trastabillar. Lo recongó rápidamente y lo colocó en el bolso de Kai. Al desatarse una lluvia de bastonazos sobre

lo que parecía una verdadera marea humana, los dos amigos se detuvieron.

Poco a poco, los golpes se multiplicaron y el tumulto disminuyó. La gente se dispersó lentamente y la policía comenzó a recorrer las filas. En ese momento, un sonido surgió del bolso de Kai. Un policía de rostro rubicundo corrió hacia ellos, abofeteó a Kai y extrajo de su bolso el walkie-talkie aún encendido. El policía comenzó a gritar: “¡Capitán, lo encontré!” Ese “lo encontré!” que lanzó el joven policía resonó en los oídos de Gan como la voz de su abuela.

Ahora Gan tiene veinticinco años. Sentado en pleno corazón del barrio que concentra los más recientes avances tecnológicos de China, se gana la vida en buena conciencia de la forma más tradicional, ofreciendo su fuerza física.

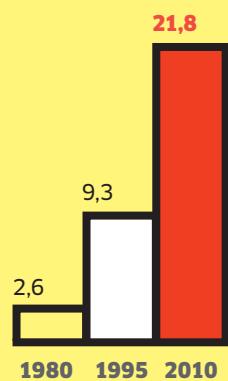
Aún recuerda aquel día de 1994 cuando junto con Kai subieron finalmente a bordo de ese tren repleto de gente. Más allá de esta pequeña desventura (Kai fue aporreado por el joven policía), su viaje se desarrolló sin inconvenientes. Tal como estaba previsto, llegaron a la ciudad de S. situada más al sur, a orillas del mar. Allí Kai cumplió sus promesas: le consiguió a Gan un lugar donde dormir y un empleo con un grupo de trabajadores de la construcción. En cierta forma, el joven Gan aprovechó →



Arroz. China es uno de los centros originarios del cultivo de arroz y, con 167 millones de toneladas anuales, se ha convertido en el principal productor mundial, seguido por India e Indonesia.

Mecanización del campo

Cantidad de tractores pequeños, medianos y grandes
(en millones de unidades)



Derechos para los migrantes

Las masas de campesinos que se trasladaron a las grandes ciudades chinas para mejorar sus condiciones de vida están en una situación de inferioridad con respecto a la población urbana más antigua. Una de las principales reivindicaciones que enarbolan los movimientos de protesta es el otorgamiento de plenos derechos y más bienestar a los migrantes internos.

→ esta oportunidad de buscar suerte lejos de su casa demasiado tarde: China era un país con enormes desigualdades; los traslados de mano de obra no se correspondían con el movimiento de industrialización; el éxodo rural estaba fuertemente controlado. Todas estas circunstancias contribuyeron a exacerbar las tensiones sociales.

A partir del segundo semestre de ese año, las cosas comenzaron a cambiar. Los ciudadanos se dieron cuenta finalmente de lo que implicaba “dejar el puesto” (2). Más de 10 millones de personas perdieron sus empleos (existía en las empresas públicas un exceso de personal de aproximadamente 15 millones de empleados). Sin mencionar a los 160 millones de personas consideradas excedentes en el campo. Todos ejercían una presión sin precedentes en el mercado laboral urbano.

Tras la disolución de su grupo de albañiles, el joven Gan realizó pequeños trabajos en diferentes lugares. Trabajó como limpiavidrios en los rascacielos de S., tanto en las torres de oficinas como en los edificios de vivienda o en los grandes hoteles... Enganchado en su cable de seguridad, el joven Gan podía considerarse afortunado: su nombre no figuraba entre la treintena de hombres araña víctimas de caídas mortales en la ciudad de S.

En realidad, la vida ya no le ofrecía al joven Gan muchas posibilidades de hacer fortuna. Durante los veinte años de aplicación de las políticas de reforma y apertura, y como consecuencia del retraso de las reformas políticas respecto de las económicas, los hijos de altos dignatarios y todo tipo de aventureros

sacaron provecho de su poder (sus “influencias”, como suele decirse). Lograron hacerse un lugar en los albores del siglo XXI, mientras que los grandes centros urbanos ofrecían cada vez menos oportunidades a los trabajadores de origen rural, aun en una ciudad como S., abierta a partir de las reformas.

Entre los trabajadores emigrantes provenientes del mismo pueblo que Gan, algunos, los más robustos, consiguieron empleos como personal de vigilancia, pero la mayoría de ellos eligió ser peón en obras de construcción. En cuanto a los que les gustaba nadar en aguas turbias, se convirtieron en cadetes de dudosas sociedades, vendedores de documentos falsos o de imitaciones de productos como DVD, programas de computación o CD-rom pirateados.

El joven Gan tuvo la suerte de encontrar desde el principio un trabajo en la construcción. Su salario era aceptable y, mal que bien, conseguía ahorrar un poco de dinero. Prefería sin duda hacer ese trabajo, aunque desagradable, a tener que ocuparse de las tierras ingratis de su pueblo. Cada vez más gente del campo se lanzaba sobre S. donde, sin embargo, encontrar un trabajo se había tornado difícil. Los campesinos, que habían llegado a la ciudad hacía un tiempo y no encontraban empleo, terminaban aceptando salarios cada vez más bajos, para satisfacción de los insaciables patrones.

Si bien se habían aprobado reglamentos de trabajo, no siempre se aplicaban. Las familias de los peones fallecidos, víctimas de accidentes de trabajo, cobraban indemnizaciones irrisorias. Prueba de ello es este artículo publicado en un periódico: “Un incendio estalló en Luoyang. A la hora de asumir las consecuencias del siniestro, los responsables rápidamente hicieron públicas las siguientes decisiones con respecto a la indemnización de las víctimas: las familias de las personas fallecidas de origen urbano recibirán indemnizaciones dos veces mayores a las que recibirán las familias de las personas fallecidas de origen rural”.

Luego de la recesión económica de 1997, el éxodo rural disminuyó. A pesar de todo, el joven Gan, que creía firmemente en su buena estrella, no quiso volver a su pueblo a cultivar los campos. Gan deseaba fervientemente encontrar el camino al éxito en la ciudad.

En Pekín, Gan fue objeto de discriminaciones. Los reglamentos municipales establecen dos clases de contribuyentes: los ciudadanos oriundos de Pekín, que abonan una tasa mensual de tres yuane por hogar para el tratamiento de los residuos domésticos, y los residentes oriundos de provincia, que deben pagar la misma suma, pero por persona. La prensa local explica que las contribuciones de los habitantes de origen provincial a la capital son solamente provisorias, contrariamente a los gastos que su presencia genera, por lo que resulta necesario solicitarles el pago por adelantado. La antigua tasa urbana “de incremento de la capacidad de



Granjeros. Antiguo billete (año 1962). La migración de la población del campo a la ciudad comenzó con las reformas capitalistas. Hacia 2020 se estima que la población urbana superará por primera vez a la rural.

recepción” fue fijada a partir del mismo principio y con el mismo objetivo.

El joven Gan nada puede decir. En la ciudad de S., ya había conocido las discriminaciones que existen con respecto a los trabajadores emigrantes. Aquí, las siente con un poco más de intensidad. Es todo. En la pequeña vivienda de las afueras al oeste de Pekín, donde Gan vive hacinado con otros, el espacio vital es tan reducido que a menudo estallan peleas. Paradójicamente, Gan tiene menos preocupaciones cuando trabaja: durante los días feriados o de franco, nunca está en paz, ya que si en un descuido olvida sus documentos, corre el riesgo de ser llevado a Changping por policías de civil o uniformados, para realizar trabajos de extracción de arena. Una vida siempre en vilo...

Cuando el joven Gan vuelve a ver a su familia, en el año 2001, trae consigo a pesar de todo entre cinco y seis mil yuanes (de 680 a 820 dólares), ahorrados a duras penas, sacrificando su comida y otros gastos. Cuando la madre escucha a su hijo contar cómo vivió tan lejos los 365 días del año que pasó, se le llenan los ojos de lágrimas. Pero, a pesar de las lágrimas, todos concluyen que, al fin de cuentas, vale la pena ir a trabajar a la ciudad. En el campo, los impuestos que deben pagar los campesinos, lejos de disminuir, aumentan día a día. No dejan de exigirles el pago de nuevos impuestos para financiar la construcción de obras públicas. Resultado: las autoridades del pueblo se hicieron construir casas espléndidas, que se asemejan a los hoteles más lujosos, mientras que los campesinos, al caer la noche, aún

encienden lámparas de petróleo para alumbrarse... Hablaron del hijo de su vecino, un tal Shang, un muchacho de lo más honesto y un hermoso hombre (mucho más que el joven Gan). Hacía dos años se había ido al sur, pero hace poco, no más de un mes, recibieron una trágica noticia: Shang había sido asesinado mientras trabajaba como empleado de vigilancia en un elegante barrio residencial. Cuentan también en el pueblo que su cadáver fue cortado en pedazos, sin que se conozcan claramente los motivos.

De hecho, el caso de Shang no es el único. En el mismo distrito se cuenta también la historia del hijo de la familia He, detenido después de haber asesinado a tiros con un revólver a un célebre artista que realizaba espectáculos culturales típicamente chinos. La noticia, ampliamente comentada por los principales diarios, no había llegado hasta el pueblo de Gan, ubicado a poco más de cinco kilómetros.

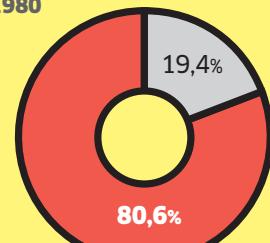
Y con el ruido de ese disparo aún retumbando en sus oídos, el joven Gan partió nuevamente rumbo a la gran ciudad... ■

Migraciones

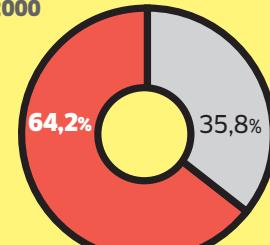
Porcentajes de población urbana y rural

Urbana Rural

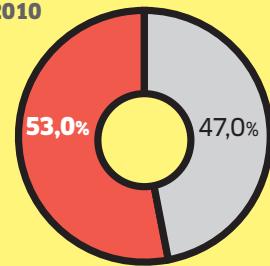
1980



2000

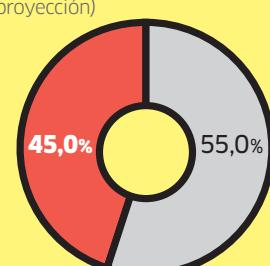


2010



2020

(proyección)



1. N. del T.: IT (*Information Technology*), informática (escrito en inglés en el texto).

2. *Xiagang*, en chino. Término utilizado especialmente para designar el despido de empleados de empresas públicas.

*Escritor chino. Autor de *Le crabe à lunettes*, Julliard, París, 1999.

Traducción: Gustavo Recalde





Una revolución que fascinó a los intelectuales (occidentales)

Utopía, realidad, catástrofe

Por Maria-Antonietta Macciocchi*

La periodista y escritora marxista italiana Maria-Antonietta Macciocchi fue uno de los occidentales fascinados por la Revolución Cultural. Viajó a China cuando estaba en plena efervescencia y luego, en 1972, cuando se habían “corregido” muchos de sus “excesos”. Este es el testimonio -todavía entusiasta- de su segundo viaje.

En Occidente, la Revolución Cultural lanzada en 1966 da lugar a dos tipos de interpretaciones divergentes. La primera reacción es la de la izquierda, o mejor, tal vez, de la ultraizquierda, que se golpea la cabeza contra las paredes de desesperación. Ella había proyectado sobre China su propia transferencia ideológico-política absoluta; la había convertido en la panacea a todas nuestras impotencias revolucionarias en Occidente. La otra reacción es la de los amigos “oficiales” de China. Que ya se arremangan para explicarnos que la “ultraizquierda” china fue la caja de Pandora de todas las iniquidades, desviaciones y errores más infames. Ambas posiciones son absurdas.

La ultraizquierda china despreciaba todos los reglamentos en las fábricas, incluso aquellos que son racionales, como las normas de seguridad. No respetaba los horarios de trabajo. Quería cortar las trenzas de las campesinas y, si había en casa de un campesino un mueble viejo, lo rompía diciendo que era la herencia de una mentalidad feudal. Quería eliminar toda desigualdad de salario. Decía que todos los cuadros políticos eran malos. Daba al trabajo manual un lugar excepcionalmente exagerado, reemplazando todo por la política, en vez de la experiencia, de un justo papel para el estudio, la experimentación científica y la investigación. Despreciaba la persuasión. Utilizaba cierta violencia de

tanto en tanto. Por último, convertía al *Librito rojo* de citas de Mao en el único texto, separándolo del campo teórico del marxismo-leninismo.

Regreso al orden

Actualmente, en China, ya nadie agita el Librito rojo como si fuera un folleto, para saludar a su anfitrión. “Si hoy no vieron agitar el Librito rojo de Mao por los estudiantes y los docentes es porque las citas de Mao no están destinadas a ser agitadas”, nos dijo el vicepresidente del comité revolucionario de la escuela secundaria N° 31 de Pekín, Wang Shiten. “Hemos corregido los fenómenos de formalismo que, en el estudio del marxismo-leninismo y del pensamiento de Mao, se habían manifestado durante la Revolución Cultural. Nosotros también estábamos influidos por eso y también nosotros agitábamos el Librito...”, nos explicó Wang Shiten.

Los cuadros del Partido volvieron a la fuerza a los puestos de dirección. Cambiaron de rostro, físicamente. Ya no están las caras amarillas e impertinentes, estúpidamente agresivas, de los guardias rojos. Sus discusiones tormentosas y desordenadas han desaparecido, con las interrupciones y los desacuerdos recíprocos, no solamente por nosotros, sino entre ellos. Ahora los dirigentes tienen entre 40 y 50 años, o más.

Los niños de los dirigentes comunistas con los que →

TESTIMONIO

Bandidos rojos

Edgar Snow*

El autor fue un testigo excepcional de la revolución china y el primer occidental que entrevistó a Mao Zedong.

Por la mañana examiné a mis compañeros de viaje, un joven y un bello anciano que llevaba una huella de barba gris. Estaban los dos sentados frente a mí, bebiendo té amargo de a sorbitos.

De pronto, el joven me dirigió la palabra; primero fueron lugares comunes, luego, inevitablemente, pasamos a la política. Descubrí que el tío de su mujer era un funcionario del ferrocarril y que viajaba con un permiso. Volvía al Ssetch'oan, su provincia natal, que había dejado siete años antes. Pero no estaba seguro de poder visitar su pueblo natal, ya que los bandidos operaban no lejos de ahí.

—¿Rojos, quiere decir?

—Oh, no, no Rojos, aunque también los haya en el Ssetch'oan. No, quiero decir bandidos.

—Pero los Rojos ¿no son también bandidos? —pregunté por curiosidad—. Los diarios siempre los llaman bandidos rojos o bandidos comunistas.

—Ah, pero usted tiene que saber que los redactores los llaman bandidos porque recibieron la orden de hacerlo de Nankín —explicó—. Si los llamaran comunistas o revolucionarios eso probaría que ellos mismos son comunistas.

—Pero ¿la gente del Ssetch'oan no teme a los rojos tanto como a los bandidos?

—Y bien, eso depende. Los ricos los temen, así como los propietarios, y también los funcionarios y los recaudadores, es cierto. Pero los campesinos no. A veces los reciben bien.

Entonces lanzó una mirada inquieta hacia el anciano, que escuchaba con una atención constante, sin que pareciera escuchar.

—Usted sabe —continuó—, los campesinos son demasiado ignorantes para comprender que los comunistas solamente se quieren aprovechar de ellos. Y creen que los Rojos piensan lo que dicen.

—Pero ¿no es así?

—Mi padre me escribió que efectivamente abolieron la usura y el opio en Song-pan (Ssetch'oan) y que allí redistribuyeron la tierra. Por lo tanto, ya ve que no son precisamente bandidos. Realmente tienen principios. Pero son gente peligrosa. Matan a demasiados.

Entonces, inopinadamente, el anciano alzó su dulce rostro y, con una tranquilidad perfecta, hizo una observación sorprendente. “*Cha pou kow* —dijo—. ¡No matan los suficientes!”. Lo miramos estupefactos..

→ me encuentro están trabajando en las fábricas y en los campos. Chang Chiyi, uno de nuestros intérpretes, de 30 años, aprendió italiano durante las horas consagradas al “estudio aislado” en una “escuela del 7 de mayo” del centro-oeste de China, donde trabajó como cocinero de 1969 a 1971. “Yo sabía que se pone levadura en el pan, pero, ¿en qué cantidad? —me cuenta—. Luego aprendí a hacer todos los platos: ravioles, espaguetis, pato laqueado. Se empieza al alba y se termina tarde de noche. La ‘escuela del 7 de mayo’ es una forma de educación nueva, que suprime las desviaciones. Impide el renacimiento de las castas privilegiadas como en la URSS.”

Esta gran revolución remodeló el inmenso cuerpo de China, desarraigando las élites y los privilegios, volviendo a soldar entre ellos trabajo manual y trabajo intelectual, reemplazando las direcciones únicas de las fábricas y las escuelas mediante direcciones colegiadas, reestructurando la enseñanza de las escuelas elementales a las universidades en un sistema para el cual *Homo sapiens* y *Homo faber* constituyen un ser completo. La “lucha-crítica-transformación” que siguió, la “fase de profundización de la Revolución Cultural”, combatió los aspectos extremistas y ultraizquierdistas que ésta había adoptado.

El mandato de la realidad

El principio según el cual nadie debe “incrustarse” en los puestos de mando se aplica igualmente a la generación joven que, de 1966 a 1970, en gran parte tuvo a China entre sus manos. La “escuela del 7 de mayo” de Yenan-sian recibe ahora sobre todo a los dirigentes de los comités revolucionarios, “órganos provisionales de la Revolución Cultural”. En 1970 era lo contrario: en la “escuela del 7 de mayo” de Pekín había sobre todo dirigentes del Partido, sindicalistas, funcionarios de los ministerios y de la Asamblea Popular.

En el interior de las fábricas todo es más ordenado. La confusión, el vaivén pintoresco, la costumbre de leer diarios o de pintar *dazibaos* durante el trabajo, todo eso ha terminado. Todos los ex dirigentes y cuadros de las fábricas retomaron su puesto en un 95 % e inclusivo más. Pero están en las nuevas direcciones colegiadas, como el director de la fábrica de máquinas herramientas de Shanghai, a la que volví en este viaje, y donde el famoso ingeniero-director del establecimiento se encontraba ahora junto al ex barrendero de la fábrica, convertido en un inventor renombrado de máquinas de afilar de gran precisión.

Los salarios mínimos de los obreros acaban de ser aumentados dos veces, en toda China, mientras que el resto de los salarios permanecieron sin cambios. Como quiera que sea, la polémica contra la igualdad completa de los salarios, sostenida por la ultraizquierda, está abierta. Se proclama por el contrario el principio “A cada cual según su trabajo”, y no “A cada cual según sus necesidades”, consigna válida para la época del comunismo. También en las comunas, los ex dirigentes vuelven al lado de los nuevos, en una

*Periodista y escritor estadounidense (1905-1972). De *Étoile rouge sur la Chine* (1938); París, Stock, 1965. Traducción del fragmento: Víctor Goldstein, en *Revoluciones que cambiaron la historia*, Le Monde diplomatique/Capital Intelectual, Buenos Aires, 2012.

suerte de fusión orgánica que refuerza objetivamente la fuerza de adiestramiento. El único cambio es el restablecimiento de las pequeñas parcelas de tierra individuales de los campesinos. Son irrisorias: apenas más que un huerto. La ultraizquierda las había suprimido efectuando, como me dicen, “una fuga hacia adelante”. La retribución de la jornada de trabajo del campesino es igualmente evaluada; pero según los criterios de la calidad, de la cantidad y del comportamiento político, mientras que, durante la Revolución Cultural, el primer criterio de estimación era el comportamiento político.

En la universidad Tsinghua, a diferencia de 1970, vi que los profesores habían recuperado su puesto “casi en un 100%”, así como los dirigentes del Partido. El ex rector seguía ausente: me dijeron que todavía está “corrigiendo sus errores, pero que hay una mejoría, y que ahora la mitad del tiempo estudia, y la otra está jubilado” (tiene 59 años). El que me habla así es el secretario de la célula de una de las facultades, Lian-thi, un hombre de 35 a 40 años. Se parece a un Marlon Brando chino. Le pregunto: “¿Y usted, qué hacía?”. “Volví el año pasado de una ‘escuela del 7 de mayo’ en el Jiangxi, donde criaba búfalas”, me responde.

La guardia roja que conocí en 1970, Ma Yun-siang, ha engordado. Está toda redonda. Explica con fervor que la tendencia de la ultraizquierda era no dar exámenes, por una subestimación de la teoría, y establecer una falsa relación entre política y profesión, lo que hace que si se trabajaba bien en política, automáticamente se era excelente también en la profesión. La política y la ideología podían reemplazarlo todo; Lin Piao decía que, “si el barco está en la tempestad, la ideología lo conduce al puerto”.

Un cuerpo en calma

Tai Te-tze –la famosa guardia roja que pronunció el primer discurso en Tiananmen, en 1966, junto a Mao, en nombre de todos los guardias rojos de China–, hoy docente en Tsinghua, afirma: “La ultraizquierda rebajó el nivel cultural de los estudiantes. Lin Piao saboteó el estudio y, durante cierto tiempo, los estudiantes no adquirieron los conocimientos indispensables. Lin Piao incitaba a desconfiar de todos los cuadros, indistintamente, y a poner en duda las notas de examen, en cualquier forma que fuera. De manera que en ese momento los estudiantes, obreros y campesinos desconfiaban de los intelectuales y los docentes. Los despreciaban a todos, considerándose como los únicos revolucionarios auténticos. Pero los estudiantes deben respetar a los profesores y estos a los estudiantes”.

Toda la estructura de base de la unidad nacional, con el mecanismo fundamental de selección creado en el momento de la Revolución Cultural, permaneció idéntica en Tsinghua. La universidad tiene ahora cuatro mil quinientos estudiantes, 49 % de los cuales provienen de las fábricas, 35 % de las comunas y 14 % del ejército. Todos llegan a Tsinghua, co-



© Jason Lee / Reuters

Dazibao. Así se llamaban los típicos carteles de propaganda elaborados por los militantes de la Revolución Cultural, que inundaban los muros de las ciudades chinas.

mo para el resto de las universidades de China, tras dos años de trabajo manual. El 10 % de los estudiantes son obreros adultos, que deben seguir un año y medio de cursos para obtener un diploma. Mientras que para los estudiantes se necesitan tres años de cursos, más seis meses de estudios preparatorios. Desde 1970, seiscientos seis obreros fueron diplomados.

El período de trabajo en el campo de los estudiantes de secundaria fue reducido, lo que reintrodujo un mayor equilibrio entre el trabajo manual y el estudio. Los talleres de actividad de trabajo en el interior de las mismas escuelas, por otra parte, me parecieron más perfeccionados; así, en la escuela secundaria N° 31 de Pekín, los niños construyen circuitos eléctricos enteros para los camiones, y, en la escuela primaria de Shanghai, los niños de último año siguen cursos de acupuntura con aplicación práctica. En consecuencia, ¿qué hay de cambiado desde hace dos años? La atmósfera, la tensión de una muchedumbre febril que ya no lleva la insignia de Mao en el pecho, que no canta ni atraviesa en cortejo las calles engalanadas. Como si el enorme cuerpo de China estuviera en reposo. “La revolución es dura de llevar toda la vida”, habría dicho Mao a Malraux en 1965. Lo mismo ocurre con la Revolución Cultural, por lo menos en su aspecto “visible”. Ya no →

La autora

Maria-Antonietta Macciocchi (Isla Liri, 1922-Roma, 2007), ante todo una luchadora honesta, podría representar de manera arquetípica la trayectoria de muchos intelectuales europeos. Siendo muy joven se afilió al Partido Comunista italiano, con el que tuvo conflictos por su mentalidad crítica y heterodoxa. Luego cultivó el fervor maoísta y la simpatía por las Brigadas Rojas, para pasarse más tarde al Partido Socialista de Bettino Craxi y terminar por fin en el desencanto.

LOS PRIMEROS AÑOS

1949

Triunfa Mao

Mao Zedong proclama en Pekín, el 1 de octubre, la República Popular China y se convierte en su primer presidente.

1950

Guerra de Corea

En octubre, China envía voluntarios para combatir junto a Corea del Norte contra las fuerzas de la ONU.

1958

Salto adelante

En 1958 Mao decreta el *Gran Salto Adelante*; en 1959 y 1960 el hambre causa estragos en todo el país. En 1961 Mao reconoce su fracaso.

1960

Ruptura

El 16 de julio se produce la ruptura sino-soviética.

1966

Revolución Cultural

Mao moviliza a la juventud contra la burocracia del Partido y los "vicios" burgueses.



© Henri Bureau / Sigma / Corbis

"Excesos". Póster de propaganda contra la "Banda de los Cuatro", altos dirigentes acusados de cometer excesos durante la Revolución Cultural (1976).

→ hay más, en las plazas y las calles, los *dazibaos* que tapizaban las paredes, las tiendas y hasta las veredas con un diálogo ceñido, escrito y dibujado por autores de todo tipo y para las masas más sencillas. En Shanghai, a lo largo del Bund, los grandes paneles de hierro donde se exhibían los *dazibaos* y donde, cada mañana, corríamos a leer los nuevos, también desaparecieron.

“¿Por qué –le pregunté a Wan, del comité revolucionario de Shanghai– ya no se exhiben más *dazibaos*?” “En China, muchas cosas han cambiado, el mundo ha cambiado... y nosotros mismos hemos cambiado –aclara Wan–. Pero todo anda a pedir de boca para todos. Los *dazibaos* ya no se hacen en las calles, sino en el interior de las fábricas. Ahora, la discusión es muy concreta. El proceso ‘lucha-crítica-transformación’ se realiza unidad por unidad, y en cada unidad ha nacido la crítica de masa. A comienzos de la Revolución Cultural los diarios estaban en manos de Liu Shaoshi, y el pueblo escribía sus diarios. En adelante, cada diario es como un *dazibao*, porque allí la línea revolucionaria triunfa...”. “¿Encontró cambios en Pekín?” me pregunta Li, vicepresidente de la Asociación de Amistad, que conoce a Gramsci, Ariosto, Miguel Ángel, la historia de *La Gioconda*, el Renacimiento (“como primera revancha contra la metafísica de la Iglesia”) y el cine neorrealista. “Claro que sí –le respondo–. Una ciudad sin cortejos, ni desfiles, ni *dazibaos*, ni vitrinas

cubiertas de eslóganes políticos, como tranquilizada, apaciguada...”. Sonríe, asintiendo. “Una ciudad que digirió totalmente la Revolución Cultural y que ahora la lleva adentro, en otras formas...”, añadió.

Aires renovados

¡Qué época para los chinos esta Revolución Cultural! Hay que ir a la base, entre los chinos de todos los días, para comprender. Los ojos brillan todavía de tensión, de emoción, cuando se habla de esto en las grandes fábricas, aunque algunos sean más reservados... No puedo olvidar la cara demacrada del viejo camarada Fun, secretario de la célula y responsable del comité revolucionario de la famosa brigada de Liu Lin en Yenán, al que interrogo sobre los límites de la Revolución Cultural y las desviaciones de los “ultraizquierdistas”. Farfulla algo, inseguro; luego muestra las terrazas perforadas sobre los flancos de las montañas amarillas y rocosas de Yenán: “Todo esto no existía antes de la Revolución Cultural...”.

¿Y el culto a Mao? Insignias y Librito rojo han desaparecido, lo he dicho. Pero lo que sobre todo desapareció –para el bien de todos, incluso de los “maoístas” occidentales–, son ciertas formulaciones teóricas sobre la “autoridad absoluta” del pensamiento de Mao, “que es el marxismo llegado a un nivel superior más desarrollado”; o incluso: “En nuestra época, estudiar el pensamiento de Mao sig-



Soldado. En la plaza Tiananmen durante el Congreso Nacional del Partido Comunista de marzo de 2010.



Estampilla. Mao en la Torre de Tiananmen recibe a los Guardias Rojos al comienzo de la Revolución Cultural.

nifica que se estudia el marxismo-leninismo de la manera más profunda” (1).

Mao representa más que nunca el pivote de la unidad de China, tras los desgarramientos de la Revolución Cultural. Tras haber ordenado ayer “¡Fuego sobre el cuartel general de la burguesía!” y conduciendo la Revolución Cultural, hoy reajusta el tiro contra los excesos, reabre al mundo las puertas de China habiendo alcanzado un nivel de potencia excepcional, y juega con Estados Unidos una partida de alcance histórico cuyo desafío inmediato es su retirada de Vietnam (2).

Las librerías de Pekín, Shanghai, Xi'an o Yan'an, las tiendas de las comunas más perdidas rebosan no sólo de obras clásicas que, durante la Revolución cultural, ya no eran publicadas, sino también de libros de geografía y de historia del mundo. Hay también un estudio de las corrientes filosóficas occidentales, de Heráclito al existencialismo, que se vende como pan caliente. “¿Estás buscando esos libros envenenados del pasado?”, me había preguntado con un aire sospechoso, en 1970, uno de mis acompañantes, a quien interrogaba para saber dónde estaba el libreto “de viejo” de la calle de Dazhalan. Hoy en día, los relatos satíricos de la dinastía Tang están en todas partes, en chino y en otras lenguas.

Durante la Revolución Cultural no había ningún museo abierto. Actualmente dicen púdicamente que los están restaurando... Un movimiento revolu-

cionario es exactamente eso, entre otras cosas, como en 1789, en 1871, hasta en 1848 y en Octubre de 1917: el rechazo previo absoluto y la negación del pasado, porque los hombres luego reabsorben ese pasado en fuertes dosis, reescribiendo ellos mismos la historia. Los chinos vuelven a tomar contacto con el vértigo de los siglos precedentes. Excavan a pleno rendimiento en el vientre de la tierra. Han hecho investigaciones de un valor inestimable en paleontología y en arqueología, descubriendo el fósil de un dinosaurio gigante en Shandong y el del pitecántropos en Yunnán. Los museos, ordenados y enriquecidos, son invadidos por las muchedumbres chinas, que van con la boca abierta a mirar lo antiguo y lo nuevo. ■

1. Pékin information, N° 46, Pekín, 1967.

2. En febrero de 1972, el presidente estadounidense Richard Nixon se encuentra en Pekín con el presidente Mao. La retirada de Estados Unidos de Vietnam ocurrirá en 1975, después de su derrota militar.

*Escritora, docente en la Universidad de Vincennes entre 1972 y 1980.

Traducción: Víctor Goldstein, tomado del libro *Revoluciones que cambiaron la historia*, Le Monde diplomatique/Capital Intelectual, Buenos Aires, 2012.

LAS REFORMAS

1971

En la ONU

La República Popular China es admitida en la ONU en lugar de Taiwán e integra el Consejo de Seguridad.

1972

Visita de Nixon

Entre el 21 y el 28 de febrero, el presidente de EE.UU. Richard Nixon visita China.

1976

Muere Mao

El 9 de septiembre fallece el presidente Mao Zedong. Termina la Revolución Cultural.

1978

Reforma

En diciembre, Deng Xiaoping lanza la gran reforma económica, que significa una apertura al capital privado.

1989

Represión

En la noche del 3 al 4 de junio, el ejército dispara sobre la multitud de estudiantes reunidos en la Plaza Tiananmen. Miles de muertos y heridos.





Tras la protesta de Tiananmen

De la rebelión al imperio del mercado

Por Wang Hui*

El movimiento social aniquilado en 1989 en la plaza de Tiananmen fue en esencia una protesta contra el empeoramiento de las condiciones sociales y la dictadura estatal. Pero el Gobierno y los neoliberales lograron imponer su política concertada en reemplazo del monopolio estatal, agravando las desigualdades e instaurando un nuevo autoritarismo.

Desde fines de la década de 1970 –y sobre todo a partir de 1989– el gobierno chino encara una política de liberalización radical, en coincidencia con los más entusiastas partidarios de la globalización. Si las reformas para instaurar una economía de mercado fueron abundantemente comentadas, en cambio la interacción entre el Estado y los mercados no pareció despertar mayor interés. Sin embargo, las reformas, en particular la del urbanismo iniciada en 1984, generaron una redistribución de la riqueza: la transferencia y la privatización de recursos hasta entonces en poder del Estado beneficiaron a nuevos grupos de intereses particulares, que desviaron el proceso de reformas hacia sus propios fines. Surgieron entonces fuertes desigualdades, expresadas en el desmoronamiento de la cobertura social, el creciente aumento de las diferencias entre ricos y pobres, el desempleo masivo y el éxodo de la población rural hacia las zonas urbanas. Nada de eso hubiera sido posible sin la intervención del Estado, que mantuvo en pie el sistema político pero se desentendió de otras funciones que ejercía en la sociedad. Ese dualismo entre continuidad política y discontinuidad económica y social confiere al neo-

liberalismo chino un carácter peculiar. Uno de los principales objetivos del gobierno consistía en resolver su crisis de legitimidad, puesta en evidencia por el movimiento social de 1989. Desde entonces, el discurso neoliberal se volvió hegemónico, impidiendo cualquier debate sobre perspectivas y alternativas diferentes. El ingreso de China a la Organización Mundial del Comercio (OMC) marca la última etapa de ese proceso.

Para comprender su origen hay que remontarse a las transformaciones económicas que tuvieron lugar entre 1978 y 1989 y analizar el papel del Estado en la instauración de la economía de mercado. El fracaso del movimiento de 1989, cuyas aspiraciones sociales y democráticas fueron aplastadas el 4 de junio de ese año en la plaza Tiananmen, representa el momento decisivo de esa evolución.

La mayoría de los estudios pusieron de relieve el papel de los estudiantes, de los intelectuales y de los núcleos “reformistas” en el seno del Estado, pero, en realidad, el movimiento social movilizó sectores mucho más amplios de la sociedad. Los estudiantes desempeñaron por supuesto un papel, pues la liberación intelectual y las “Luces” de la década de 1980 →



Desigualdad. Las reformas aumentaron la brecha social.



Precios. Tras la masacre del 89, el gobierno aplicó una reforma de precios basada en el mercado.

→ habían socavado las antiguas ideologías, abriendo nuevas perspectivas al pensamiento crítico. Pero la espontaneidad y el alcance de la movilización de 1989 muestran que su origen social era mucho más amplio y diversificado.

De hecho, los intelectuales se mostraron incapaces de proponer objetivos sociales realistas. No lograron captar plenamente la verdadera profundidad de ese movimiento. Como su blanco principal era el Estado socialista, el pensamiento crítico no vio ni entendió las particulares características de las nuevas contradicciones sociales: mientras que el Estado maoísta mantenía, por medio de la coerción y de la planificación, una desigualdad sistemática bajo las apariencias de igualdad, el nuevo “Estado reformador” transformaba esa desigualdad en diferencias de ingresos entre las distintas capas sociales. Los críticos no percibieron las tendencias socialistas profundas que animaban a la oposición de la década de 1980: no ya el “socialismo” de la antigua ideología del Estado, caracterizado por el monopolio, sino un socialismo nuevo, aún balbuceante, que aspiraba a la protección social, a la igualdad, a la justicia y a la democracia, en un contexto de desarrollo rápido del mercado.

A pesar de su diversidad ideológica, el movimiento estaba en general dirigido contra el monopolio y los privilegios; predicaba la democracia y la protección social. Salvo a los campesinos, que no se vieron directamente implicados, la corriente atrajo a personas provenientes de todas las clases, en zonas urbanas medianas y grandes. Esta amplísima movilización de sectores representativos de un gran espectro social puso a la vista de todos las contradicciones existentes en el seno del Estado.

Cabe distinguir dos fases en las reformas. La primera, entre 1978 y 1984, afectó a las zonas rurales. El aumento del precio de los productos agrícolas, el estímulo al consumo y el desarrollo de la industria local redujeron progresivamente la diferencia de ingresos entre las ciudades y el campo. Si bien la introducción parcial de mecanismos de mercado desempeñó un papel anexo en esa evolución positiva, las reformas se basaban en prácticas tradicionales chinas de distribución de la tierra, obedeciendo a principios de igualdad. La productividad agrícola aumentó, y por un tiempo se atenuó la polarización entre zonas urbanas y rurales.

La opción del ajuste

En 1984 comenzó una segunda fase, urbana, generalmente considerada como decisiva en el desarrollo de la economía de mercado. Desde el punto de vista social, ese período se caracterizó por la “descentralización del poder y de los intereses” (*fangquan rangli*): un proceso de redistribución de las ventajas sociales y de los intereses económicos, por medio de la transferencia a intereses privados (1) de recursos anteriormente controlados y coordinados por el Estado. A partir de 1978 el gasto público se redujo nota-

blemente y los gobiernos locales tuvieron un mayor poder e independencia (2).

Como señala el sociólogo Zhang Wali, la descentralización “no afectó para nada el poder de los organismos públicos en la distribución de los ingresos de la población; sólo redujo el poder del gobierno central [...]. Lejos de disminuir, la injerencia administrativa en la vida económica se vio reforzada. Más aun, tomó una forma todavía más directa que cuando era ejercida por el gobierno central. La descentralización no significó de ninguna manera la desaparición de la tradicional economía planificada, sino la simple miniaturización de esa estructura tradicional” (3).

Se hizo hincapié en la reforma de las empresas del Estado: en primer lugar, se les dio mayor independencia y se las incitó a reorganizar sus actividades y a cambiar su forma de gestión. Luego, bajo la presión de un desempleo creciente, el Estado, en lugar de cerrar empresas, optó por la transferencia de activos, manteniendo a la vez la orientación fundamental hacia una economía de mercado. Todo el proceso –fusiones, transferencias de activos y cierres de empresas– transformó las relaciones de producción. En cuanto el Estado comenzó a renunciar a sus prerrogativas en los campos industrial y comercial y pasó de la elaboración y aplicación del plan a un ajuste macroeconómico, las desigualdades en la distribución de ingresos propias del antiguo sistema estallaron, traduciéndose inmediatamente en nuevas desigualdades entre capas sociales y entre individuos.

A falta de control democrático y de un sistema económico apropiado, esto era casi inevitable. La posición y los intereses de los trabajadores, e incluso de los funcionarios, se vieron seriamente afectados. Prueba de ello es el debilitamiento de su papel económico, la polarización en el seno de una misma capa social, el estancamiento de los beneficios sociales y de los ingresos obreros. Para no hablar de la falta total de seguridad en el empleo para las personas de edad, débiles, enfermas, discapacitadas y para las mujeres embarazadas (4). Sin embargo, las reformas adquirieron legitimidad a causa de sus efectos indiscutiblemente liberadores y del debate intelectual que desataron. El Estado no debe su estabilidad únicamente a la coerción, sino también al hecho de haber podido mantener esa dinámica.

Al promediar la década de 1980 la inflación galopante y la amenaza de caos económico y de inestabilidad social en gran escala reactivaron el debate: ¿qué camino elegir entre una reforma radical de la propiedad y la privatización general de las empresas públicas por una parte, y por otra, un ajuste estructural enmarcado por el Estado y una liberalización parcial de los precios? Se optó por la segunda posibilidad, que en general tuvo éxito, pues la reforma de los precios obligó a los antiguos monopolios a adaptarse, estimulando los mecanismos de mercado. La importancia del éxito se ve claramente cuando se comparan esos resultados con los de la “privatización espontánea” en Rusia.



© oksana.perkins/Shutterstock

Seda. La ciudad de Suzhou es líder en la producción de prendas de seda.



© oksana.perkins/Shutterstock

Alta velocidad. La estación de Guangzhou South, la más larga de Asia, se encuentra todavía en etapa de construcción.

Pero esa opción generó también un conjunto de problemas. China aplicaba un “doble sistema de precios”: los de los medios de producción, que fijaba el plan, y los de los bienes de consumo, que fijaba el mercado. Esos dos niveles facilitaron la corrupción de parte de los cuadros del Estado y de los organismos oficiales. Los recursos en poder del Estado fueron “legal” e ilegalmente transferidos en beneficio de los intereses económicos de una pequeña minoría. En ese intercambio entre poder y dinero, una parte de las riquezas de dominio público fue a parar a los bolsillos de los “buscadores de rentas” (5). Más aun, en 1988, la extensión del sistema de “contratos” que permitía a las empresas del Estado, a los gobiernos locales y a los ministerios (*bumen*) firmar acuerdos comerciales y financieros con el exterior, generó un aumento de la inflación y la aparición de desigualdades, transformando los “productos del plan” en productos del mercado (6).

Para combatir esos problemas, el gobierno anunció en mayo y junio de 1988 que terminaría con el doble sistema de precios y se orientaría hacia su liberalización general. Ello generó pánico e importantes disturbios sociales, que forzaron al gobierno a volver a un control más estricto de la economía. Así fue como se exacerbaron las contradicciones entre el Estado y las entidades que él mismo había creado, los grupos de intereses particulares, a nivel local y nacional.

La aparición de graves desigualdades fue determinante en el desencadenamiento del movimiento social de 1989. En las zonas urbanas, las diferencias de ingresos habían aumentado seriamente: los ingresos de los obreros habían bajado tanto que amenazaban su “plato de arroz”. El desempleo había aumentado entre los trabajadores de las empresas del Estado (sin alcanzar, sin embargo, el dramático nivel actual); la

inflación había encarecido el costo de vida, en tanto que los beneficios sociales se estancaron. Los trabajadores no fueron las únicas víctimas: ese fenómeno afectó también la vida cotidiana de los funcionarios medios, provocando una diferencia de ingresos entre ellos y las otras capas sociales y, dentro de la propia categoría de funcionarios, entre los que entraban en el mercado y los que permanecían en el sector público (7).

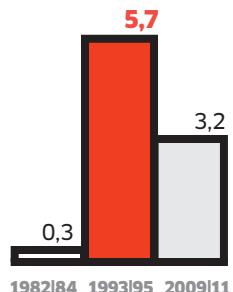
El estancamiento de la reforma agraria a partir de 1985 no hizo más que acentuar la creciente desilusión sobre el programa de reformas. Si se agrega a eso la exacerbación de los conflictos de intereses en el seno mismo del Estado, tenemos todos los ingredientes necesarios para generar una crisis integral de legitimidad.

La opinión pública china no aprobaba la economía planificada. Pero la transformación del sistema, iniciada a fines de la década de 1970, inspiró desconfianza en cuanto las nuevas desigualdades comenzaron a manifestarse claramente. Entonces se puso en tela de juicio tanto la legitimidad de las reformas como su fundamento político y legal.

Los estudiantes y los intelectuales reivindicaban esencialmente derechos constitucionales, una política democrática viable, la libertad de prensa, la libertad de reunión y el Estado de Derecho. Querían ser reconocidos como movimiento estudiantil patriótico legal. Otras capas sociales apoyaban esas reivindicaciones, pero dándoles un contenido social mucho más concreto: se oponían a la corrupción y a las malversaciones de los dirigentes; criticaban al “partido del principio” (la clase privilegiada) y exigían la estabilidad de precios, garantías sociales y justicia social. También pedían que se controlara la situación de Yangpu, en la isla de Hainan, ➤

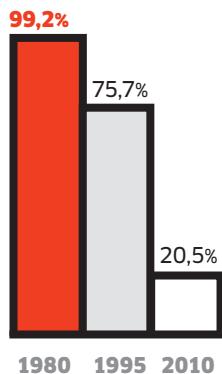
Economía privada

Inversión extranjera directa
(como porcentaje del PIB, promedios)



Cae el empleo estatal

Porcentaje del empleo urbano en empresas de propiedad estatal y colectiva



→ especie de zona franca cedida al capital extranjero. Junto a la reivindicación democrática se expresaba la de una distribución más justa de la riqueza.

A la vez que criticaba claramente al “antiguo” régimen, el movimiento presentaba sus reivindicaciones al “nuevo Estado reformista” y se oponía a su política. La distinción entre ambos no implicaba una discontinuidad del Estado, sino una transformación de sus funciones. El “nuevo Estado reformista” en realidad dependía íntegramente de la herencia política del “antiguo”.

Un movimiento vaciado

En conjunto, el movimiento representó una reacción espontánea de autoprotección social y de protesta contra el autoritarismo. Sin embargo, entre sus distintos componentes figuraban los grupos de intereses particulares que en otros tiempos habían sido los grandes triunfadores de la descentralización del poder y de las riquezas. Estos presentaban sus propias reivindicaciones y reclamaban que el gobierno pusiera en marcha un programa radical de privatizaciones. Instrumentalizaron el movimiento para modificar las relaciones de fuerza en el seno del gobierno en su propio beneficio (grupos económicos como Kanghua Company y la Sitong Company ejercieron fuertes presiones). El mismo fenómeno se produjo entre los intelectuales muy vinculados al poder del Estado.

A ojos del mundo, los neoliberales chinos aparecieron como críticos del régimen que luchaban contra la “tiranía” y por la “libertad”. Disimularon sus complejas relaciones con el poder, en el que se apoyaban para desarrollar el mercado interno e imponer su política de descentralización y de privatización de las riquezas. A falta de control democrático, esa confiscación de los recursos fue “legalizada” por medio de nuevas disposiciones legislativas. Debido a las vinculaciones entre el “neoliberalismo” chino y el orden mundial, esos “reformadores radicales” impusieron su propia interpretación del movimiento social de 1989, que apareció como la expresión del avance del liberalismo económico.

No es posible explicar los acontecimientos a partir de un esquema “a favor o en contra” de las reformas. El debate entre los neoliberales y los otros componentes del movimiento se refería, no a la reforma como tal, sino a su naturaleza. Si bien todos sostenían la idea de reformas políticas y económicas democráticas, las diferencias tenían que ver con el contenido y con los posibles resultados. La mayoría de los opositores deseaban una reorganización de fondo de la política y del sistema jurídico que garantizara la justicia social y una verdadera democratización de la vida económica. Esas aspiraciones entraban fundamentalmente en conflicto con las de los grupos de intereses particulares. Como es sabido, el combate por la democracia, la igualdad y la justicia social fue aplastado por la vio-

lencia del Estado en la plaza Tíannamen, aniquilando las posibilidades históricas que encerraba el movimiento. Pero su fracaso también proviene, indirectamente, de que no fue capaz de establecer un puente entre reivindicaciones democráticas y reivindicaciones sociales, ni de constituirse en una fuerza social estable.

Es preciso situar al movimiento chino en el contexto global de expansión de los mercados y de la emergencia de fuerzas sociales que impugnaban el sistema mundial dominante. Formó parte de un *continuum* que llevó hasta los movimientos de protesta contra la OMC en Seattle, en noviembre-diciembre de 1999, y contra el FMI en Washington en abril-mayo de 2000. Todas esas movilizaciones expresaban una esperanza utópica de igualdad y de libertad. En lugar de reconocer esa doble significación del movimiento de 1989, el discurso dominante hizo del mismo la prueba de la excelencia del modelo occidental. Así, el acontecimiento fue vaciado de su contenido y de su fuerza crítica; desposeído de su importancia histórica en tanto que protesta contra las nuevas relaciones de poder, contra la nueva hegemonía y la nueva tiranía (y ya no sólo contra la antigua).

Crecimiento de las desigualdades

Luego de Tíannamen, la protesta social fue comprimida en un espacio muy reducido y el discurso neoliberal se volvió hegemónico. En septiembre de 1989 el gobierno aplicó la reforma de precios que no había podido imponer unos años antes. Y como consecuencia de la gira de Deng Xiaoping por el sur, en 1992, el gobierno aceleró la instauración del mercado. La política monetaria se convirtió en un importante instrumento de control y se ajustó la tasa de cambio para promover las exportaciones. La competencia exportadora generó la aparición y el desarrollo de compañías de gestión; las diferencias de precios debidas al “doble sistema” disminuyeron; el distrito de Pudong, en Shanghai, se abrió al desarrollo, y nuevas “zonas de desarrollo” proliferaron rápidamente en todos lados.

En los años siguientes, la diferencia de ingresos entre las capas sociales y entre las regiones aumentó, y fue creciendo una nueva población de pobres (8). La antigua ideología, irrecuperable, fue reemplazada por la estrategia llamada “fuertes en dos frentes” (ideológico y económico; *liangshou ying*), que conjugándose con las reformas, se convirtió en un nuevo modo de tiranía. El “neoliberalismo” reemplazó a la ideología de Estado como ideología dominante, brindando su orientación y su coherencia a las decisiones del gobierno, a su política exterior y a los nuevos valores en los medios de comunicación. La instauración de una sociedad de mercado no suprimió las causas del movimiento social de 1989; las “legalizó”. Los inmensos problemas sociales de la década de 1990 –la corrupción, la especulación

Exterior e interior

Si bien hoy en día el total del comercio exterior chino (la suma de exportaciones e importaciones) representa casi el 65% de su PIB (contra menos del 10% en 1977, antes de las reformas) el fortalecimiento del mercado interno es un objetivo prioritario de la política del Gobierno. La persistencia de la crisis económica global hará que una parte sustancial de las ventas al exterior se vaya trasladando progresivamente a los consumidores internos.

inmobiliaria, la decadencia de la protección social, el desempleo, la mercantilización del trabajo rural, las migraciones masivas del campo a las ciudades (9), las crisis ecológicas, etc.– están íntimamente vinculados con las condiciones sociales anteriores a 1989. La mundialización agravó aun más esos problemas, su magnitud y su alcance geográfico. En síntesis, la expansión de los mercados llevó a la polarización social y a un desarrollo desigual, desestabilizando así las bases de la sociedad y facilitando la instauración del nuevo autoritarismo.

Por supuesto, las reformas y la apertura económica no tuvieron únicamente efectos negativos: liberaron a China de sus coacciones y de los callejones sin salida adonde la había conducido la Revolución Cultural. Además, pusieron en marcha un desarrollo económico real e importante, y tuvieron efectos liberadores. Es por eso que los intelectuales chinos las aprobaron. Pero, desde el punto de vista histórico, dejaron profundas cicatrices.

Para la generación que creció luego de la Revolución Cultural, el único conocimiento válido viene de Occidente; más precisamente de Estados Unidos. Asia, África y América Latina –para no hablar de Europa– desaparecieron de la órbita intelectual china. Repudiar la Revolución Cultural se convirtió en un medio de defender la ideología dominante y la política gubernamental: cualquier crítica al neoliberalismo es tildada de “regresión irracional”, mientras que se recurre a los críticos del socialismo y de la tradición china para justificar la adopción de modelos de desarrollo occidentales y de discursos teleológicos sobre la modernización.

Sin embargo, China no puede conformarse con medirse según la vara del desarrollo histórico del capitalismo occidental. Al contrario, ese capitalismo debe ser sometido a la crítica, no por gusto, sino para evaluar con una nueva mirada la trayectoria china y mundial, y para descubrir las nuevas posibilidades que nos ofrece la historia. No se trata de rechazar la experiencia de la modernidad, que, ante todo, es un movimiento de liberación respecto de la teología histórica, del determinismo y del fetichismo del sistema anterior. Se trata de convertir la experiencia histórica de China y de otros países en recursos de donde extraer la innovación teórica y práctica.

En términos históricos, el movimiento socialista chino fue un movimiento de resistencia y de modernización. Para captar las dificultades que encuentra China en su búsqueda de igualdad y de libertad, hoy en día es necesario interrogar nuestra trayectoria de modernización y hallar vías democráticas y sociales capaces de evitar la polarización y la desintegración. ■

1. Zhang Wali, “Twenty Years of Research on Social Class and Strata in China”, *Shehuixueyanjiu*, Pekín, 2000.

2. Wang Shaoguang, “La construction d’un État démocratique puissant - ‘type de régime’ et ‘capacité d’État’”, *Dangdai zhongguo yanjiu zhongxin lunwen* (Ensayos del Centro de Investigaciones sobre la China Contemporánea), Vol. 4, Pekín, 1991.



© Stringer / Reuters

Rebelión. Un estudiante frena el avance de los tanques del Ejército en la Avenida de la Paz Eterna, en medio de las protestas en Tiananmen (4 de junio de 1989).

3. “Twenty Years...”, op. cit., pp. 28-29.

4. Véanse Zhao Renwei, “Algunos aspectos particulares del reparto de los ingresos en China durante la transición”, en *Investigaciones sobre el reparto de los ingresos en el seno de la población china*, Pekín, 1994; Feng Tongqing, “La situación de los trabajadores chinos: estructura interna y relaciones mutuas”, *Zhongguo sheshui chubanshe*, Pekín, 1993 y Zhang Wanli, “Twenty Years...”, op. cit.

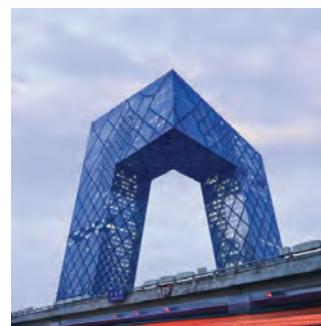
5. Hu Heyuan, “Une estimation de la valeur de la rente en Chine en 1988”, en *Jingji tizhi bijiao* (Systèmes économiques comparatifs), Vol. 7, Pekín, 1989.

6. Guo Shuqing, “Transformation du système économique, macro-ajustements et contrôle”, *Tianjin renmin chubanshe*, Pekín, 1992.

7. Sobre los cambios registrados en la situación de los cuadros antes y después de las reformas, véase Li Qiang, “Stratification et mouvement dans la société chinoise contemporaine”, en *Zhongguo jingji chubanshe*, Pekín, 1993.

8. Véanse los documentos del grupo de investigaciones económicas sobre el reparto de los ingresos, de la Academia China de Ciencias Sociales: Zhao Renwei, “Recherches sur la répartition des revenus en Chine”, en *Zhongguo sheshui kexue chubanshe*, Pekín, 1994.

9. Véase Wang, “Étude du développement urbain et de ses antécédents”, en *Shehuixueyanjiu*, Pekín, 2000.



© TonyV3112 / Shutterstock

TV. Sede de la televisión china.

*Historiador de las Ideas, jefe de Redacción de *Dushu*, Pekín.

Traducción: Carlos Alberto Zito



2

La explosión del desarrollo

CHINA HACIA ADENTRO

Uno de los mayores enigmas a los que se enfrentan los estudiosos de la realidad china es la definición de su sistema económico. ¿Las reformas instauradas desde 1978 implican el restablecimiento del capitalismo? ¿Se trata de un “socialismo de mercado”? Las posibles respuestas exigen muchas matizaciones. Lo innegable es que el impresionante crecimiento económico del gran país asiático, por su velocidad, constituye un caso único en la historia contemporánea.





Los paradójicos logros “burgueses” de la revolución maoísta

¿Qué capitalismo es el chino?

Por Maurice Meisner*

El programa de reformas lanzado por Deng Xiaoping en 1978 pretendía construir las bases para la modernización socialista del país. Pero produjo el más espectacular proceso de desarrollo capitalista de la historia. Paradójicamente, las condiciones para esta transformación provienen de los logros “burgueses” de la revolución maoísta de 1949.

En 1978, cuando Deng Xiaoping lanzó su programa de reformas de mercado, su finalidad no era crear una economía capitalista. Deng, el “líder supremo” de China en el período post-maoísta, fue comunista desde sus 20 años, cuando era estudiante en Francia e ingresó al Partido Comunista Chino (PCCh), en 1924. En 1978 todavía preveía un futuro socialista para China. Pero como Lenin, Deng no se oponía a usar los medios del mercado capitalista para lograr los objetivos socialistas. El objetivo inmediato era el rápido desarrollo económico, empleando los métodos más expeditivos disponibles, manifiestamente para construir la base material para el socialismo. Si el poder político permanecía en manos del PCCh, Deng asumía que los deseados resultados socialistas surgirían finalmente del “desarrollo de las fuerzas productivas”.

Pero lo que realmente se produjo no fue la construcción de los cimientos del socialismo, sino el más masivo proceso de desarrollo capitalista en la historia contemporánea.

Hacia mediados de la década de 1990, los aspectos esenciales de una economía capitalista estaban firmemente establecidos. En primer lugar, la obtención de ganancias fue universalizada en la vida económica y establecida como el principal criterio para juzgar el éxito o el fracaso de virtualmente todas las empresas económicas. En segundo lugar, China se integró en la economía capitalista mundial, y ello inevitablemente tiende a remodelar las relaciones económicas y so-

ciales internas de acuerdo con las normas capitalistas internacionales. En tercer lugar, se creó un enorme mercado de trabajo, en parte por la proletarización de cientos de millones de campesinos que fueron forzados a ello por la nueva mercantilización de la tierra; en parte por la destrucción del “tazón de arroz y de hierro”, el término despectativo que utilizaban los reformistas partidarios del mercado para referirse al sistema de seguridad de empleo y los beneficios de seguridad social de que gozaba una parte de la clase obrera urbana. Y en cuarto lugar, los reformadores post-maoístas procedieron con cautela pero inexorablemente hacia un sistema *de facto* (si no necesariamente *de jure*) de propiedad privada de los medios de producción, primero en el campo a través de formas variadas de tierras “contratadas”, y luego más explícitamente en las empresas urbanas y las propiedades inmobiliarias.

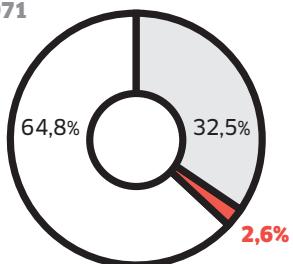
“Empresarios socialistas”

Los dirigentes chinos post-maoístas reconocieron desde el inicio que una economía de mercado presuponía una burguesía, o una clase de “empresarios socialistas”, tal como preferían llamarlos. Pero la burguesía china moderna, que siempre fue una clase pequeña y débil, había dejado de existir a fines de los años 1950. La mayoría de los miembros más ricos de la burguesía se fueron del continente en 1949, cuando el triunfo comunista, y sus empresas abandonadas fueron nacionalizadas inevitablemente por el →

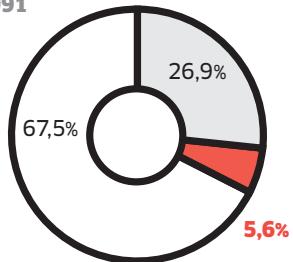
Electricidad

Participación en la producción mundial de electricidad

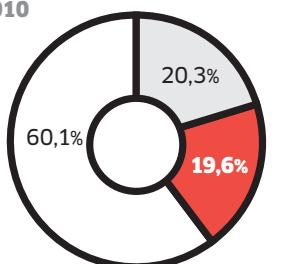
1971



1991



2010



■ China
■ EE.UU.
■ Resto del mundo

→ nuevo régimen. Las industrias y otros negocios de aquellos burgueses que se quedaron fueron expropiados o comprados por el nuevo Estado comunista. En el segundo caso, los ex propietarios recibieron como compensación bonos del gobierno a tasas bajas no heredables. Así, lo que quedaba de la burguesía china al final del período maoísta, en 1976, era un pequeño grupo de ancianos jubilados que cobraban modestos dividendos de los bonos estatales.

De modo que si se iba a implementar una estrategia de mercado debía crearse una burguesía. ¿Y qué más lógico que ésta fuese en gran parte reclutada en las filas del PCCh? Los funcionarios del partido tenían la influencia política y las habilidades para aprovechar mejor las ventajas pecuniaras que ofrecía el mercado. Superando las inhibiciones ideológicas –cuando existían– muchos cuadros del partido se precipitaron a participar ellos mismos en los negocios o a acomodar a sus hijos, parientes y amigos en posiciones lucrativas en lo que pronto se convertiría en una red de relaciones clientelares.

En la década de 1980, con la creación de una burguesía funcional, se cubrieron los requisitos esenciales, sociales e institucionales para una economía capitalista. Al mismo tiempo, las condiciones sociales para el capitalismo fueron reforzadas ideológicamente por la creciente influencia de las teorías económicas neoliberales y una creencia casi mística en la “magia del mercado”. Los planificadores económicos chinos, algunos de los cuales habían estudiado en las escuelas de negocios de los países industrializados, comenzaron a imitar a sus homólogos occidentales. Y, como un signo del humor intelectual imperante, los escritos de Milton Friedman adquirieron una popularidad extraordinaria entre los intelectuales, estudiantes y funcionarios gubernamentales. Friedman, el gurú del “libre mercado”, visitó China para dar una muy publicitada gira de conferencias en 1980 y 1988, prodigando elogios a sus nuevos discípulos chinos.

Costos sociales extremos

Durante las tres décadas transcurridas desde 1978, y sobre la base de una ya considerable estructura industrial moderna construida durante el cuarto de siglo anterior, el PIB chino creció a una tasa anual promedio del 9%, un ritmo a largo plazo sin precedentes en la historia contemporánea. El frenético y masivo avance del desarrollo capitalista en China rememora el asombro que llevó a Karl Marx a escribir que la burguesía “ha creado fuerzas productivas más masivas y colosales que todas las generaciones precedentes juntas. La sujeción de las fuerzas de la naturaleza al hombre, la maquinaria, la aplicación de la química a la industria y la agricultura, la navegación a vapor, los ferrocarriles, los telégrafos eléctricos, la preparación de continentes enteros para el cultivo, la canalización de ríos, poblaciones enteras trasladadas fuera de sus tierras... ¿quién un siglo antes tenía siquiera un presentimiento de que semejantes fuerzas productivas dormían en el regazo del trabajo social?” (1).

Pero en Marx la celebración de las fuerzas productivas del capitalismo iba acompañada por un agudo reconocimiento de su destructividad social y de una razonada advertencia sobre los espantosos costos humanos que exigirían las ingobernables fuerzas económicas que el capitalismo había desencadenado. “Una sociedad que ha conjurado semejantes medios poderosos de producción e intercambio –escribió Marx– es como el hechicero que ya no puede controlar los poderes subterráneos que ha invocado con sus sortilegios” (2).

Los “poderes subterráneos” que los reformadores de mercado del PCCh han desatado son ahora evidentes. Cientos de millones de campesinos han sido expulsados de las tierras que ocupaban, transformándose en una gran “población flotante” de trabajadores que buscan trabajos temporales en la construcción o como sirvientes en las ciudades y pueblos. Aquellos que permanecen en el campo son oprimidos por los corruptos funcionarios locales, una fuente continua de “acumulación primitiva de capital” para los empresarios burocráticos. En las florecientes ciudades, los nuevos ricos alardean de sus riquezas e imitan a sus homólogos occidentales en una orgía de consumo ostentoso. Al mismo tiempo la clase obrera urbana, amenazada por un vasto ejército de reserva laboral, sufre la erosión de su tradicional seguridad de empleo y de sus beneficios sociales.

Por supuesto, no hay nada particularmente chino en lo que se refiere a estos costos sociales del desarrollo capitalista. La mercantilización del trabajo y la tierra, el crecimiento de agudas disparidades sociales, la masiva destrucción ambiental: en las tempranas etapas de la industrialización capitalista esos males sociales fueron generados en todas partes. Pero en China, debido a la escala y al ritmo extraordinariamente acelerado del desarrollo, las consecuencias sociales son más extremas y se producen en la mayor escala de la historia capitalista mundial.

Pero aún habría que preguntarse si el capitalismo chino es realmente capitalismo. Un pequeño y menguante número de observadores extranjeros simpatizantes enfatiza el rol del Estado y los sectores colectivos en la economía china, sosteniendo que es efectivamente una “economía socialista de mercado”, a mitad de camino entre el capitalismo y el socialismo, y tienen la esperanza de que finalmente se dirija hacia este último. Un número mucho mayor de observadores occidentales duda de la autenticidad del capitalismo chino, al que frecuentemente llaman “capitalismo de compinches” o “corporativismo leninista”. Ambos puntos de vista se centran alrededor del papel del Estado comunista en la economía china, un asunto de necesario análisis para lograr cierta comprensión de la naturaleza social del régimen chino y su futura dirección.

Creación de una burguesía

El rol del Estado en el desarrollo del capitalismo ha sido oscurecido, a causa de la necesidad ideológica de retratar al capitalismo como la expresión de cierta

naturaleza humana esencial. Esta necesidad encontró su expresión en la ideología del “libre mercado”, que sostiene que el capitalismo opera mejor (y más naturalmente) cuando está libre de toda intervención gubernamental externa.

Sin embargo, el poder del Estado ha estado íntimamente involucrado en el desarrollo del capitalismo moderno desde su origen. Incluso en Inglaterra, la patria clásica del desarrollo capitalista, fue necesaria la intervención del Estado para crear un mercado de trabajo, una condición esencial para el desarrollo del capitalismo industrial moderno. Los cercamientos de tierras del siglo XVII, que promovieron el capitalismo rural mientras empujaban a millones de campesinos fuera del campo para ser finalmente transformados en proletarios urbanos, no fueron simplemente el trabajo de leyes económicas *naturales* sino leyes del Parlamento impuestas por los jueces y la policía. Y fue la reforma de la Ley de Pobres de 1834 la que finalmente eliminó los derechos tradicionales de subsistencia a favor de un “mercado libre de trabajo”, cuyo funcionamiento fue impuesto mediante la amenaza del hospicio. El Estado británico estuvo muy implicado en la creación de las condiciones necesarias para el desarrollo del capitalismo industrial moderno.

En el desarrollo del capitalismo tardío el Estado ha tenido un papel cada vez más importante. El Estado de Bismarck aportó la mayor parte del impulso y la dirección para el rápido desarrollo del moderno capitalismo industrial en Alemania a fines del siglo XIX, mientras que la industrialización promovida por el Estado fue la característica dominante de la historia

te del Estado. Tanto en la Alemania del canciller Bismarck como en el Japón de Meiji, la naciente burguesía intercambió “el derecho a gobernar por el derecho a hacer dinero” (4).

La China post-maoísta podría ser vista como otra variante de este camino conservador hacia la modernización capitalista. Pero en un aspecto esencial el modelo chino contemporáneo es de un carácter aun más centrado en el Estado y más burocrático de lo que fueron sus predecesores alemán y japonés. En la Alemania de Bismarck y el Japón de Meiji existían clases burguesas autóctonas (aunque débiles), cuyos intereses el Estado autocrático podría promover y cuyas energías podrían ser guiadas por las autoridades estatales hacia el objetivo del desarrollo económico nacional. El resultado de ambos casos fue una burguesía dependiente del Estado, pero no simplemente una creación del Estado.

En China, al contrario, a fines de la década de 1970, cuando se lanzó el programa de reforma de mercado, hacía largo tiempo que la burguesía china había dejado de existir en tanto clase social operativa. Se tenía que crear de nuevo una burguesía. Esto fue realizado por el mismo Estado-Partido Comunista, que asumió la tarea de producir tanto la burguesía urbana como la rural, en gran medida desde sus propias filas. Sin embargo, la economía china funcionalmente no es hoy menos capitalista de lo que fueron sus contrapartes alemana y japonesa un siglo antes.

Es muy posible que el peculiar origen de la burguesía china contemporánea tenga consecuencias políticas menos felices. Sobre la base de una lectura más



© Kobby Dagan / Shutterstock.com

Pobreza. Una de las consecuencias de las reformas.

Si se iba a implementar el mercado debía crearse una burguesía. ¿Y qué más lógico que ésta surgiera del PC chino?

de Japón en la era Meiji (1868-1912), los dos casos más celebrados de la denominada “modernización conservadora”. En los “nuevos países industrializados” del período posterior a la Segunda Guerra Mundial, la modernización capitalista patrocinada por el Estado ha sido casi universal. Corea del Sur, Taiwán y Singapur están entre los ejemplos más exitosos. Una variante de este modelo de industrialización ha sido una “triple alianza” (entre el Estado, las multinacionales y el capital local) supervisada por el Estado, un diseño que puede ser exemplificado por Brasil, en las décadas subsiguientes a la Segunda Guerra Mundial (3).

Alemania, Japón, ¿China?

En todos estos casos de “modernización conservadora” –es decir, la modernización capitalista sin una revolución democrática burguesa completa– la burguesía (el agente del desarrollo capitalista) no ha tenido en demasía el ejercicio del poder a través del aparato del Estado, sino que más bien ha sido dependien-

bien simplista del surgimiento de la democracia política en los primeros países industrializados (como por ejemplo Inglaterra, Francia, Estados Unidos), está ampliamente asumido que la burguesía, por virtud tanto de sus intereses económicos como por sus ideales, procura limitar el poder del Estado. Así, se predica con frecuencia que el desarrollo del capitalismo y el crecimiento de la burguesía en China conducirán a un proceso de evolución política democrática. Pero resulta improbable que una burguesía que es creación del Estado comunista, que permanece tan dependiente de ese Estado y que en muchos aspectos aún está ligada material y psicológicamente al aparato del Estado-Partido, tienda a limitar el poder de un Estado del que tanto se beneficia. No se trata tanto de que la nueva burguesía china sea políticamente tímida, sino de que sus intereses económicos están bien protegidos por el Estado que la creó. De producirse, cualquier impulso serio para un proceso de evolución democrática vendría así de→

Peligros externos

Ante el XVIII Congreso del Partido Comunista chino celebrado en noviembre de 2012, el presidente saliente, Hu Jintao, afirmó que el país debería duplicar su Producto Interno Bruto (PIB) y el ingreso per cápita del 2010 en 2020. Pero el jefe del Banco Central, Zhou Xiaochuan, recordó que los riesgos externos derivados de la tenaz crisis financiera global son aún muy grandes.



Shanghai. Con las reformas económicas de la década del 90, la ciudad más poblada de China experimentó un espectacular crecimiento edilicio, financiero y turístico.



McDonald's. Se instaló en China en octubre de 1990 en Shenzhen, provincia de Guangdong.

Hacia la innovación tecnológica

La primera etapa del impresionante despegue económico de China se basó en la exportación de productos que requerían el uso intensivo de mano de obra muy barata. El actual desafío es iniciar un segundo ciclo que se centre en la innovación tecnológica y la mano de obra altamente especializada.

→ las víctimas, y no de los beneficiarios del capitalismo promovido por el Estado.

El nuevo “taller del mundo”

Los aspectos sociales y políticos del desarrollo económico en la China post-maoísta conforman un régimen que puede ser caracterizado mejor como un capitalismo burocrático; esto es, un sistema de economía política donde el poder político es empleado para generar la acumulación privada a través de métodos capitalistas de actividad económica. El fenómeno no es una novedad en la historia mundial. En efecto, en mayor o menor medida, el uso de influencias políticas para obtener beneficios económicos privados es un rasgo extendido de la economía capitalista. Incluso en los países capitalistas más avanzados, los que más ruidosamente se presentan como los campeones de las virtudes del pristino “mercado libre”, una carrera gubernamental es frecuentemente el preludio para otra carrera más lucrativa en una empresa capitalista usualmente relacionada con el aparato estatal.

En la historia de China, el capitalismo burocrático ha sido un fenómeno inusualmente importante. Sus orígenes se remontan a más de 2.000 años, hasta la antigua dinastía Han, cuando los monopolios del Estado fueron establecidos para la producción y la venta de bienes tan lucrativos como la sal y el hierro. Los comerciantes privados administraban la producción y la distribución, pero lo hacían bajo la supervisión de los burócratas imperiales. Los empresarios privados y los funcionarios del Estado conformaron una

relación simbiótica, y ambos se beneficiaron enormemente durante siglos. Pero no fue hasta el ascenso del régimen nacionalista de Chiang Kai-Shek, en 1927, que China tuvo la dudosa distinción de producir el que es tal vez el caso clásico de “capitalismo burocrático” en la historia mundial. Durante el período de gobierno nacionalista (1927-1949), el sector moderno de la economía china estuvo dominado por las “cuatro grandes familias”: los Kung, los Soong, los Chen y los Chiang. Estrechamente relacionadas mediante la política y los matrimonios, estas cuatro familias controlaban el aparato del Partido-Estado nacionalista, y por virtud de este control político dominaban –como capitalistas privados– el sector moderno de la economía china.

Los objetivos principales de la Revolución Comunista, tal como Mao Zedong los enunciara en la década de 1940, eran destruir a los terratenientes feudales en el campo y a la “burguesía burocrática” en las ciudades. No era la intención, decía Mao, eliminar el capitalismo en general, el que continuaría existiendo “durante un largo período” para servir a las necesidades del desarrollo económico nacional (5). Por eso es irónico que sólo treinta años después del triunfo revolucionario, el Estado comunista recrearía una burguesía burocrática junto con el capitalismo en general.

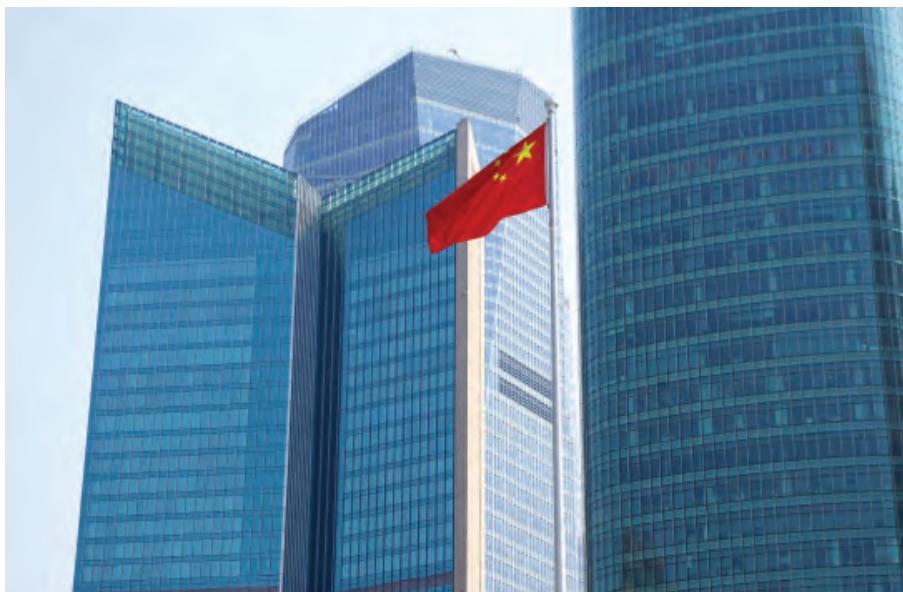
Ritmo y escala asombrosos

El capitalismo burocrático de la China post-maoísta no representa una simple resurrección de la economía política de la era del Guomindang. El capitalismo burocrático bajo el régimen del Guomindang (y sus encarnaciones anteriores del siglo XIX), estuvo económicamente estancado, aun cuando la burguesía burocrática prosperó. En sorprendente contraste, el capitalismo burocrático de la China contemporánea está asociado a tasas de crecimiento económico extraordinariamente altas, que han transformado a este país, en palabras de Martin Wolf, en “el taller del mundo”, un título antes reclamado por Inglaterra en el siglo XIX (6). El ritmo y la escala del avance económico de la República Popular son sorprendentes. Informes recientes, por ejemplo, revelan que China suma ahora más poder de energía eléctrica cada año que todo lo producido por Gran Bretaña en su red eléctrica nacional (7). Y en la reciente reunión del Congreso Nacional del Pueblo en Pekín, el primer ministro chino Wen Jiabao anunció un programa de modernización de la industria del acero, revelando que las viejas plantas que serán reemplazadas tienen ellas solas más capacidad productiva que la totalidad de la capacidad productiva de la industria del acero de Alemania (8). ¿Por qué el capitalismo burocrático del período nacionalista perpetuó el estancamiento económico, mientras un sistema sociopolítico muy similar en la China post-maoísta ha logrado un fenomenal crecimiento económico? Cualquier investigación sería acerca de las razones de este sorprendente



© Giancarlo Ligori / Shutterstock

Industria textil. Uno de los motores del crecimiento. La seda es la principal actividad de la región de Suzhou.



© feiyuezhangjie / Shutterstock

Nubes. Sede de grandes compañías, bancos e incluso organismos oficiales, los rascacielos son uno de los símbolos de la nueva China.

contraste debería centrarse, en gran medida, en las diferencias existentes entre las sociedades chinas anterior y posterior a la revolución. O, más precisamente, se debe tener en cuenta los logros de la Revolución de 1949 en tanto revolución burguesa. El régimen nacionalista de Chiang Kai-Shek, más allá de sus bien conocidos defectos internos, se encontró en el contexto histórico más desfavorable, un sistema casi feudal de propiedad terrateniente que despilfarraba –más que acumulaba– capital, y un sistema político arcaico jaqueado por los señores de la guerra separatistas; un país política y económicamente fragmentado por el impacto de un siglo de imperialismo extranjero, y una burguesía débil y dependiente del capital extranjero. Los esfuerzos del régimen nacionalista para aliviar estas cargas precapitalistas, incluso a la luz del corto plazo y los limitados medios con que contaba, fueron débiles en el mejor de los casos.

Por otro lado, el régimen comunista chino realizó con éxito, en la década de 1950, las tareas esenciales de una revolución burguesa, aunque sin su componente democrático. Los comunistas unificaron una China por largo tiempo desintegrada, se liberaron de las intromisiones imperialistas y establecieron un gobierno duro pero efectivo. Con esto crearon las bases para un Estado-nación independiente y un mercado nacional; la clase parasitaria de los aristócratas-terratenientes fue destruida con la campaña de reforma agraria de 1950-1952, lo que permitió canalizar el excedente agrario en capital para financiar un programa de rápida

industrialización impulsado por el Estado y lograr sorprendentes avances en alfabetización, atención médica y educación, creando una fuerza de trabajo moderna y excepcionalmente capaz. En síntesis, el gobierno maoísta, especialmente en la primera década, creó las condiciones esenciales para el proceso de rápido desarrollo capitalista que ha tenido lugar durante las tres últimas décadas.

El espectacular ascenso económico de China, por lo tanto, no es simplemente el resultado de las reformas de mercado de Deng Xiaoping y sus sucesores. También le debe mucho a los logros “burgueses” positivos de la Revolución de 1949. La herencia real de la revolución no fue el socialismo, un objetivo todavía proclamado ritualmente en Pekín, sino más bien el moderno objetivo nacionalista de la riqueza y el poder del Estado-nación. ■

1. Karl Marx y Friedrich Engels, *Manifiesto comunista*, Centro Editor de Cultura, Buenos Aires, 2004.

2. *Ibidem*.

3. Peter Evans, *Dependent Development*, Princeton University Press, Princeton, Nueva York, 1979.

4. Barrington Moore, *Los orígenes sociales de la dictadura y de la democracia*, Ediciones Península, Barcelona, 1991.

5. “La situación actual y nuestras tareas”, 25 de diciembre, 1947, *Obras escogidas de Mao Zedong*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekín, 1961.

6. *The Financial Times*, Londres, 25-11-03

7. *The Financial Times*, Londres, 21-2-07.

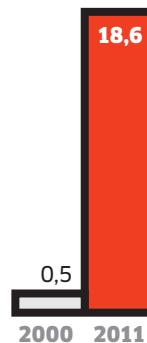
8. *The Financial Times*, Londres, 6-3-07.

*Profesor de Historia de la Cátedra Harvey Goldberg, Universidad de Wisconsin, Madison, Estados Unidos. Autor de *La China de Mao y después*, Comunicarte, Córdoba, 2007.

Traducción: Jorge Santarossa y Jaime Silbert

Parque automotor

Cantidad de automóviles
cada 100 hogares urbanos



Informatización

Cantidad de computadoras
cada 100 hogares urbanos



Vértigo de una megapotencia

Y China despertó

por Ignacio Ramonet*

“El día que China despierte...”, se decía hasta hace poco, dejando planear la idea de una gigantesca amenaza amarilla sobre el planeta. Ahora sabemos que ese inmenso país ya está despierto. Pero todavía no podemos imaginar las consecuencias que su impresionante resurgimiento tendrá sobre la marcha del mundo.



© Ryan Pyle/Corbis

Colooso demográfico con sus 1.300 millones de habitantes, China inició su gran reforma económica solamente después de la muerte de Mao Zedong en 1976, y sobre todo a partir de 1978, cuando asumió el poder Deng Xiaoping. Fundado en la abundancia de una mano de obra mal pagada, en la masiva recepción de fábricas de ensamblaje, en la exportación de productos baratos y la afluencia de inversiones extranjeras, su modelo de desarrollo fue considerado durante mucho tiempo “bastante primitivo”, característico de un país atrasado y gobernado con mano de hierro por un partido único, dado que hasta el necesario control de su demografía se realiza de manera autoritaria.

Sin embargo, China, siempre comunista, no sólo dejó de dar miedo, sino que en la euforia de la globalización incipiente fue presentada por cientos de empresas, que deslocalizaban allí sus fábricas tras haber despedido a millones de asalariados, como una verdadera ganga para inversores alertas. En poco tiempo, gracias a la red de “zonas económicas especiales” instaladas a lo largo de su frente marítimo, se convertiría en una potencia exportadora fenomenal, encabezando a los exportadores mundiales de productos textiles y de indumentaria, de calzado, productos electrónicos y juguetes. Sus productos invadían el mundo. Especialmente el mercado de Estados Unidos, respecto del cual presentaba un desequilibrio gigantesco: en 2003 el déficit comercial estadounidense ante Pekín alcanzó los 130 mil millones de dólares (1).

Despegue espectacular

La furia exportadora desataría un despegue espectacular del crecimiento, que desde hace dos décadas supera el 9% anual (2). Este “comunismo democrático de mercado” significó para millones de hogares chinos un incremento del poder adquisitivo y del nivel de vida (3). Y favoreció el ascenso de un auténtico capitalismo chino. Siguiendo el mismo impulso, el Estado se lanzó a modernizar el país a marchas forzadas, multiplicando la construcción de infraestructuras: puertos, aeropuertos, autopistas, vías ferroviarias, puentes, embalses, rascacielos, estadios para los Juegos Olímpicos de Pekín en 2008, instalaciones para la Exposición Universal de Shanghai en 2010, etc. Esta masa demencial de obras y la nueva fiebre consumista de los chinos agregaron a la economía una nueva dimensión: en muy poco tiempo China, que infundía miedo como potencia exportadora invasora, se ha convertido en un ogro importador cuya insaciable voracidad inquieta seriamente. El año pasado fue la primera importadora mundial de cemento (importó el 55% de la producción mundial); carbón (40%); acero (25%); níquel (25%) y aluminio (14%). Y el segundo importador

mundial de petróleo, después de Estados Unidos. Estas importaciones masivas dieron lugar a una explosión de los precios en los mercados mundiales, especialmente los del petróleo.

Admitida en el seno de la Organización Mundial del Comercio (OMC) en 2001, China es en la actualidad [año 2004] una de las economías más grandes del mundo, exactamente la sexta (4). Mueve el crecimiento planetario y toda convulsión en ella tiene un impacto inmediato sobre el conjunto de la economía mundial. “A pesar de la rapidez de nuestro crecimiento, China sigue siendo un país en vías de desarrollo, y necesitaríamos otros cincuenta años de crecimiento al ritmo actual para llegar a ser un país medianamente desarrollado”, evalúa el primer ministro Wen Jiabao (5).

El gran interrogante

Pero si China sigue con este ritmo, a partir de 2041 va a superar a Estados Unidos para convertirse en la primera potencia económica del mundo (6). Lo cual tendrá consecuencias geopolíticas fundamentales. Esto significa que desde 2030 su consumo de energía equivaldrá a la suma del consumo actual en Estados Unidos y Japón, y que al no disponer de petróleo suficiente como para satisfacer una necesidad tan monstruosa, de aquí a 2020 se verá obligada a duplicar su capacidad nuclear y a construir dos centrales atómicas anuales durante 16 años...

Aun así, y aunque ratificó el Protocolo de Kyoto en 2002, China, que ya es el segundo país contaminante del planeta, va a llegar a ser el primero, emitiendo colosales masas de gases con efecto invernadero que agravarán el cambio climático en curso. En este sentido, China constituye un caso de manual y antípico de la cuestión que se planteará a propósito de India, Brasil, Rusia o Sudáfrica: ¿cómo arrancar a miles de millones de personas de la angustia del subdesarrollo sin sumirlas en un modelo productivista y de consumo “a la occidental”, nefasto para el planeta y mortal para el conjunto de la humanidad? ■

1. Véase “Quand la Chine éternuera...”, *Cyclope. Les marchés mondiaux 2004*, bajo la dirección de Philippe Chalmin, Economica, París, 2004.

2. 9,7% en el primer semestre de 2004.

3. El PIB por habitante alcanzó 4.690 dólares en 2003.

4. Se sitúa entre el Reino Unido e Italia, después de Estados Unidos, Japón, Alemania y Francia, y debiera integrar el G8, el grupo de países más industrializados, que incluye además de los mencionados a Rusia y Canadá.

5. *El País*, Madrid, 6-6-04.

6. De acuerdo con la experta Maryam Khelili, para esa fecha la lista de seis países más prósperos del mundo será la siguiente: China, Estados Unidos, India, Japón, Brasil y Rusia.

*Director de *Le Monde diplomatique*, España. Antes lo fue de la edición “madre”, la francesa.

Traducción: Marta Vassallo

TESTIMONIO

Dos viajeros argentinos

Relato de dos de los primeros argentinos que escribieron sobre su visita a la China de Mao en la década de 1950.

Apenas comenzamos a recorrer la exposición sobre la historia –¡tan cercana!– de las luchas libradas por los obreros de Shanghai, inconscientemente bajamos la voz y caminamos despacio. Sentimos un nudo en la garganta: todos esos muchachos y muchachas de cara inteligente y mirada franca, ahí fotografiados, todos han muerto. A la mayoría, balas de fusiles y ametralladoras les atravesaron el pecho, otros fueron decapitados y miles se extinguieron lentamente en la oscuridad fétida de un calabozo o expiraron bajo la mano de los torturadores. En fotografías, también, o en ilustraciones de periódicos viejos, los vemos avanzar calle adelante, gritando o cantando, sosteniendo banderas y carteles; en otras fotos, en otros recortes, se ve cómo una lluvia de piedras o la línea segadora de las ametralladoras los voltean; y plazas y avenidas sembradas de cuerpos que parecen montones informes de harapos ensangrentados. Milicias, no siempre policiales, no siempre chinas, tironean, arrastran, descuartizan a los que ofrecen resistencia... a los adolescentes, los estudiantes, los jóvenes obreros que, un día feliz, se hicieron sacar los retratos ahí expuestos... Rewi Alley, que estaba en China en aquella época, dice de ellos: “Estos hombres querían vivir y hacerles a otros posible la vida. Ellos estaban a favor de la vida, de una vida más plena que la que hasta hoy el mundo ha conocido. Pero porque murieron tratando de abrirle paso a esa vida, ninguno de ellos le temió a la muerte”. Esto lo demuestran, según nos dijeron, las cartas que ahí vemos. Enmarcadas y sin que el tiempo haya alcanzado a amarilllear su papel, algunas están escritas con sangre. Era la única manera de comunicarse con sus compañeros o de despedirse de la madre o de la mujer. En esas palabras escritas con sangre –vuelven a decirnos– hay más esperanza que dolor. Nunca como en ese instante deseamos poder descifrar la caligrafía china. Lo sentimos de manera aguda. Como un ahogador afán. El afán de recibir el último mensaje de los que, por morir para todos, dan a todos su mensaje. Fue el mismo afán que, en Nankín, unos días antes, en la cima de la Colina de la Lluvia de Flores –donde Chiang Kai Chek fusiló a tantos miles de patriotas que las piedritas del suelo se tiñeron de rojo– nos tuvo un rato mirando a lo lejos.

Extracto del libro de María Rosa Oliver y Norberto Frontini “Lo que sabemos hablamos...”. *Testimonio sobre la China de hoy* [1955]. Recogido en *Hacia la revolución. Viajeros argentinos de izquierda*, selección y prólogo de Sylvia Saitta, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2007.





Democratización conservadora del sistema político

¿Podrán los comunistas cambiar el país?

Por Jean-Louis Rocca*

El acelerado crecimiento económico chino conllevó, junto con evidentes progresos materiales, vastos desajustes sociales. La consecuencia ha sido la multiplicación de las protestas y la reivindicación de derechos y libertades. El Partido Comunista intenta encauzar los reclamos sin alterar el sistema.

Desde el Congreso del Partido Comunista Chino (PCCh) en octubre de 2007 hasta los preparativos de los Juegos Olímpicos de Pekín [que se realizaron entre el 8 y el 24 de agosto de 2008], pasando por el tratamiento del “caso tibetano”, no puede decirse que China haya ofrecido una nueva imagen de su sistema político. Sin embargo, este conservadurismo “en lo alto” contrasta con la amplitud, la frecuencia y la naturaleza de los movimientos sociales que estallan en el interior del país. En efecto, se asiste hoy en día a una semi-institucionalización de la protesta; ésta no resulta de una presión social exterior al Partido, sino de la acción de individuos y grupos ubicados en el interior mismo del “sistema”. Semejante inflexión obliga a salir del marco habitual del análisis político que a menudo opone un “poder” todopoderoso –de prácticas tortuosas y sin escrúpulos– a una “sociedad” que es percibida alternativamente como indiferente o al borde de la rebelión.

La “renovación” del Partido

Entre 2002 y 2006, cerca de 12 millones de personas se adhirieron al PCCh. ¿Qué razones las empujaron a esta decisión? Para algunos cuadros del Partido y de la administración, la pregunta parece no tener sentido: es un medio de acceder a una función y acumular poder. Para otros, las motivaciones son diversas. “Si

quiero subir de grado, tengo que pasar por esa formalidad”, explica un docente.

En una de las grandes universidades del país, el 80% de los profesores son comunistas. Sin embargo, sacar el carnet no garantiza el ascenso social. La red de relaciones, el éxito profesional, incluso el enriquecimiento son vías más seguras. Un secretario del Partido de una institución pública espera desde hace tiempo una promoción al rango superior, mientras que su adjunta, casada con un alto cuadro de otra institución, acaba de obtenerla a pesar de algunas cualidades profesionales objetables. De igual manera, el hijo de una *businesswoman* muy rica, que no es miembro del Partido, pudo colocar en la alta jerarquía de una empresa pública a su propio hijo, que no tiene diploma a pesar de haber pasado tres años en una universidad extranjera. En el ámbito intelectual, la adhesión al Partido puede garantizar cierta tranquilidad mental. Así, para un periodista, “estar en el Partido permite una mayor libertad de expresión”. La paradoja es sólo aparente: la persona cooptada accede a un círculo restringido en el que las discusiones son más libres. Esta percepción remite precisamente al tema de la “democratización del Partido”, abordado durante el XVII Congreso. En este eslogan puede observarse la pируeta retórica de una organización que, en lugar de demo- →

TRANSFORMACIONES

Hacia un partido selecto

La composición social de los afiliados al Partido Comunista chino va cambiando, con el ingreso creciente de sectores medios.

El Partido Comunista Chino (PCCh) hoy [N. de la R.: año 2008] cuenta con más de 70 millones de miembros. Está compuesto por personas de edad relativamente avanzada, de un nivel de educación elevado, y en general, de sexo masculino: en 2006, 77% de sus miembros tenían más de 35 años; 80,9% eran hombres y 29% tenían títulos universitarios (1). Se advierte una alta tasa de renovación: en cuatro años (de 2002 a 2006) cerca de 12 millones de personas se adhirieron al Partido (2). Y si bien las mujeres no parecen interesarles a los dirigentes comunistas –en todo caso, no más que antes–, los jóvenes se han convertido en un objetivo mayor para las campañas de adhesión: 80% de los nuevos miembros tienen menos de 35 años (3).

Sin embargo, no entra quien quiere, y la selección es bastante áspera. En la universidad de Shandong, por ejemplo, donde el 91,9% de los alumnos del primer ciclo se candidateó, sólo fue admitido el 13,5%. En cambio, el 40% de los estudiantes del segundo ciclo fueron aceptados (4). Según ciertos estudiantes, para tener éxito hay que ser buen alumno, mostrar interés por la organización de actividades colectivas y tener cierta facilidad para las relaciones sociales. Los atuendos originales y los comportamientos heterodoxos no son bienvenidos. También se lanzó una campaña de adhesión dirigida a las nuevas categorías sociales, sobre todo a los trabajadores de las seis mil empresas extranjeras que están presentes en el país (5). El PCCh ya tiene 2.86 millones de empleados y empleadores de empresas privadas, y 810.000 empresarios independientes (6); el 40% de los jefes de empresas privadas e individuales son miembros. El delegado del partido de una pequeña empresa afirma: "Nuestro objetivo es transformarlo en un partido de clases medias (*zhongchan jieceng*), compuesto por ciudadanos de alto nivel: empresarios, empleados y funcionarios con responsabilidades, pero también obreros, migrantes internos que han demostrado sus cualidades".

1 Xinhua, Pekín, 19-6-06.

2 Xinhua, Pekín, 16-7-07.

3 Xinhua, Pekín, 2-5-06.

4 Xinhua, Pekín, 16-7-07.

5 Canal de televisión CCTV5, 19-10-07.

6 Xinhua, Pekín, 16-7-07.

→ cratizar realmente la sociedad, propone el enésimo sucedáneo de liberalización. Sin embargo, el discurso oficial deja ver un conjunto de realidades diferentes. Empezando por una reflexión encarada hace ya varios años en las escuelas del Partido acerca de un escenario político de "democratización conservadora". La apuesta no es menor: ¿cómo conservar el poder (interés personal) y garantizar la estabilidad (interés colectivo) sin dejar de generar un espacio de expresión y elección política? Mediante la conformación de "tendencias" en el interior mismo del Partido que permiten articular los distintos ámbitos sociales, el PCCh sigue monopolizando el poder, pero a la manera del Partido Liberal Demócrata japonés de la segunda posguerra (el ejemplo aparece citado explícitamente). O, como en Europa y en Estados Unidos, dentro de un sistema de poder animado por dos grandes partidos que, al ponerse de acuerdo en lo esencial, hacen prevalecer el consenso sobre el conflicto, y por ende, brindan estabilidad. La democracia dentro del círculo de las élites permite reformar el régimen evitando, al mismo tiempo, la inestabilidad política. Desde 2002, los dirigentes accentúan esa inflexión. La elección de eslóganes como "sociedad armoniosa", "pequeña prosperidad" o, aún más recientemente, "la ciencia del desarrollo" dan cuenta de una legitimación de las demandas de la "sociedad". A ese gesto simbólico se suman medidas concretas: extensión limitada pero real de los sistemas de seguridad social, atenuación de la carga fiscal de los campesinos, control menos brutal de las migraciones y de los movimientos sociales. Tras una fachada de inmovilidad, el "gradualismo" reformador modifica los grandes equilibrios políticos. Por cierto, no se trata de organizar elecciones a corto o mediano plazo: la "democratización del Partido" consiste en una serie de experimentos restringidos hechos para mantener la reforma dentro de un marco estrecho. Así como la democratización del campo, ya antigua, había limitado su impacto a las cuestiones internas de los pueblos, la democratización del Partido circunscribe el espacio de discusión y de protesta a un público elegido de gente responsable. En ambos casos, se trata de evitar cualquier derribo.

Liberalizar, pero controlar

Con seguridad, el escenario de la democratización conservadora empalidece al lado de la "segunda ola democrática" (que siguió a la Segunda Guerra Mundial) o de la tercera (la de los países del ex bloque oriental). Pero resiste la comparación con la "primera ola democrática", la de los países de Europa Occidental: todo el cuestionamiento político de las élites del siglo XIX se articulaba en torno a la contradicción entre una democratización percibida como ineluctable, incluso deseable, y el espanto que despertaba entre los "dominantes" (1). Alexis de Tocqueville ensalza al pueblo (el honesto ciudadano razonable)

pero denuesta al populacho (la multitud, las masas, los revolucionarios) (2). Así como los grandes sistemas democráticos germinaron sobre el miedo a la revolución, el temor de ver surgir de las urnas a malos dirigentes (demagogos, pero también líderes sin experiencia ni conocimientos) impidió durante mucho tiempo cualquier avance radical en ese sentido. La problemática china es idéntica, salvo por el hecho de que allí el desorden reemplaza a la revolución. Las élites están buscando la fórmula que les permita democratizar sin choques, y al mismo tiempo garantizarle al país “buenos” dirigentes. Un funcionario a cargo de las elecciones municipales se pregunta: “¿Qué situación es más peligrosa? ¿Una sociedad inestable privada de expresión por las urnas (inestable en parte porque está privada de expresión) o una sociedad en desorden a causa de las urnas?”. La clase dirigente y la mayoría de los comunistas trabajan para evitar ambos escollos. Aunque a menudo es tomada en solfa, incluso por los chinos mismos, la “democratización” no es una simple entelequia.

Al lado de la protesta social, o más bien tras ella, se perfilan formas de acción política ejercidas por miembros del Partido. Abogados, diputados, funcionarios, profesores, jefes de “organizaciones de masas” (Federación de Mujeres, sindicatos), empresarios, todos están presentes en los medios y en las Organizaciones No Gubernamentales (ONG), pero también en las bambalinas del poder, para defender categorías sociales que consideran pisoteadas. Algunos dan cursos de derecho a quienes migraron des-

periodistas denuncian escándalos ligados con la contaminación o con el maltrato infligido a los migrantes internos o a los campesinos y habitantes de la ciudad expropiados.

Este nuevo activismo debe mucho a la inflexión elitista en la composición del Partido, con una proporción creciente de jóvenes, empresarios y profesionales. Ni revolucionarias ni disidentes, estas personalidades a menudo tienen en común un pasado “militante”. Los más visibles, que tienen unos cincuenta años de edad, vivieron los grandes movimientos políticos de la época maoísta (Revolución Cultural, envío de jóvenes instruidos al campo), así como las fases de oposición al régimen (fundamentalmente, en 1979 y 1989). Dominan tanto la lengua oficial como la gramática de su reforma. Habiendo experimentado todas las represiones, ya no tienen un gran sentido del sacrificio. Se los encuentra en todos los sectores del poder, y sorprende descubrir afinidades entre individuos que ocupan posiciones muy alejadas –en el ámbito artístico y la administración, en el campo académico y en los negocios– pero que se cruzaron en la época maoísta. Es por ello que Zhang, uno de esos jóvenes instruidos que fueron enviados al campo, hoy director de una de las oficinas administrativas de una gran municipalidad (4), quedó vinculado con un famoso artista con quien compartió tres años en Mongolia. Más curioso aun, un ex guardia rojo reconvertido al mundo de los negocios mantiene excelentes relaciones con uno de sus antiguos adversarios. De esa experiencia conservan una sensibilidad, unos reflejos y un lenguaje en común.



© Li Zheng / Xinhua Press / Corbis

Festejos. En el 59º aniversario de la República Popular China.

Las capas sociales más activas se muestran decididas a defender sus intereses sin reclamar un cambio brutal en el régimen.

de el campo (3) o publican artículos que relacionan movimientos de protesta e injusticias sociales, oposición y defensa de derechos. Otros apoyan o incluso financian iniciativas a favor de los pobres o expulsados. Otros defienden el patrimonio o la idea de una redistribución de los recursos del crecimiento. Desde hace poco, hay personalidades que ofrecen su apoyo a las asociaciones de propietarios de departamentos contra las malversaciones operadas por los promotores inmobiliarios y los administradores de edificios, a quienes no les faltan amistades con las autoridades locales.

Lo que está en juego es importante: se trata del reconocimiento del derecho de la “clase media” –que ella misma define como su fundamento– a la propiedad inmobiliaria. En los grandes complejos de Pekín, la elección de representantes de los propietarios ahora es obligatoria. Las autoridades locales no tardaron en encontrar recursos para vaciar de sentido a estas elecciones, pero la reforma marca un reconocimiento de los derechos de los propietarios. Por último, algunos

Un intelectual de renombre afirma: “Somos muchos los que volvimos a la vez del mito revolucionario y de la creencia en la democracia y las elecciones. Todo eso es peligroso, hay que encontrar una vía intermedia”.

Piezas del rompecabezas político

La trayectoria de estos “demócratas conservadores” los conduce a pensar la reforma política en términos de evolución hacia un mecanismo que garantice a la vez el orden, la reproducción de las élites y una fuerte dosis de movilidad social. En sintonía con el discurso oficial, preconizan un refuerzo de las leyes, sobre todo para garantizar los derechos fundamentales de las categorías desfavorecidas o en situación de dificultad: personas expropiadas de su vivienda o de sus tierras, migrantes explotados, habitantes de las ciudades empobrecidos por las reformas, propietarios en lucha contra los administradores y los promotores inmobiliarios, residentes que protestan contra la contaminación del aire y de los ríos, etcétera. La idea es propiciar canales legales de expresión →

Contradicciones históricas

Tal vez el núcleo del desafío político que se plantea a la dirigencia comunista china es hasta qué punto se conseguirá preservar el régimen de partido único y las características autoritarias que conlleva, en un país cada vez más desarrollado, más complejo y con nuevas capas sociales que formulan distintos reclamos.



Militares. Parte esencial del dispositivo de poder del Partido.



Retrato. La figura de Mao, presente en los edificios oficiales.

→ del descontento y enseñarles a quienes protestan a utilizar el arsenal legal para contrarrestar el accionar de los empresarios y los burócratas locales. La afirmación de las categorías sociales (propietarios, expropiados, pobres, migrantes) debe pasar por una protección de sus derechos (*weiquan*). Ningún “reformador” se anima a franquear la línea amarilla de la oposición al régimen. Algunos dicen: “El momento de las revoluciones ya terminó. No hay que intervenir más en política”. “Hay que evitar cualquier confrontación directa con el régimen”, señalan otros. La elección no es enteramente táctica. Por una parte, esos “militantes” pertenecen al sistema. Y, más precisamente, a grupos sociales favorecidos por las reformas económicas: técnicos, cuadros de grandes empresas, empresarios, docentes. Igual que los dirigentes, cultivan el gusto por la estabilidad y temen perder las ventajas tanto más preciadas cuanto que fueron obtenidas tardíamente. No obstante, su accionar da cuenta de cierto valor y exige discreción: su estatus, si no su libertad, podría verse afectado por él. El impacto de estas luchas es menor, pero atendible: la imagen que tiene la opinión pública de los migrantes internos mejoró considerablemente, y el no pago de sus salarios se hizo menos frecuente; los recursos legales contra los malos tratos aumentan; la toma de conciencia de los problemas de contaminación es inegable; los intereses de los propietarios de departamentos empiezan a ganar cierta legitimidad. Aunque modesto, este balance supera al de la disidencia, que ya no tiene gran influencia debido al débil apoyo popular con que cuenta y la represión que padece. Los enemigos de la corriente “reformadora” no están en el gobierno ni en el Partido: son todos aquellos que, en las administraciones, las empresas, las universidades, quieren seguir gozando del régimen negándose a darles a sus prerrogativas un marco (jurídico, formal, legítimo). No han comprendido que el modo de gobierno debe evolucionar e integrar las aspiraciones sociales, en su totalidad o en parte, si es que quieren evitar... perder el poder. La aparición de nuevas capas sociales, reunidas bajo el término cómodo pero confuso de “clases medias”, constituye otra pieza en este rompecabezas político. En su seno hay muchos comunistas que, beneficiados por un nivel de ingresos que les permite tener una casa y un auto, viajar, “gozar de la vida”, manifiestan una actitud política ambivalente. Por un lado, critican el enriquecimiento fundado en las remuneraciones ilegales o sobre los “privilegios” (*tequan*) de origen familiar, cuando ellos sólo pueden contar con sus méritos y sus salarios muy golpeados por los impuestos. Están a favor de una extensión de la protección legal de los intereses individuales y de una amplia democratización de las libertades de expresión, de asociación y de empresa. Por otro lado, se oponen a la implementación de elecciones, que consideran una fuente potencial de disturbios sociales, violencia y fragmentación po-

lítica. “¿Quién nos asegura que los dirigentes salidos de un escrutinio serán mejores que los que gobernaron hoy en día China?”, ése es, en esencia, su mensaje. Los miembros de estos nuevos estratos sociales señalan la importancia de la contribución de los migrantes internos para la prosperidad actual y apoyan las medidas que puedan mejorar sus condiciones de vida y de trabajo. Pero también insisten sobre la necesidad de “civilizar” a esos campesinos antes de concederles la ciudadanía urbana (5). Este nuevo contexto político constituye una forma de respuesta a las mayores contradicciones de la sociedad. El ritmo desenfrenado de crecimiento y el aumento de poder de los intereses sociales que lo acompañan generan frustraciones y deseos que en adelante sólo puede satisfacer... el crecimiento. La promesa perpetua de un mayor bienestar futuro no alcanza: se exigen garantías más sólidas. A esta situación, las corrientes políticas que aparecieron después de los años 90 no han aportado una respuesta adecuada. La vuelta a la “tradición”, que adopta la forma de una regeneración del confucianismo, no coincide con el crecimiento y contradice el deseo de experimentar nuevos estilos de vida. La nebulosa de grupos y personas a los que en China se alude como “nueva izquierda” puede seducir por sus referencias a la renovación nacional, pero su voluntad de volver a colectivizar la economía y regresar al igualitarismo no halla mucho eco en una población habituada a las delicias de la vida moderna. En cuanto al liberalismo político, tanto los intelectuales como los chinos de la calle lo perciben como portador de un nuevo caos del tipo “Tiananmen”.

Un proyecto poco revolucionario

La nueva “corriente”, tan difusa como las anteriores, adopta un punto de vista diferente. No pretende promover una receta, pasada o externa, sino encontrar una solución al *impasse* del crecimiento. En su opinión, el descontento social aumenta porque no dispone de canales de expresión legítimos. Asimismo, el ascenso social se atasca debido al papel que juega el capital social y político en el éxito. Si un cambio de la coyuntura económica privara a la población de su fe en un futuro mejor, esas frustraciones podrían desembocar en una explosión política. Como advierte el sociólogo Chen Yingfan: “Si, en una sociedad, las capas medias urbanas, que disponen de una capacidad de acción legal y de una racionalidad política, no tienen los medios para defender eficazmente sus intereses, o si el poder impide sistemáticamente esa expresión utilizando la ley o la acción política, incluso la violencia o la amenaza, entonces los habitantes de las ciudades pueden elegir la acción revolucionaria. Una opción más costosa en términos de subversión social y riesgos políticos” (6). Para conjurar ese fantasma, la nueva corriente propone hacer converger las fuerzas implicadas en los movimientos sociales y las actividades asociativas. Juntas,



Poder. Preparativos para un acto del Partido Comunista Chino, Pekín. En el Estado chino conviven diferentes corrientes ideológicas: reformistas y conservadores, liberales y burócratas.

podrían modificar el flujo de movilidad social sin entrar en la arena política. Se trata de forzar al Estado, y sobre todo a las administraciones locales, a adoptar políticas sociales y medidas de protección jurídica. Para un ex profesor devenido en hombre de negocios “la sociedad es la única fuerza capaz de modernizar el país y aumentar los márgenes de libertad y justicia social”. La táctica tiene relación con los análisis de los economistas, que apelan a un aumento de la demanda interna para acrecentar los ingresos de los menos favorecidos y “securizar” las condiciones de vida adecuadas para la estimulación del consumo (7).

Se entiende entonces que el discurso puede gustarles a los dirigentes del país. Una sociedad más escuchada, con instituciones modernizadas, garantizaría la perennidad de su poder. Aunque muy poco revolucionario, semejante proyecto permite esquivar la cuestión de un cambio de régimen y refuerza, así, al PCCh. Al ligar estrechamente las opciones políticas con los intereses individuales, mantiene el temor a la represión, al tiempo que deja un espacio a lo social. No obstante, coincide innegablemente con las evoluciones sociológicas del país. Las capas sociales más activas –esas famosas clases medias– se muestran cada vez más decididas a defender sus intereses, sin por ello reclamar un cambio brutal en el régimen. Es cierto que la estrategia de rodear el campo político (no toquemos los fundamentos del poder) por la vía de lo social (arreglémonos para que la justicia social y los derechos individuales sean respetados) encuentra algunos escollos. Así, la lógica de defensa de los derechos no garantiza el mismo tra-

tamiento para todos: el derecho es un producto de la lucha política. Las “clases medias” tendrían la legitimidad necesaria –aunque más no sea porque consumen– para convertirse en pilares de esa democratización conservadora. Por el contrario, a las clases sociales desfavorecidas –a los migrantes internos, por ejemplo– les costaría hacerse oír y podrían verse tentados por acciones “revolucionarias”. Otra trampa: la resistencia al cambio de las burocracias locales (y también, sin duda, de parte de la alta administración). La explotación de los migrantes internos o el dominio sobre el sector inmobiliario generan tales ganancias que al gobierno central le costará mucho esfuerzo reformar esas prácticas. ■

1. Guy Hermet, *Le passage à la démocratie*, Presses de Sciences-Po, París, 1996.

2. Véase Philipe Videlier, “Des philosophes pour les propriétaires”, *Manière de voir*, N° 99 (“L’Internationale des riches”), junio-julio de 2008.

3. Estos “migrantes” (*mingong*) llegados del campo de forma relativamente clandestina ocupan empleos poco calificados. Sus derechos son raramente respetados.

4. Un director de oficina reúne las atribuciones de un director regional y un adjunto del intendente.

5. “The imaginary of ‘urban executives’ in contemporary China: some findings”, conferencia del autor en el coloquio “Asian Societies in comparative Perspectives”, Universidad de Yonsei, Seúl (Corea del Sur), 26/27-10-07.

6. Chen Yingfang, “Puissance d'action et limites institutionnelles: les couches moyennes dans les mouvements urbains”, estudio escrito en chino sin publicar.

7. Véase Sun Liping, “Enrichir le peuple pour accroître la demande intérieure” y “Penser autrement pour refonder l'ordre social”, *Nanfang Zhoumo* (“Week-end du sud”), Cantón, respectivamente 16-3-06 y 13-12-07.

*Jefe de Investigaciones del Centro de Estudios e Investigaciones Internacionales (CERI), Pekín.

Traducción: Mariana Saúl

LOS ÚLTIMOS AÑOS

2001

Ingreso en la OMC

China ingresa a la Organización Mundial del Comercio. La decisión es un reflejo del cambio de orientación económica del país y transforma la faz del comercio global.

2007

Propiedad privada

En marzo, la Asamblea Nacional Popular aprueba una ley que reconoce por primera vez la propiedad privada.

2008

Juegos Olímpicos

El 8 de agosto comienzan en Pekín los XXIX Juegos Olímpicos, espectacular demostración del nuevo lugar de China en el mundo.

2011

Segunda economía

En febrero, China supera a Japón y se convierte en la segunda economía más grande del mundo.

2012

Nuevo líder

Se realiza en noviembre el XVIII Congreso del Partido Comunista Chino. Xi Jinping es elegido sucesor de Hu Jintao al frente del partido, paso previo a su probable designación como presidente del país.



© Michael S. Yamashita/Corbis



Contra la precariedad laboral y los bajos salarios

El despertar de los trabajadores

Por Isabelle Thireau*

China era hasta hace poco tiempo un paraíso para empresarios: una inmensa reserva de mano de obra baratísima; obreros sometidos a una disciplina de hierro y a condiciones de vida degradantes y que sin embargo no hacían huelgas. Pero esa Arcadia del capital empieza a resquebrajarse: las protestas y los paros de los trabajadores se están multiplicando a lo largo y ancho del país.

T rabajo en esta fábrica desde el 5 de junio de 2006. Gano alrededor de 1.400 yuanes (158 euros) por mes, apenas unos 100 yuanes más que los recién contratados. ¿Le parece justo? ¿Es justo que mi salario haya aumentado el segundo año sólo 28 yuanes, el tercero 29 y el cuarto 40? ¿Es justo que el 40% de los que trabajan aquí sean pasantes muy mal pagados, lo que repercute en los salarios de todos? ¿Es justo que haya cinco categorías, cada una dividida en quince niveles, lo que significa que, como sólo puedo subir un nivel por año aunque hiciera todo como se debe, necesitaría setenta y cinco años para llegar al más alto? ¿Es justo trabajar tanto para poder ahorrar apenas unos cientos de yuanes por mes? Hay demasiadas desigualdades, demasiadas promesas incumplidas, demasiadas injusticias. ¿En qué nos convertimos si aceptamos todo esto? No hay opción: esta huelga es una cuestión de dignidad” (1). Así se expresaba un obrero de la fábrica de autopartes de la automotriz japonesa Honda, en Foshan, en la provincia china de Guangdong, donde se declaró una huelga durante el mes de mayo de 2010.

Demandas insatisfechas

Todo comenzó el 17 de mayo con el paro de un centenar de obreros que protestaban contra una decisión de la dirección considerada injusta. En esta fábrica, en efecto, la remuneración es producto de la suma de varios elementos: para los obreros menos calificados

del primer nivel, por ejemplo, al salario básico (675 yuanes, 75 euros) se suman el salario correspondiente a la función (340 yuanes, 37 euros), así como diversas asignaciones, para la vivienda o el transporte, que permiten alcanzar un total de 1.510 yuanes (168 euros) (2). Ahora bien, a fines de abril pasado la Municipalidad de Foshan anunció que a partir del 1º de mayo, el salario mínimo local pasaría de 770 a 920 yuanes (de 85 a 102 euros). La dirección de la fábrica decidió trasladar este aumento al salario básico pero, al mismo tiempo, redujo el correspondiente a la función, anulando así un aumento significativo. De ahí la huelga que terminó el 4 de junio de 2010, tras un acuerdo celebrado con los diecisésis representantes de los trabajadores designados por fuera de los sindicatos oficiales: la dirección se comprometió a aumentar todos los salarios 500 yuanes (55 euros). En esa ocasión, los obreros redactaron una carta abierta en la que reclamaban que sus empleadores “dieran muestras de buena fe, se prestaran a negociaciones honestas y tuvieran en cuenta sus razonables demandas”. El documento precisaba además que su lucha no respondía sólo a los empleados de la fábrica sino al conjunto de los obreros chinos. Incluía además una lista de reclamos relacionados con la escala salarial, la representación de los empleados, los modos de evaluación del trabajo y los criterios de ascenso. En momentos en que la huelga estaba terminando, la atención estaba puesta desde hacía varios días en →



Trabajo. El boom de la construcción crea millones de empleos.



Urbanización. Trabajador del asfalto en las calles de Shanghai.

Riqueza y pobreza

Es lógico que ante el creciente incremento de las riquezas en China aumente también el clamor de los trabajadores por sus reivindicaciones. Desde que asumió el presidente Hu Jintao en 2002 hasta 2012, el país cuadruplicó su Producto Interno Bruto y se convirtió en la segunda economía del mundo. Además, es el primer exportador e importador global, y posee las mayores reservas monetarias del planeta.

→ los suicidios de Foxconn Technology en Shenzhen. En cinco meses, trece jóvenes obreros de esta empresa taiwanesa, que fabrica componentes electrónicos para marcas extranjeras, intentaron suicidarse; diez lo hicieron. El 20 de julio pasado, en Foshan, un empleado de una empresa socia de Foxconn, de 18 años de edad, se quitó la vida (3). La empresa anunció entonces un aumento del salario básico de sus obreros chinos y una reforma de las normas vigentes. Sin embargo, es conveniente no equiparar en forma demasiado apresurada a ambas empresas. En Foxconn, el muy bajo salario básico obliga a los trabajadores a hacer una cantidad de horas extra superior a la prevista en la legislación. Allí también padecen un gran aislamiento, tanto respecto de los colegas, en los talleres y habitaciones comunes, como del mundo exterior. En Honda, en cambio, existen al parecer lazos entre empleados oriundos de una misma región o becarios egresados de una misma escuela. Por otra parte, desde su instalación en China, Foxconn impone, tanto durante las horas de trabajo como en el descanso, una disciplina más que militar basada en la prepotencia de los agentes de seguridad, que pueden sancionar a los empleados, incluso mediante la fuerza. El primer suicidio fue el de un obrero a quien, acusándolo de robo, lo revisaron y lo encerraron hasta que confesó un delito que no había cometido. Los trabajadores de Honda y los de Foxconn reaccionaron pues a situaciones que consideraban inaceptables, pero que lo eran en grados y con características muy diferentes. Hecho novedoso, los primeros tuvieron un enfrentamiento directo con el sindicato oficial: el 31 de mayo pasado, sus representantes, reconocibles por su uniforme, se desplegaron por toda la fábrica y exigieron la reanudación del trabajo, atacando a varios obreros. Los huelguistas señalaron que nunca se los convocó para elegir a sus representantes; que éstos están lejos de haber desempeñado el papel que les correspondía durante la huelga. Estos dos movimientos explican, al menos en parte, el aumento sin precedentes del salario mínimo decidido en numerosas provincias o municipalidades (960 yuanes en Pekín, 1.120 yuanes en Shanghai). Sin duda, no son ajenos a la encuesta realizada en junio pasado por las autoridades de Shenzhen a cinco mil migrantes internos de 18 a 35 años. La encuesta revela que estos últimos ganan un promedio de 1.800 yuanes por mes, de los cuales envían la quinta parte a su familia, y que la mitad de ellos hace una cantidad ilegal de horas extra (4). También lograron que el 15 de julio pasado un dirigente chino, Zhou Yongkang, solicitara a la Administración de Cartas y Visitas que hiciera todo lo necesario para resolver los conflictos sociales y responder a los reclamos relacionados con el lugar de trabajo (5). Zhou reconoce que a pesar de la disminución del número de quejas (especialmente colectivas), las tensiones sociales ligadas a la expropiación de tierras, la demolición de inmuebles y al empleo siguen existiendo,

y solicita “a los gobiernos de diferentes niveles redoblar sus esfuerzos para resolver los conflictos de trabajo teniendo en cuenta las demandas razonables de los empleados”.

Multiplicación de huelgas

Estas revueltas no se limitan a la región particularmente industrializada del Delta del Río de las Perlas. En efecto, a comienzos de mayo de 2010, importantes huelgas afectaron a las provincias de Shandong, Jiangsu y Yunnan, así como a las ciudades de Nanjing, Pekín, Chongqing y Lanzhou. El grupo Toyota sufrió una decena de ellas entre el 1º de mayo y el 15 de julio de 2010. En Changchun, el 1º de julio, los diecisiete mil choferes de taxi de la ciudad dejaron de trabajar para protestar contra un nuevo impuesto. Estos acontecimientos se inscriben en un movimiento más amplio de multiplicación de las huelgas, observado en las empresas tanto extranjeras como chinas desde hace dos años; todo sucede mientras la agitación social crece desde mediados de los años 90: paros, cartas colectivas dirigidas a las autoridades locales y a la Asamblea Nacional Popular, visitas a las instancias administrativas, reclamos difundidos a través de internet. En otras palabras, los empleados migrantes chinos nunca fueron dóciles. Si bien constituyen un grupo heterogéneo, que reúne a personas con experiencias y proyectos muy diferentes, comparten una situación de inferioridad institucional con respecto a los “locales”. Nunca dejaron de cuestionar las desigualdades fomentadas por el sistema del certificado de residencia (o *hukou*), y de protestar contra la impotencia y la docilidad forzada que sufren en las empresas. También puede establecerse un vínculo directo entre las acciones llevadas a cabo y los avances del derecho laboral, ilustrados por ejemplo con la promulgación en 2008 de una ley de contratos de trabajo. La misma situación de los migrantes alimenta estas luchas. La mejora de los ingresos de los campesinos redujo en efecto el número de candidatos a partir. Estos últimos intentan realizar estudios que les permitan aspirar a condiciones de empleo y de vida más aceptables que las de sus predecesores. Además, la incorporación al mercado laboral de hijos de migrantes que vivieron siempre en la ciudad, pero considerados oficialmente “extranjeros” y que no gozan pues del mismo tratamiento que aquellos con quienes crecieron, suscita otros sentimientos de injusticia. Hasta ahora, sus reivindicaciones pasaron inadvertidas, ya que se expresaban menos por la huelga que a través de una institución confidencial, la Administración de Cartas y Visitas.

Un canal de expresión popular

Creado en 1951, este organismo se basa, desde el cantón hasta las instancias superiores del Estado, en una red de oficinas encargadas de recibir y transmitir sugerencias, pedidos de asistencia, llamados a la revisión de sanciones políticas o administrativas

consideradas injustas, críticas y acusaciones. Desde hace sesenta años legitima un espacio de expresión que no dejó de ser transformado por aquellos, campesinos, citadinos, soldados o propietarios de inmuebles, que lo han utilizado. Entre 1993 y 2005, los testimonios aumentaron un 10% por año, y las visitas –sobre todo las colectivas, que trasladan a veces a varios miles de personas– crecieron más rápido que las cartas. Pero sobre todo, quienes se ponen de acuerdo para interpelar de esta manera a las autoridades denuncian cada vez con mayor frecuencia problemas que trascienden las fronteras de las localidades donde supuestamente deberían resolverse. Si el derecho, la religión, la organización de acciones conjuntas permiten expresar el sentimiento de injusticia, la Administración de Cartas y Visitas sigue siendo un espacio donde los chinos miden desde hace mucho tiempo su capacidad para tomar iniciativas, emitir juicios, contar lo que les sucede, y todo ello hablando por sí mismos, pero también en nombre de anónimos que viven la misma situación. Es un lugar de interpelación a los representantes del Partido Comunista y del Estado, donde se cuestionan las relaciones de poder y las formas de legitimidad, con terceros como testigos. Fuera de todo marco institucional, allí se reivindica con tenacidad la igualdad de condiciones y se rechazan con fuerza las diferencias jerárquicas presentadas como naturales. Es en efecto lo que reclaman, más allá de la dimensión estrictamente económica, los trabajadores de Honda y Foxconn. En este sentido, son los herederos de estos migrantes que, en 1996, escribían: “Nos pagan por unidad, pero, como hace cuatro meses que no sabemos el precio de la unidad, ¿cómo saber si nuestro salario es justo? Nos tratan como animales, esclavos, máquinas... ¿Es justo que no tengamos ninguna libertad? ¿Es justo que no tengamos la menor seguridad? ¿Es justo trabajar por nada? No podemos seguir agachando la cabeza”⁽⁶⁾.

Una lectura estrictamente económica, o demasiado coyuntural, de estos movimientos sería pues errónea, porque los mismos se inscriben en un largo proceso de aprendizaje que tiene como efecto, según la fórmula de Claude Lefort, “instituir lo real”. Pero revelan también la nueva habilidad de los que protestan, quienes se apoderan de medios muy diversos para influir sobre el poder central. Los huelguistas que trabajan para empresas extranjeras invierten el argumento nacionalista oficial –las reivindicaciones sociales perjudican la potencia de China y deben pues postergarse– para ampliar su margen de maniobra: ¿Qué legitimidad tendrían las fuerzas que reprimen a aquellos que son explotados por patrones extranjeros? En Changchun, los choferes de taxi antepusieron más bien el principio de su necesaria supervivencia. Tomaron además como modelo la victoriosa huelga de la primavera boreal de 2010 en una ciudad de la provincia de Sichuan (los intercambios de experiencias se multiplican) para decre-



© Imaginechina/Corbis

Huelga. Trabajadores de Honda demandan mejores condiciones de empleo en la planta de Foshan Fengfu Autoparts Co., en la provincia de Guangdong.

tar una huelga de tres días, el plazo necesario para que las autoridades centrales tomaran conocimiento del conflicto e interviniieran. Finalmente, ubicaron a su movimiento bajo una triple consigna: ni líderes reconocidos, ni organización formal, ni violencia. Lejos de ser apoyados por el gobierno chino (las huelgas son un medio demasiado peligroso para promover un aumento de salario y el desarrollo del consumo interno), estos movimientos preocupan a las autoridades centrales. Se trata de un proceso que, de manera imperceptible pero tenaz, modifica las relaciones de poder entre gobernantes y gobernados. ■



© Cyril Hou / Shutterstock

Hábitat. La migración interna requiere millones de viviendas.

1. Entrevista realizada por He Meichuan, investigador de la Universidad de Zhongshan (Cantón), Foshan, 29-5-10. Le agradecemos haber puesto este documento a nuestra disposición.

2. Varios obreros calcularon sus gastos: aportes previsionales (132 yuane), cobertura médica (41 yuane), vivienda (126 yuane), aporte sindical obligatorio (5 yuane). Así, su ingreso mensual es de apenas 1.207 yuane. Los gastos de la vida cotidiana ascienden a un promedio de 500 yuane por mes, a los que hay que sumar 250 yuane, si los trabajadores se alojan fuera de la fábrica. El Banco Mundial estima en 1.684 yuane el salario mensual promedio que necesita un adulto chino con hijos a cargo, para hacer frente a las necesidades básicas.

3. *South China Morning Post*, Hong Kong, 22-7-10.

4. *South China Morning Post*, 16-7-10.

5. Xinhua News Agency, Pekín, 16-7-10.

6. *Les ruses de la démocratie. Protester en Chine*, pág. 267.

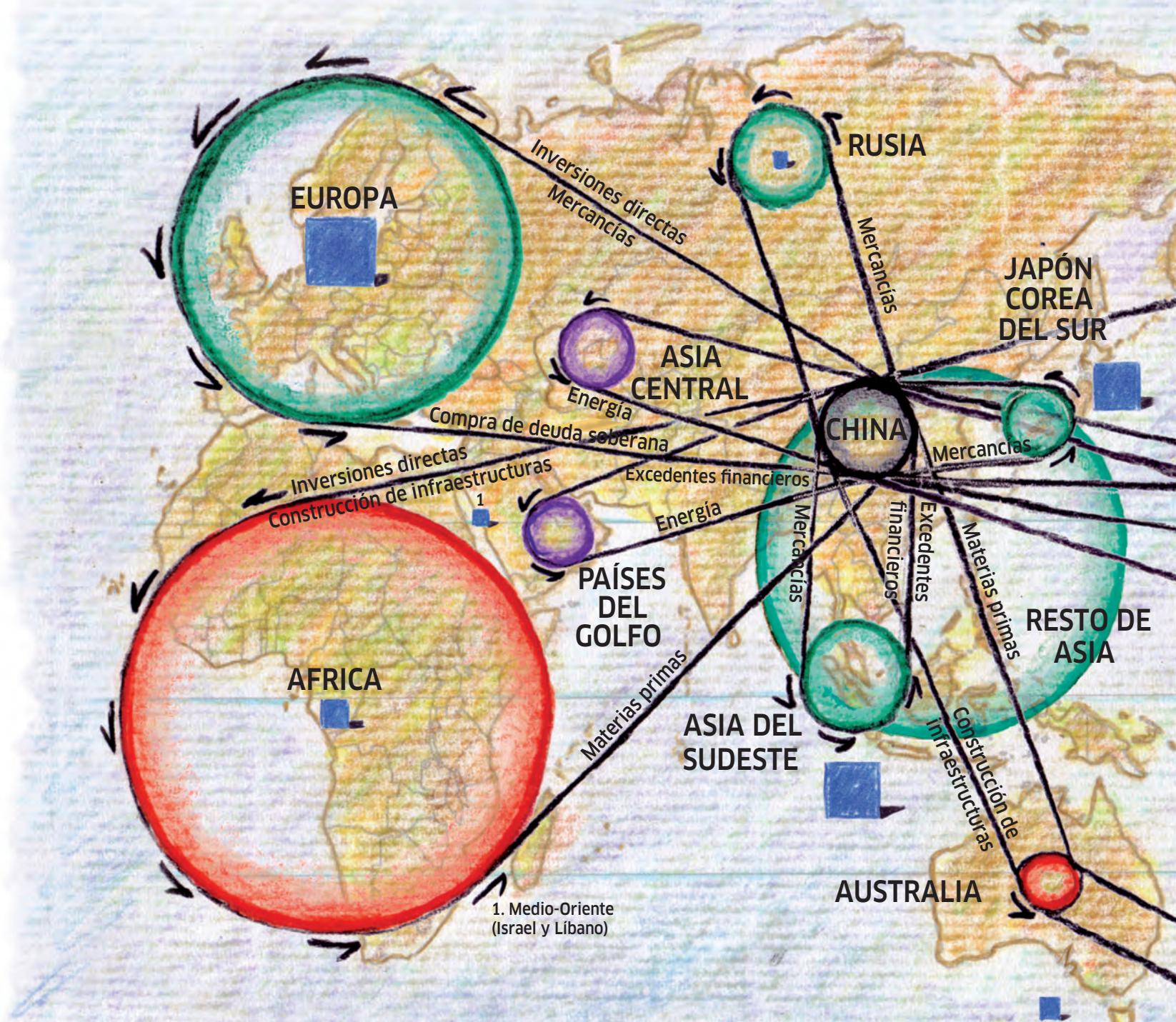
*Directora de Investigación del Centro Nacional de Investigación Científica (CNRS) y directora de Estudios de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales (EHESS) de Francia. Su última obra publicada es *Les ruses de la démocratie. Protester en Chine* (junto con Hua Linshan), Seuil, París, 2010.

Traducción: Gustavo Recalde

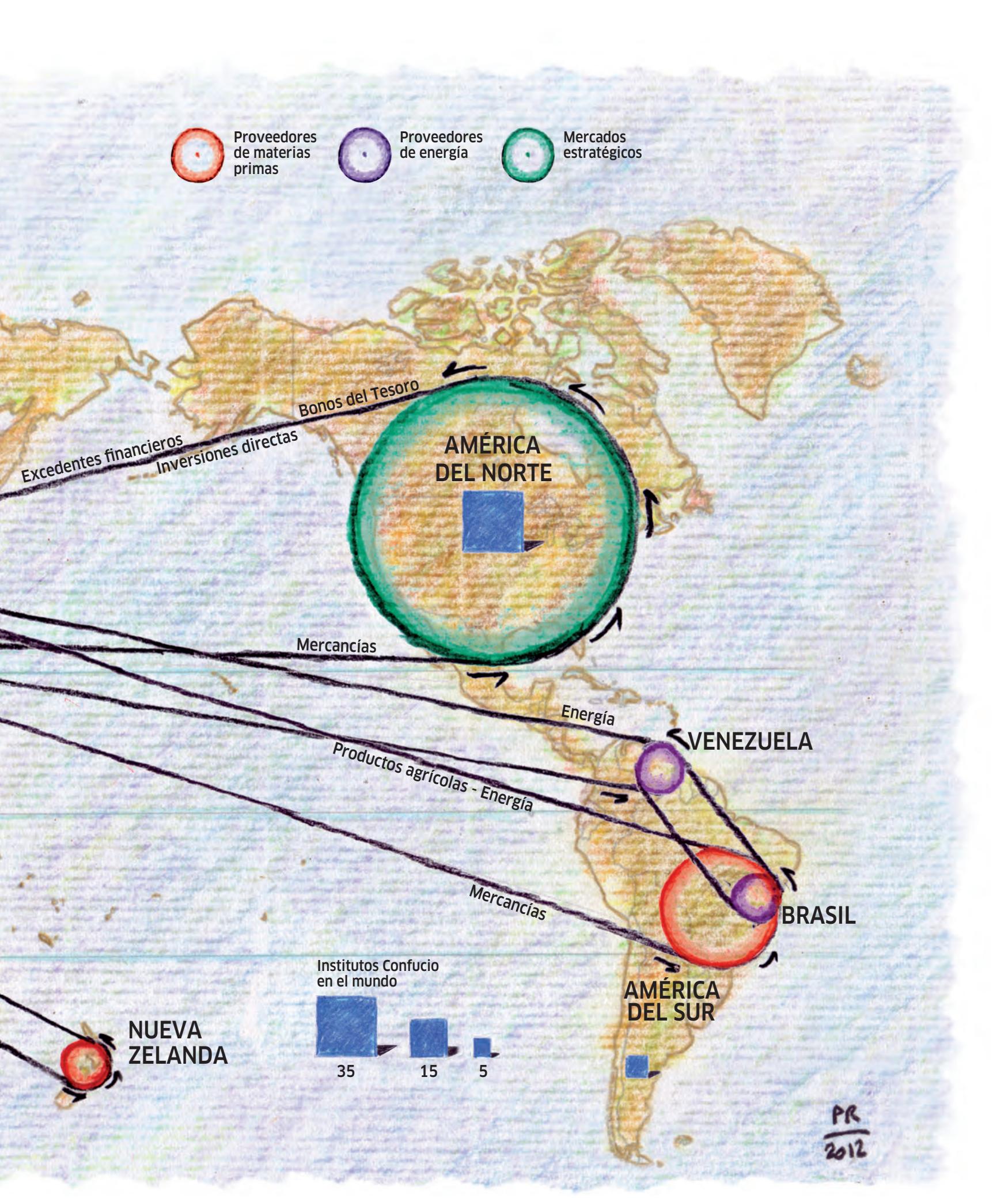
Espectaculares intercambios comerciales chinos

Eje de la globalización

El incremento sin precedentes del intercambio de mercancías y del movimiento de capitales hacia y desde China han convertido al coloso asiático en el corazón de la globalización económica.



Fuentes: OMC; Cnuced; OCDE; Sipri; Patrick Artus, Jacques Mistral et Valérie Plagnol, "L'émergence de la Chine : impact économique et implications de politique économique", Conseil d'analyse économique, 2011; enedite Vibe Christensen, "China in Africa. A macroeconomic perspective", Working paper 230, Center for Global Development, noviembre 2010; Bureau national des statistiques de Chine.





3

En camino de convertirse
en primera potencia mundial

CHINA HACIA AFUERA

Casi por una ley física, la enorme magnitud de la potencia de China (alrededor de una quinta parte de la población del planeta; segunda economía del mundo) le otorga un papel de primer orden en el concierto de las naciones. Su influencia comercial es decisiva, y todo indica que su imparable crecimiento la llevará a reemplazar, tal vez en la tercera década de este siglo, a Estados Unidos como país hegemónico. Por eso hay entre ambos gigantes una mezcla de colaboración y desconfianza.





Pekín se enfrenta a un dilema de difícil resolución

Ser o no ser imperialista

Por Michael Klare*

China busca despegarse de la imagen de los países colonialistas del pasado, pero su insaciable necesidad de materias primas y su creciente influencia en África la colocan en un papel por lo menos ambiguo y complejo, como al prestar ayuda militar a regímenes absolutamente despreciados como los de Sudán y Zimbabwe.

Ubicándose ella misma entre “los países en vías de desarrollo”, China promete a los países del Sur que no reproducirá el comportamiento depredador de las antiguas potencias coloniales. Durante el Foro para la Cooperación entre China y África celebrado en Pekín el 19 de julio de 2012, el presidente Hu Jintao señaló: “China es el más grande de los países en vías de desarrollo, y África el continente que posee el mayor número de éstos. [...] Los pueblos chino y africanos entablan relaciones de igualdad, sinceridad y amistad, y se apoyan mutuamente en su desarrollo común” (1). Aun cuando esta declaración pueda ser producto de un ejercicio de estilo diplomático, los chinos conservan en la memoria las humillaciones soportadas cuando sufrieron el dominio de las potencias europeas y de Japón. Sin embargo, sus dirigentes se encuentran frente a un dilema: para sostener el crecimiento económico (su prioridad), deben obtener de sus proveedores extranjeros cada vez más materias primas, de las cuales el país se volvió muy dependiente tras su despegue económico, en los años 80. Y, para asegurarse un abastecimiento ininterrumpido, se ven envueltos en relaciones con gobiernos a menudo corruptos y autoritarios –el mismo tipo de relaciones que antes que ellos cultivaban las grandes potencias occidentales–.

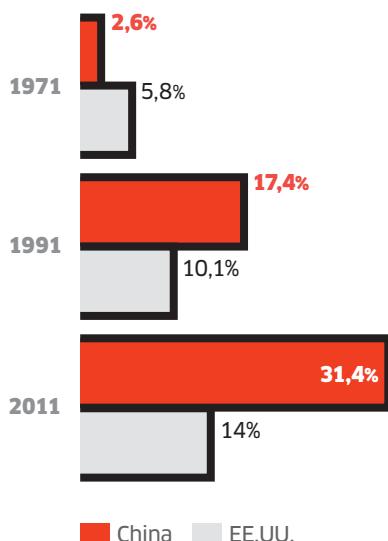
En efecto, algunos países pobres conocen “la mal-

dición de los recursos naturales”: están gobernados por regímenes autoritarios preocupados por la renta minera y mantenidos en el poder por fuerzas de seguridad generosamente remuneradas. Por su parte, los principales países compradores no escapan a una “maldición de los recursos invertida”, en cuanto se vuelven cómplices de la supervivencia de Estados autoritarios (2). Cuanto más dependen de las materias primas de sus proveedores, más se ven inducidos a asegurar la supervivencia de sus gobiernos.

Este esquema prevaleció en las relaciones entre Estados Unidos y las monarquías petroleras del Golfo, por ejemplo. El presidente Franklin Delano Roosevelt (1933-1945) sentía una profunda aversión por el imperialismo y el feudalismo. Sin embargo, una vez alertado por sus asesores sobre el bajo nivel de las reservas estadounidenses de petróleo y la necesidad de encontrar otra fuente de abastecimiento, aceptó durante la Segunda Guerra Mundial acercarse a Arabia Saudita, por entonces el único productor de Medio Oriente que escapaba al control británico. Cuando Roosevelt se reunió con el rey Abdelaziz Ibn Saud, en febrero de 1945, celebró con él un acuerdo informal: Estados Unidos garantizaría la protección militar del reino a cambio de un acceso exclusivo a su petróleo (3). Aunque sus términos se hayan modificado desde entonces –los yacimientos petrolíferos pertenecen actualmente a la familia real, no a empre-→

Potencia exportadora

China y Estados Unidos:
exportaciones de bienes y
servicios (como % del PIB)



© tab62 / Shutterstock



Carga. En 2010, Shanghai, principal vía de entrada y salida de China, se convirtió en el puerto con mayor tráfico de contenedores del mundo, superando al de Singapur.

→ sas estadounidenses–, dicho acuerdo siguió siendo uno de los pilares de la política de Washington en la región.

La hereje realidad

Si pudiera elegir, Estados Unidos preferiría sin duda comprar sus hidrocarburos a países amigos, estables y seguros, como Canadá, México, Reino Unido u otros miembros de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE). Pero la dura realidad de la geología se lo impide. La mayoría de los yacimientos se encuentran en África, Medio Oriente y la ex Unión Soviética. Segundo el gigante British Petroleum (BP), el 80% de las reservas petroleras están ubicadas fuera de la zona OCDE (4). Washington se abastece pues en otras partes, en naciones inestables, interfiendo en las políticas locales, negociando alianzas con los dirigentes y reafirmando su tranquilidad energética a través de diversas formas de asistencia militar.

A comienzos del siglo XX, para garantizar el control de países ricos en petróleo, carbón, caucho y diversos minerales, y para facilitar su extracción, las grandes potencias imperiales crearon u otorgaron franquicias a gigantescas compañías de derecho público o privado. Después de las independencias, éstas continuaron sus actividades, forjando a menudo relaciones sólidas con las élites locales y eternizando la posición de la que gozaban bajo la administración colonial. Es el caso de BP (antiguamente Anglo-Iranian Oil Company), la francesa Total (fusión de diversas empresas petroleras del Estado) o incluso del Ente

Nazionale Idrocarburi (ENI, antiguamente Agenzia Generale Italiana Petroli).

A los chinos, en cambio, les gustaría escapar de ese esquema histórico (5). Durante el último Foro entre China y África, el presidente Hu anunció un préstamo de 20.000 millones de dólares a tres años a los países africanos para la agricultura, la infraestructura y las pequeñas empresas. Los altos responsables chinos evitan toda injerencia en los asuntos internos de los países proveedores. Pero a Pekín le cuesta escapar al engranaje establecido antes que él por Japón y las potencias occidentales.

Hasta 1993, China pudo conformarse con sus propios recursos petroleros. Pero, más tarde, sus compras de oro negro se dispararon, pasando de 1,5 millones de barriles por día en 2000 a 5 millones de barriles por día en 2010, es decir, una suba del 330%. Si las previsiones actuales se confirman, deberían aumentar un 137% de aquí a 2035 para alcanzar 11,6 millones de barriles por día. Con la rápida expansión del parque automotor, algunos analistas predicen incluso, de aquí a 2040, un consumo más o menos equivalente al de Estados Unidos (6). Pero, mientras que este último podría satisfacer dos tercios de sus necesidades (contando con la producción de su vecino Canadá), China sólo cubriría un cuarto de su consumo con sus propios recursos. Deberá pues encontrar el resto en África, Medio Oriente, América del Sur y en los países de la ex Unión Soviética.

Más gas, más cobre, más níquel

Si Pekín mantiene su objetivo de triplicar su produc-

Menos valor agregado

Si bien China es el primer exportador del mundo, en casi la mitad de los productos que vende sólo opera el procesamiento de partes y el ensamblaje, ya que sus marcas y patentes técnicas pertenecen a empresas extranjeras.



Refinería. China importa 5 millones de barriles de petróleo por día.



Tamaño. Las tres empresas petroleras chinas -CNPC, Sinopec y CNOOC- se cuentan entre las mayores del mundo.

ción de electricidad de aquí a veinticinco años, las importaciones de gas, que no existían en 2005, alcanzarán los 87.000 millones de metros cúbicos por día en 2020, principalmente provenientes de Medio Oriente y el Sudeste Asiático, bajo la forma de gas natural licuado (GNL), y de Rusia y Turkmenistán, por gasoducto (7). China podría satisfacer sus necesidades de carbón, pero los cuellos de botella en la producción y el transporte hacen que sea más eficaz económicamente para las provincias costeras, en pleno desarrollo, traerlo desde Australia o Indonesia. Inexistentes en 2009, las importaciones alcanzaron los 183 millones de toneladas dos años más tarde (8). La demanda de minerales importados (hierro, cobre, cobalto, cromo, níquel...), indispensables para la electrónica de punta y la fabricación de aleaciones de alta resistencia, también aumenta.

A medida que esta dependencia se incrementa, la continuación del abastecimiento se impone como la principal preocupación de los dirigentes. “El deber de China –declaró Le Yucheng, viceministro de Relaciones Exteriores– es asegurar una vida decente a sus 1.300 millones de habitantes. Pueden imaginar el desafío que ello representa y la enorme presión que ejerce sobre el gobierno. Creo que nada es más importante. Todo lo demás debe subordinarse a esta prioridad nacional” (9). Fortalecer los lazos con los proveedores internacionales de materias primas se vuelve pues un objetivo central de la política exterior. Las autoridades son conscientes de los riesgos de interrupción del abastecimiento que pueden generarse como consecuencia de guerras civiles, cambios de ré-

gimen o conflictos regionales. Para prevenirse, China, siguiendo el camino trazado desde hace mucho tiempo por los occidentales, se esforzó por diversificar sus fuentes de aprovisionamiento, desarrollar relaciones políticas con sus principales proveedores y adquirir participaciones en los yacimientos de minerales e hidrocarburos. Estas iniciativas cuentan con el apoyo de toda la administración: los bancos del Estado, las empresas nacionales, el cuerpo diplomático y el ejército (10).

En el caso del petróleo, el gobierno presionó a las tres compañías estatales –China National Petroleum Corporation (CNPC), China National Petrochemical Corporation (Sinopec) y China National Offshore Oil Corporation (CNOOC)– para que invirtieran en yacimientos petrolíferos en el extranjero, asociadas con las empresas nacionales locales como Saudi Aramco, Petróleos de Venezuela SA (PDVSA) o la Sociedad Nacional de Combustíveis de Angola (Sonangol). La misma política desarrolla en la industria minera, donde compañías estatales como China Minmetals Corporation (CMC) y China Nonferrous Metals Mining Group (CNMIG) multiplicaron sus inversiones en minas en el extranjero.

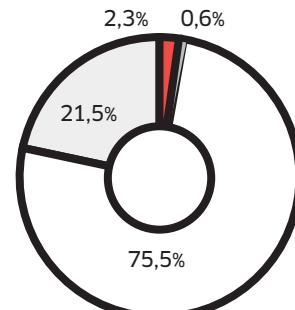
“Lubricar” las relaciones

Con el fin de favorecer estas operaciones, los dirigentes realizaron grandes maniobras diplomáticas, a menudo acompañadas de la promesa de ventajas, préstamos a baja tasa de interés, sumptuosas cenas en Pekín, proyectos prestigiosos, complejos deportivos y asistencia militar. Otorgaron al gobierno angole-

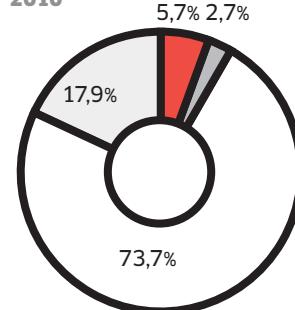
El destino de las exportaciones

Aunque la mayor parte se dirige a los países desarrollados, crece la importancia de América Latina y África.

1980



2010



█ Latinoamérica y el Caribe
 África subsahariana
 Economías de ingresos altos
 Resto del mundo

Pujanza automotriz

Durante el año 2013 y por primera vez en la historia, China fabricará más automóviles que toda Europa. Se prevé que lance al mercado 19,6 millones de unidades, mientras que en Europa sólo se producirán 18,3 millones.

Un modelo envidiado

por Serge Halimi*

Retomando una proclama de Mao Zedong del 1 de octubre de 1949, Hu Jintao, su lejano (y alejado) sucesor, estimó sesenta años más tarde: "Hoy China está de pie gracias a las realizaciones del socialismo". La reivindicación es notable; hace ya tiempo que el país no es humillado ni desmembrado por Europa o por Japón. Mejor aun, una parte de la población prospera. Pero el socialismo, es otro asunto... Tan ajeno a la realidad que se puede incluso afirmar que el crecimiento chino (de 9,6% en 2008, de 8,7% en 2009) suplió en parte a la locomotora estadounidense descompuesta. Y contribuyó así a la convalecencia de un sistema capitalista que acaba de sufrir su principal borrasca desde 1929. Herida en Wall Street, la globalización se recuperó en Shanghai.

Cuando el fondo del aire era rojo, la fórmula "El viento del Este prevalecerá sobre el viento del Oeste" anuncia algo más que el acceso de China al rango de primer exportador mundial y de Eldorado para las cadenas de hipermercados: Carrefour posee allí ciento cincuenta y seis tiendas; la británica Tesco, setenta y dos; el gigante estadounidense Walmart sería menos poderoso sin la sobreexplotación de los trabajadores chinos que le permite pisar los precios (y a sus competidores).

Si el vuelo del mundo debe medirse a través de estas transformaciones, no existe razón para que ciertos círculos de negocios occidentales se asusten. De hecho, *The Wall Street Journal* se relame: "China sigue siendo un mercado extremadamente atractivo para las empresas occidentales en busca de crecimiento. Todos reconocen que son los mercados emergentes los que sacan al mundo de la recesión" (1). Pero no se puede reducir el "modelo chino" a una plataforma de exportación que funciona en base a los bajos salarios; el país busca orientar su desarrollo hacia el mercado interno y reforzar los lazos con las economías regionales. Una zona comercial comparable al Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCNA) o a la Unión Europea está a la orden del día. Y favorecer, como es casi siempre la regla, a los sectores más poderosos del país dominante. Al superar a Japón -por cierto con una población mucho menor-, China debería convertirse este año en la segunda economía del mundo. Sería incluso la primera de aquí a 2026, según el banco estadounidense Goldman Sachs. ¿Qué uso le dará a su poder? Ni las cumbres del G20 ni la de Copenhague han permitido descubrir en China al abogado de los pobres o de los países del Sur. Su modo de desarrollo seduce, pero sobre todo a aquellos que quisieran conciliar crecimiento económico, liberalismo comercial y estabilidad en el poder de una oligarquía semi-política, semi-industrial (2). Hay cada vez más defensores del "modelo de Pekín" en las filas de la patronal occidental...

1. Patience Wheatcroft, "Don't begrudge China's exports coup", *The Wall Street Journal*, Nueva York, 12-1-10.

2. En 2005, más de dos tercios de los patrones del sector privado eran miembros del Partido Comunista Chino.

*Director de *Le Monde diplomatique*

→ ño un préstamo de 2.000 millones de dólares a baja tasa de interés, para "facilitar" la adquisición por parte de Sinopec de la mitad de una perforación offshore prometedora. Prestaron 20.000 millones de dólares a Venezuela para "ayudar" en las difíciles negociaciones entre la CNPC y PDVSA (11). Otros países, entre ellos Sudán y Zimbabwe, recibieron un apoyo militar a cambio del acceso a sus riquezas naturales. Este tipo de acuerdos empuja inevitablemente a Pekín a implicarse cada vez más en los asuntos políticos y militares de los Estados en cuestión. En Sudán, China, preocupada por proteger las inversiones de la CNPC, fue acusada de ayudar al régimen brutal de Omar Al Bashir proveyéndole a la vez armas y un apoyo diplomático en la Organización de las Naciones Unidas (ONU). Es el "mayor inversor en Sudán", señalaba el International Crisis Group en junio de 2008. Su voluntad de proteger sus inversiones y garantizar su seguridad energética, combinada con su tradicional política de no injerencia, contribuyó a poner a Sudán al abrigo de las presiones internacionales" (12). Últimamente, los chinos redujeron su apoyo a Al Bashir. Sobre todo, desde la creación del nuevo Estado independiente de Sudán del Sur, donde se encuentra la mayor cantidad de petróleo (13)...

Olvidando tal vez que la propia China no es un modelo de gobierno democrático e incorruptible, se criticó también el apoyo de Pekín a regímenes autoritarios o corruptos tales como los de Irán y Zimbabwe. Además de militar, la ayuda al régimen iraní es diplomática, en particular en Naciones Unidas, donde Teherán fue puesta bajo vigilancia. En Zimbabwe, China habría ayudado al régimen represivo de Robert Mugabe armando y entrenando a sus fuerzas de seguridad, con la esperanza de obtener a cambio tierras cultivables, tabaco, minerales preciosos.

Aun en el caso de países menos aislados en la escena internacional, Pekín tiende a tratar con las empresas nacionales de los gobiernos aliados, contribuyendo inevitablemente a enriquecer a las élites locales antes que al resto de la población, que rara vez se beneficia de los efectos de estos acuerdos. En Angola, se entablaron estrechos lazos con Sonangol, empresa estatal controlada por personalidades cercanas al presidente José Eduardo dos Santos. Si bien los principales directivos de la empresa sacan provecho de ello, la mayoría de los angoleños, en cambio, sobrevive con menos de 2 dólares por día (14). Chevron, ExxonMobil y BP siguen sin embargo ellas también tratando con el régimen angoleño, y con otros similares.

Cambios necesarios

Aunque la naturaleza tiránica o feudal de los regímenes con los cuales trata no le preocupe demasiado, a China le gustaría enmendarse otorgando ayudas a los pequeños agricultores y otros empresarios de las clases menos favorecidas. En las regiones en las que se encuentra muy involucrada, como en África

ca subsahariana, invirtió masivamente en la construcción de ferrocarriles, puertos y oleoductos. Sin embargo, mientras espera algún día beneficiar a otros sectores, esta infraestructura sirve principalmente para satisfacer las necesidades de las compañías mineras y petroleras asociadas.

“A primera vista, el apetito chino por las riquezas naturales aparece como una bendición para África”, estima un informe encargado por la Comisión de Desarrollo del Parlamento Europeo (15). En efecto, Pekín habría contribuido al crecimiento económico del continente. Un análisis profundo revela sin embargo una imagen más contrastada. En 2005, sólo catorce países, todos productores de petróleo y minerales, tuvieron una balanza comercial positiva –principalmente basada en la exportación de materias primas– con China. Treinta, que tienen una balanza comercial deficitaria, ven sus mercados inundados de tejidos chinos y otros bienes de consumo baratos, en perjuicio de los productores locales.

En los intercambios sino-africanos, la brecha entre países ganadores y perdedores se incrementó considerablemente, provocando aquí y allá un vivo resentimiento. El informe concluye: “Para la mayoría de los países africanos, el discurso chino sobre el desarrollo generó grandes esperanzas, pero no creó las condiciones para un crecimiento económico duradero”.

Si China sigue colocando el acceso a las materias primas por encima de todo lo demás, se comportará cada vez más como las antiguas potencias coloniales, acercándose a los “gobiernos rentistas” de los países abundantemente dotados de riquezas naturales, haciendo lo mínimo por el desarrollo general. El presidente sudafricano Jacob Zuma no dejó de señalarlo durante el foro de julio pasado “El compromiso de China con el desarrollo de África”, según él, habría consistido sobre todo en “abastecerse de materias primas”; una situación que considera “insostenible en el largo plazo” (16).

Pero todo cambio significativo en las relaciones comerciales entre Pekín y África –o los países en desarrollo en general– necesitará una transformación profunda de la estructura económica china, un vuelco de las industrias de alto consumo energético hacia producciones más ahorrativas y hacia los servicios, de las energías fósiles hacia las energías renovables. Los dirigentes parecen conscientes de este imperativo: el XII plan quinquenal (2010-2015) hace hincapié en el desarrollo de medios de transporte alternativos, energías renovables, nuevos materiales, biotecnologías y otras actividades propicias para un cambio de esta naturaleza (17). De lo contrario, los dirigentes chinos corren el riesgo de enredarse en relaciones mediocres con los países en desarrollo. ■

1. Hu Jintao, “Open Up New Prospects for a New Type of China-Africa Strategic Partnership”, Ministerio de Relaciones Exteriores, Pekín, 19-7-02, www.fmprc.gov.cn/eng



© redstone / Shutterstock

De punta. China, que construyó el tren de alta velocidad más largo del mundo (2.300 kilómetros), exporta tecnología ferroviaria a diferentes países.

2. Cf. Michael L. Ross, *The Oil Curse: How Petroleum Wealth Shapes the Development of Nations*, Princeton University Press, 2012.

3. Cf. *Blood and Oil*, Metropolitan Books, Nueva York, 2004, y Daniel Yergin, *The Prize*, Simon and Schuster, Nueva York, 1993.

4. “Statistical Review of World Energy”, British Petroleum, Londres, junio de 2012.

5. Léase Colette Braeckman, “Pekín frustra el mano a mano entre África y Europa”, *El Atlas IV de Le Monde diplomatique*, Capital Intelectual, Buenos Aires, 2012.

6. “The rise of China and its energy implications: executive summary”, Foro sobre Energía, Baker Institute, Houston, 2011.

7. Cf. “China”, US Energy Information Administration (EIA), *Country Analysis Brief*, noviembre de 2010, www.eia.gov.

8. “Chinato Boost Coal Imports on Wider Price Gap”, Bloomberg, 23-4-12.

9. Le Yucheng, “China’s relations with the world at a new starting point”, discurso pronunciado en el Foro del China Institute for International Studies (CIIS), 10-4-12.

10. “China’s thirst for oil”, International Crisis Group (ICG), *Asia Report*, N° 153, 9-6-08.

11. Jeffrey Ball, “Angola Possesses a Prize as Exxon, Rivals Stalk Oil”, *The Wall Street Journal*, Nueva York, 5-12-05; Simon Romero, “Chávez says China to lend Venezuela \$20 billion”, *The New York Times*, 18-4-10.

12. “China’s thirst for oil”, *op. cit.*

13. Léase Jean-Baptiste Gallopin, “Amargo divorcio en Sudán”, nota web, junio de 2012, www.eldiplo.org

14. Léase Alain Vicky, “Contestation sonore en Angola”, *Le Monde diplomatique*, París, agosto de 2012.

15. Jonathan Holstlag et al., “Chinese resources and energy policy in Sub-Saharan Africa”, informe de la Comisión de Desarrollo del Parlamento Europeo, 19-3-07.

16. “Zuma warns on Africa’s trade ties to China”, *The Financial Times*, Londres, 19-7-12.

17. Léase Any Bourrier, “China, un gigante enfermo de carbón”, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, noviembre de 2011.



© Goran Bogicevic / Shutterstock

África. Este continente es cada vez más importante para China.

Reemplazar el dólar

Hace tiempo que China propone reemplazar el dólar como moneda para las transacciones internacionales. Por lo pronto, ha celebrado acuerdos con Irán y Rusia para pagarles el petróleo que les compra en yuanes.

*Profesor en el Hampshire College, especialista en estudios sobre la paz y la seguridad mundiales. Autor de *The Race for What’s Left: The Global Scramble for the World’s Last Resources*, Metropolitan Books, Nueva York, 2012.

Traducción: Gustavo Recalde

98439	988888	98810638	太工天成
981839	98973	2869622	东华实业
24310	98822	9848486	盘江股份
981648	98928	98165225	金山股份
981082	98842	9874685	安源股份
98959	98860	9815650	凯诺科技
98569	98881	9863323	抚顺特钢
98929	98885	9886206	红豆股份
98948	98880	9887747	大有能源
98598	98837	989068	·源
98300	98849	98664	晋煤
98693	988170	98815	集团
98497	988141		人化工
98372	98855		·胜天成

China revalúa el yuan a su ritmo

El giro de Pekín

Por Martine Bulard*

Gracias a su fuerza de choque financiera, industrial, comercial y militar, China afirma su camino. Lentamente, revalúa el yuan, pero lejos de seguir dictados occidentales, busca frenar el alza de precios y contener el descontento de su población. Promete una mejora constante del tipo de cambio, pero a un cauteloso “ritmo chino”.

Fue en Tokio –y no en Pekín– donde se anunció la noticia a comienzos de febrero: en 2010, China se convirtió en la segunda potencia económica mundial, delante de Japón. A pesar de que no se caracterizan por su modestia, no hubo triunfalismos por parte de los funcionarios chinos. El Imperio del Medio desea mantener el doble estatus de “país en desarrollo y potencia ascendente” que le permite jugar en distintos tableros, especialmente en las instancias internacionales.

Con un Producto Interno Bruto (PIB) de 5,880 billones de dólares [N.de la R.: Los datos de este artículo son de 2009/2010], China aún está lejos de Estados Unidos, que produce dos veces y media más (14,600 billones de dólares). Y si se tiene en cuenta la población, el PIB por habitante alcanza los 7.400 dólares (1), o sea cinco veces menos que en Japón, e incluso mucho menos que en Túnez...

No obstante, China dispone de una fuerza de choque financiera (2,800 billones de dólares de reservas), industrial (cerca del 14% del valor agregado de la industria mundial, contra el 3% en 1990), comercial (10% de los intercambios) (2) y militar (tercer lugar en los gastos). Esto cambia el equilibrio planetario.

Intereses divergentes

Durante mucho tiempo, Estados Unidos no vio en el Imperio del Medio más que un “taller del mundo”, útil para hacer bajar los salarios estadounidenses y hacer subir las ganancias. Hoy se da cuenta de que tiene enfrente un

competidor político tanto como económico. La “luna de miel” iniciada el 21 de febrero de 1972, con la visita de Richard Nixon a Pekín, se está agriando. El amigo viejo de 40 años ya no se deja engañar.

De pronto, “el riesgo de que Estados Unidos vuelva a movilizarse en Asia con acritud es grande”, observa *The Financial Times*, que subraya que no hace falta “ser un teórico de la conspiración paranoica para pensar que Estados Unidos trata de arrastrar a Asia contra China”. El diario recuerda, por otra parte, la declaración de la secretaria de Estado Hillary Clinton, quien, en ocasión de su viaje a Phnom Penh, aconsejó a Camboya que “se cuidara de ser demasiado dependiente de China”. Réplica del ministro de Relaciones Exteriores chino: “¿Se imaginan ustedes a China diciéndole a México que se cuide de depender demasiado de Estados Unidos?” (3).

En noviembre pasado, el presidente Barack Obama realizó una gira asiática por Japón, cuyas relaciones con Pekín son tensas; Corea del Sur, en conflicto con el Norte, aliado de Pekín; Indonesia, país que controla el estrecho de Malaca, esencial para el comercio, e India, que experimenta fuertes tensiones con su vecino. Antes, Hillary Clinton había ido a Camboya y a Malasia, así como a Vietnam y Australia, donde firmó (o reforzó) acuerdos militares. Finalmente, en noviembre y luego en diciembre de 2010, se llevaron a cabo maniobras militares estadounidenses-surcoreanas en los confines de las costas chinas. Washington quiere recuperar poder en una región en

la que China ha ido ganando crédito. No hace falta más para alimentar la paranoia china e impulsar al gigante asiático a tensar sus músculos. Aún se está lejos de la “Chinamérica” que se suponía caracterizaría la entrada al siglo XXI. Ni entente cordial ni guerra abierta; cada uno afirma su camino. Y los intereses divergentes no impiden la colaboración.

Así, el 18 de enero pasado, en el momento mismo en que, ante el presidente Hu Jintao, Barack Obama arremetía contra el desequilibrio de los intercambios, el grupo General Electric anunciaba acuerdos de coproducción y de transferencia de tecnologías a China. El propósito es responder a las necesidades internas, pero también reexportar. La mitad de las ventas chinas al extranjero están controladas por empresas que no son chinas –empresas que uno imagina poco favorables a una revaluación del yuan, lo que encarecería sus exportaciones-. Y como en Estados Unidos el mundo de los negocios hace bien las cosas, el dueño de General Electric, Jeff Immelt, se convirtió en el principal asesor económico de la Casa Blanca, y preside el Consejo para el Empleo y la Competitividad. Los hombres de negocios chinos pueden dormir tranquilos. En cuanto a Hu Jintao, se ha dado el lujo de invitar a Estados Unidos a exportar más a su propio país. En su apoyo, el Ministerio de Relaciones Exteriores afirmó que “las restricciones a las exportaciones hacia China –más que nuestra moneda– son la principal fuente del déficit estadounidense” (4). Sólo el 7% de las importaciones chinas de productos de →



Energía. La represa de Tres Gargantas, en el río Yangtze, es la más grande del mundo.

INDEX: 578.82					
代码	证券	昨收盘	今开盘	成交总量	
805	悦达	9.92	9.95	149400	
806	昆机	3.34	3.34	145700	
807	济百	3.97	3.96	264801	
808	马钢	2.16	2.15	508800	
809	汾酒	4.47	4.48	110750	
810	神马	5.48	5.47	2392184	
811	东方	9.00	8.90	123800	
812	华药	2.57	2.58	312420	
813	一工	2.96	2.92	111800	
814	鞍百	6.35	6.36	146274	
815	厦工	6.19	6.19	47800	
816	信				

Bolsa de Shanghai. La transformación económica incluye un mercado financiero en auge.

→ punta provienen de Estados Unidos. En efecto, desde la represión de la plaza Tiananmen, en 1989, Estados Unidos y Europa decretaron un embargo sobre las tecnologías duales (que pueden servir tanto a la industria civil como militar). Pekín quiere ponerle fin. Hace de ello un argumento comercial, mientras trata de afirmarse en los sectores de punta.

Frenar los capitales

En cambio, los dirigentes chinos siguen haciendo oídos sordos a las presiones estadounidenses –y europeas– para revalorar el yuan y eliminar el control de cambios. Como explica Tang Jiaowei, economista de la Universidad de Shanghai interrogado en vísperas de la reunión de los ministros de Finanzas del G20, los días 18 y 19 de febrero de 2011 en la capital francesa, “el encuentro de París no será la reunión del Plaza” en Nueva York: en septiembre de 1985, Estados Unidos logró que Japón empujara hacia el alza su moneda y restringiera voluntariamente sus exportaciones. En tres años, el yen subió el 100% en relación con el dólar. Las exportaciones japonesas se vinieron abajo, las deslocalizaciones (especialmente hacia China) levantaron vuelo, y su economía cayó enferma. Todavía no se ha recuperado del todo.

Los chinos temen un escenario de ese tipo. Entonces, rechazaron la propuesta de Francia, Estados Unidos y el Fondo Monetario Internacional (FMI) que, en París, durante el G20 de febrero, pretendían imponer criterios de “buena conducta”. Por otra parte, recibieron el refuerzo de Alemania, cuyo

modelo –tan alabado por las élites francesas– también apunta hacia la exportación. Berlín rechazó toda posibilidad de poner un techo a los excedentes de la balanza de pagos; su propio excedente alcanza el 6,7% del PIB (5) y el chino, el 4,7%.

Por principio, Pekín recusa cualquier injerencia en sus asuntos económicos. Y, por temor a ver caer las exportaciones y crecer el desempleo, rechaza cualquier combinación monetaria. Durante su viaje a Washington a fines de enero, Hu le devolvió a Obama sus propias ignominias: “La política monetaria de Estados Unidos tiene un impacto central sobre la liquidez mundial y los movimientos de capitales, cuando la liquidez en dólares debería mantenerse en un nivel estable y razonable” (6). Motivo del ataque: el Banco Central estadounidense, la Fed, puso en marcha la impresión de billetes e injectó 600.000 millones de dólares en la economía sin dedicar nada, o casi nada, a cuestiones sociales. Sin embargo, fueron la insuficiencia de ingresos salariales y sociales y el exceso de capital acumulado los factores que originaron la crisis de 2008. Apenas terminó la purga, Washington realimenta la bomba de las finanzas. Al precio de terribles desequilibrios.

En efecto, esa inyección de liquidez estadounidense alimenta la especulación sobre las deudas públicas en países donde las tasas de interés son altas. Para pagar la factura, gobiernos y FMI impulsan en todas partes políticas de austeridad. A causa de la anemia del crecimiento, los capitales se dirigen de igual manera a las materias primas (oro, petróleo, cobre...) que a los productos agrícolas, cuyos

precios alcanzan valores cumbre, al punto de preocupar al Banco Mundial, que teme nuevos motines del hambre. También les siguen la pista a las monedas y a los valores bursátiles. Los Estados deben intervenir para evitar una revaluación de su moneda que perjudique sus ventas al extranjero. En Asia –donde Japón, pero también Malasia, Corea del Sur y Taiwán han dedicado sumas exorbitantes a adquirir billetes verdes– como en América Latina –donde Brasil estableció un impuesto a las entradas de capitales–, la cruzada de Pekín contra ese “peligroso desequilibrio” es exitosa. Al margen del G20 de los ministros de Finanzas en París, los países del BRIC –Brasil, Rusia, India y China– se reunieron para protestar contra las normas que les querían imponer (7). Hasta ahora, Estados Unidos y sus aliados no han logrado unir al Sur contra los dirigentes chinos. Pero éstos bien saben que no pueden plantarse en sus posiciones y que deben negociar un giro. Tanto en el extranjero como en el interior del país.

La amenaza de la inflación

China y Brasil, de acuerdo en París contra las pretensiones de los países ricos de imponer sus puntos de vista, se enfrentan en Brasilia por la abundancia de productos chinos; se ha hablado incluso de la “guerra del bikini”. Además, si Pekín quiere tener peso en los asuntos monetarios, debe disponer de una divisa internacionalmente reconocida y, por lo tanto, convertible. Al contrario de lo que afirman los grandes financieros del mundo, eso no ocurre necesariamente con el fin del control de cambios. ¿Acaso Francia no mantuvo el suyo hasta 1989?

Las autoridades chinas han emprendido la vía de la internacionalización del renminbi –otro nombre del yuan–, y han levantado algunas prohibiciones. El 11 de enero pasado extendieron la posibilidad de transacciones en yuane a los países de Asia Central; posibilidad que ya existía para Brasil, Rusia y algunos países del Este asiático. Gran primicia, autorizaron a multinacionales como McDonald's o Caterpillar a emitir acciones directamente en yuane en la Bolsa de Hong Kong. Al mismo tiempo, limitaron la posibilidad de que los extranjeros compraran una propiedad comercial o residencial, con el fin de contener el flujo de dinero especulativo. “Si no controlamos la burbuja inmobiliaria y permitimos que se forme una burbuja en el mercado de acciones, al mismo tiempo que dejamos que el yuan se aprecie libremente, China se verá amenazada con una afluencia masiva de capitales extranjeros” (8), acaba de explicar Deng Xianhong,



© chinainboxzyg / Shutterstock



© TonyV3112 // Shutterstock

Destinos. La necesidad de importar materias primas y los destinos a veces lejanos de sus exportaciones expandieron la marina mercante china, que hoy cuenta con 2 mil barcos de alto porte.

jefe adjunto de la Administración de Estado para el Tipo de Cambio (SAFE, según su sigla en inglés).

El gobernador del Banco Central, Zhou Xiaochuan, destaca el hecho de que el yuan ha subido cerca del 4% con relación al dólar desde el pasado verano boreal, o sea un ritmo anual del 8% al 10%. Algo nunca visto. “Vamos a continuar mejorando el régimen de tipo de cambio” (9), declaró Xiaochuan... pero a ritmo chino. Es decir, con una cadencia que no comprometa el crecimiento interno, ya que el país necesita crear nueve millones de empleos anuales para absorber a los nuevos ingresantes al mercado de trabajo. Y que tampoco haga explotar la marmita económica en ebullición.

Sin esperar, el gobierno tomó medidas para luchar contra la explosión de los precios. Los aumentos afectan prioritariamente a los productos alimentarios –y por lo tanto al poder de compra–, pero también golpean a las materias primas importadas, aunque un alza del yuan podría compensar esto en parte. La revalorización actual llega entonces en un buen momento, aun cuando encarezca las exportaciones, mientras que, por primera vez en 10 años, el excedente comercial se redujo el año pasado casi el 7%, prueba de cierto dinamismo del consumo.

No obstante, lo que amenaza es la inflación del crédito. Con el fin de limitar derroches en la inversión y la burbuja inmobiliaria, el poder trata de cerrar la canilla de los préstamos. Por tercera vez en cuatro meses aumentó las tasas de interés y las reservas obligatorias de los bancos; estableció un impuesto a la reven-

ta de departamentos no destinados a un uso personal. Sin embargo, el giro hacia un modelo más ahorrativo en capital y centrado en las necesidades internas parece difícil de negociar. El cambio, asegura Zhou, “va a llevar mucho tiempo. Va a requerir un cambio radical de los modos de producción y una formación adecuada de los trabajadores [...]. Este tipo de ciclo dura una década” (10).

Pero no es seguro que los chinos esperen tanto tiempo. El descontento crece; las luchas por los salarios se intensifican (11). Y las injusticias comienzan a indignar a una parte de las capas medias, hasta ahora obnubiladas por su propio enriquecimiento. Así, Liu Junshen, reconocido investigador de un instituto dependiente del Ministerio de Recursos Humanos y de Seguridad, causó sensación con un artículo titulado “Aumentar los salarios es vital para el país”, publicado en el muy oficial *China Daily*. Al enfatizar la caída de la participación de los salarios en las riquezas producidas y el aumento de las desigualdades, concluye invirtiendo el eslogan del gobierno: “Este resultado no es compatible con el objetivo de China de construir una sociedad armoniosa” (12). Evidentemente, el artículo no suscitó ningún comentario oficial. Pero en Pekín, ante los cuadros de la Escuela del Partido Comunista, el presidente Hu, que una vez más hablaba sobre “el camino hacia la armonía y la estabilidad” (13), advirtió: “Estamos en un momento en que pueden producirse numerosos conflictos”. Como una muestra de estas inquietudes, el XII Plan (2011-2016), actualmente en preparación, apuesta al consumo, la vivienda, la protección social, y pone como objetivo la in-

Cielo. Los nuevos métodos de construcción permiten levantar edificios en apenas tres semanas.

novación. El plan será sometido a la Asamblea Nacional Popular que, como todos los años, se reúne en marzo (del 4 al 14). Como no parece que un viento contestatario pueda transformarlo, debería ser aprobado. En cuanto a su aplicación... ■

1. PIB por habitante en paridad de poder de compra. En Japón es de 34.000 dólares, y en Túnez, de 9.500 dólares (2009). Véase CIA, *The World Fact Book* (www.cia.gov).

2. Cifras extraídas de las estadísticas de la Organización Mundial del Comercio y del Banco Mundial.

3. Geoff Dyer, “Elevated aspirations”, *The Financial Times*, Londres, 11-11-10.

4. Ding Qinfeng, “US high-tech sanctions curb’s cause of déficit”, *China Daily*, Pekín, 16-12-10.

5. Fondo Monetario Internacional, *World Economic Outlook*, Washington, octubre de 2010.

6. Richard Mc Gregor, “Hu Questions futur of US dollar”, *The Financial Times*, 16-1-11.

7. Marie Visot, “G20: la fronde organisée des pays émergents”, *Le Figaro*, París, 7-2-11.

8. “La Chine brouille les pistes”, *Les Echos*, París, 17-11-10.

9. Palabras citadas por *People’s Daily*, Pekín, 21-2-11.

10. AFP, 18-11.

11. Isabelle Thireau, “Los trabajadores chinos despiertan”, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, Buenos Aires, septiembre de 2010.

12. “Raising workers’ pay vital for country”, *China Daily*, 8-11-10.

13. “Hu points way to harmony, stability”, *People’s Daily*, 21-2-11.

*Jefa de Redacción de *Le Monde diplomatique*, París.

Traducción: Lucía Vera



China debe redefinir sus relaciones con Estados Unidos

En busca del equilibrio

Por Shen Dingli*

El extraordinario desarrollo de China complica seriamente sus relaciones con Estados Unidos. Washington reacciona adoptando medidas que pretenden ser sólo preventivas, pero que son percibidas como ofensivas y empujan a Pekín a redoblar la apuesta.

En el transcurso de la última década, el Producto Interno Bruto (PIB) de China aumentó cerca de diez veces más rápido que el de Estados Unidos. Pasó de más de 1,1 billones de dólares en 2000 a 5,88 billones en 2010, mientras que, en el mismo período, el de Estados Unidos pasó de 10 billones a 14,6 billones. Por ahora, la economía china sigue rezagada, pero los expertos pronostican que en unos veinte años podría alcanzar a la de Estados Unidos. Si la tendencia se confirmara, a pesar de cierta lentitud, Pekín podría incluso estar a la par de Washington en menos de una década.

Poco a poco el país asiático adquiere todos los atributos de una superpotencia en ciernes. En 2001 su presupuesto de defensa era de 91.700 millones de dólares, es decir, superior en un 80% al de Japón y en un 200% al de India. De 1 a 20 en 2000, la distancia con Estados Unidos en esta área se redujo hasta alcanzar una razón de 1 a 7. Aunque lejos todavía, China ocupa ahora el décimo puesto mundial en materia de gasto militar y, si Estados Unidos continuara con su política actual de restricciones presupuestarias, la diferencia podría reducirse aun más.

Desde los años 2000, las relaciones entre ambos países cambiaron mucho. China invierte alrededor de un tercio de sus reservas en divisas extranjeras en bonos del Tesoro estadounidense, lo que hace de ella el primer acreedor de Estados Unidos (1).

Convertida en la primera nación exportadora del mundo, figura entre los principales proveedores de Estados Unidos. Esta circunstancia ayuda a

Washington a controlar su inflación y permite a sus inversores obtener beneficios.

Desde la crisis financiera de 2008, Pekín no cesa de afirmarse en la escena internacional y en sus relaciones con Estados Unidos. En 2009, en la Cumbre de Copenhague, se opuso a Washington sobre el calendario de reducción de las emisiones de dióxido de carbono. El mismo año, su flota encerraba a El Imppecable, un barco de la marina estadounidense que atravesaba su zona económica exclusiva (ZEE), en el Mar de China Meridional. En 2010, el poder chino resistía una vez más las presiones de Washington, que lo exhortaba a condonar el ataque de Corea del Norte contra la isla surcoreana de Yeonpyeong. Desde 2011, se niega también a respetar el embargo impuesto sobre las importaciones de petróleo iraní, aunque se mostró más firme respecto de Teherán en lo concerniente al programa de armamento nuclear.

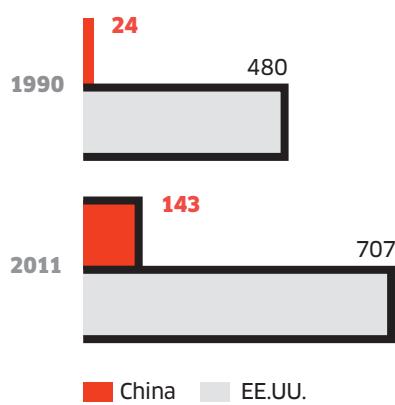
Acuerdos y desacuerdos

Esto no impide una colaboración sino-estadounidense en numerosas áreas: en la lucha contra el terrorismo, contra la proliferación de armas de destrucción masiva (por lo menos hasta cierto punto, como lo muestran los puntos de vista diferentes a propósito de la República Popular Democrática de Corea, por ejemplo), y en la reabsorción de la crisis financiera. Pero los conflictos tienden de todos modos a multiplicarse.

En el frente económico, Washington le reprocha a Pekín no sólo "robar" los empleos estadounidenses, sino librarse una competencia desleal, subvaluando →

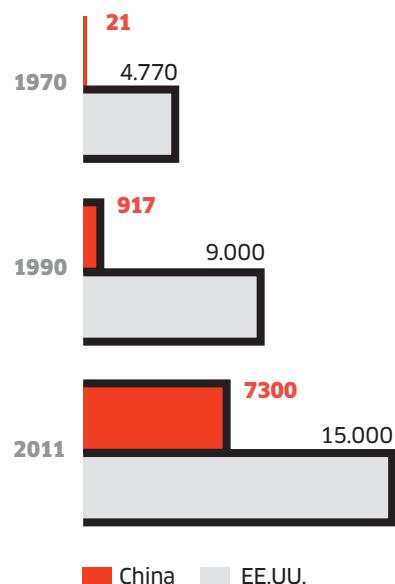
Carrera armamentista

China y Estados Unidos: gasto militar (en miles de millones de dólares de 2011)



Carrera económica

China y Estados Unidos: PIB (en miles de millones de dólares de 2011)



→ su moneda e infringiendo las reglas del mercado. En el plano estratégico, le preocupa una China a la que ve embarcada en una carrera armamentista y desplegando sus fuerzas en la región Asia-Pacífico. Ideológicamente, le cuesta aceptar la idea de que el “Consenso de Pekín” (2) pueda entrar en competencia con el de Washington.

Sin embargo, si la sociedad estadounidense está desgastada por la pérdida de empleos y las deslocalizaciones del sector manufacturero, ello se debe antes que nada al liberalismo económico y al capitalismo, que exigen un rendimiento máximo. Además, la competencia no se juega solamente entre China y Estados Unidos, sino entre la totalidad de los países industrializados por una parte y los países en desarrollo por la otra. Y la cotización del yuan importa poco, pues la producción puede ser también deslocalizada a Vietnam, Bangladesh, India. Todo el mundo lo sabe, pero cada cual atiende su juego en este año electoral estadounidense [2012].

Desde un punto de vista estratégico, Estados Unidos ve con malos ojos el aumento del poder chino. En curso de modernización, la aviación dispone ahora de sus propios bombarderos equipados con sistemas de detección y de comandos aerotransportados Awacs, de reabastecedores en vuelo, de portaaviones operacionales. El programa espacial que, según se cree, incluye un aspecto defensivo, también fue reforzado, y la marina desarrolló un arsenal convencional y nuclear de largo alcance. No hay que olvidar tampoco el progreso de las competencias chinas en el ciberespacio. Por eso, a medida que retira sus tropas de Irak y de Afganistán, el Pentágono vuelve a desplegar sus fuerzas en Asia Oriental; trabaja con sus aliados y sus nuevos socios para probar la capacidad de la marina china, en particular en el Mar de China Meridional (3).

Desde su llegada a la Casa Blanca, el presidente Barack Obama privilegió la vía diplomática por sobre la confrontación. Uno de sus primeros gestos fue, además, afirmar su intención de entablar el diálogo con China, Irán y Venezuela, entre otros. El método dio algún buen resultado, especialmente en Birmania, donde el presidente Thein Sein democratiza poco a poco su país. Esta apertura recibió el apoyo de Estados Unidos, simbolizado por la visita histórica de la secretaria de Estado, Hillary Clinton a Naypyidaw, el 1 de diciembre de 2011. En cuanto a la actual cooperación militar con Japón, Corea, Filipinas y Vietnam, no deja de tener sus intenciones estratégicas e ideológicas en contra de China.

El aumento de poder chino no es tan sorprendente. Estaba escrito: la sociedad se abrió a la economía de mercado en el preciso momento en que, debido a la globalización, la circulación de personas, de capitales y de información comenzaba a fluir. Después de todo, Pekín no le puso la pistola en el pecho a nadie. Los inversores estadounidenses aprovecharon la ocasión que se les ofrecía de obtener una mano de obra barata. Mientras que los chinos desarrollaban

su industria, los estadounidenses consumían a bajo costo y dejaban a otros sus fábricas contaminantes.

Una extraña pareja

El intercambio generó beneficios tangibles, aunque al mismo tiempo produjo efectos perniciosos duraderos, en términos de empleo en Estados Unidos y de medioambiente en China.

Pekín y Washington establecieron así una cooperación tan rara como indisoluble: China contamina su medioambiente para permitir a Estados Unidos hacer economía, pero compra los bonos del Tesoro estadounidense para permitirle dilapidar fortunas en Irak o Afganistán. Al acceder al poder, en 2001, el presidente George W. Bush heredó una deuda de cinco billones de dólares. Al final de su mandato, alcanzó los diez billones. En menos de tres años, el presidente Obama la llevó al nivel histórico de quince billones de dólares. Si bien China detenta su parte de responsabilidad en este desastre financiero, es también la víctima. Los 1,15 billones de dólares del Tesoro estadounidense que tiene contribuyen a amortiguar el peso de la crisis financiera y autorizan así a Estados Unidos a mostrarse más dispendioso sobre el campo de batalla en Afganistán. Los enormes activos líquidos volcados por el Banco Central estadounidense (Reserva Federal, FED) le permitieron obtener fondos, reduciendo a la vez el poder de compra de los dólares adquiridos por China. Una dependencia tan extraña como malsana, y que se va agravando.

La necesidad de alcanzar el reequilibrio en las relaciones sino-estadounidenses resulta pues evidente. El interés chino debería apuntar a desarrollar el consumo en su mercado interno, interesarse en la ecología y reducir el excedente comercial con su socio americano. En Estados Unidos, quizás sería saludable que, mientras continúa con la deslocalización de ciertas actividades industriales, comenzara ya a reimplantar una parte de la producción en el territorio nacional con el fin de operar un nuevo arbitraje entre finanzas e industria. Los dirigentes estadounidenses deberían reconocer también que las localizaciones en China generaron ganancias importantes, pero profundizaron las desigualdades sociales e impactaron a tal punto contra su propia moral que el librecomercio se vio cuestionado.

Además, los dos países no tienen la misma envergadura estratégica. Estados Unidos tiene una voluntad hegemónica mundial y es la única fuerza capaz de desplegarse rápidamente por todo el planeta, lo que, por mucho tiempo, no será el caso de China. A fines de 2011, Estados Unidos decidió vender nuevas armas a Taiwán, aun cuando, el 6 de septiembre de 2011, el Ministerio de la Información chino publicó una nota titulada “En vías de un desarrollo pacífico” (“*China's peaceful development*”) que resaltaba seis prioridades nacionales, entre las que se contaba la reintegración de la isla. Pekín estima poder disponer pronto de los medios económicos necesarios para



© Pres Panayotov / Shutterstock

Marina. Con 250 mil hombres, la Armada china se encuentra en pleno proceso de modernización.



© yuyangc / Shutterstock

Espacio. China comenzó a desarrollar la tecnología en radares en los años 50, pero recién hace dos años logró cubrir la totalidad de su espacio aéreo.

ello, y aspira a dominar el estrecho y su región. Un objetivo que torna indispensable la modernización global de su capacidad de disuasión.

Lógica de conflicto

Los dos países se encuentran, de ahora en más, en una lógica de conflicto. Las ventas de armamentos a Taiwán impulsan a China continental a modernizar su arsenal. Pero en cambio, su militarización invita inevitablemente a Washington a sospechar que

Esta política de “vuelta a Asia” obedece a un doble objetivo: reforzar la presencia estadounidense en la región y prevenir toda violación de los códigos internacionales en el Pacífico. De hecho, en lo concerniente a la navegación en alta mar, los intereses de los dos países coinciden, y ambos se ven favorecidos con la libertad de circulación. No hay pues ninguna razón para alterarse por la presencia estadounidense, desde el momento en que ninguno tiene la intención de cortar las líneas de comunicación del otro. Se trataría

En curso de modernización, la aviación china dispone ahora de sus propios bombarderos equipados con sistemas de detección.

el Imperio del Medio tiene objetivos estratégicos que van más allá de su esfera de influencia. ¿Acaso no volvió atrás sobre su promesa de concentrarse en Taiwán y en la defensa de sus costas y no desplegar fuerzas en el extranjero? China construye aviones cuyo alcance no se limita a la región, posiciona buques en el golfo de Adén y confirma que desea adquirir bases de apoyo logístico en el extranjero (4).

Estas señales impulsaron a Estados Unidos a multiplicar las misiones de reconocimiento en las aguas territoriales y en el espacio aéreo chinos. Para proteger sus operaciones en caso de intervención en Taiwán, China se aventuró a expulsar naves y aviones estadounidenses fuera de su ZEE. Algunos informes dieron pruebas también de la voluntad de Pekín de considerar el Mar de China del Sur como relevante para su interés nacional. Esta actitud, igual que su política respecto de Japón (5) y de la península coreana, explica en gran parte el retorno de Estados Unidos a Asia. Le proveyó el argumento de la libertad de navegación en el Mar de China, lo que terminó de envenenar la cuestión.

más bien de enunciar los derechos y deberes de cada uno. Estados Unidos debería comprometerse a no avanzar sobre los derechos chinos fundamentales. El reequilibrio de poder entre los dos países podría ser una de las apuestas principales de la década. ■

1. Véase Dean Baker, “Si China deja de comprar deuda estadounidense”, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, abril de 2010.

2. Acuñada por el periodista Joshua Cooper Ramo, esta expresión nombra el modelo de crecimiento chino, que sería especialmente atractivo para los países en desarrollo, por oposición al “Consenso de Washington”, que establece las reglas de “gobernanza” estadounidenses en vigor en el Fondo Monetario Internacional, en particular.

3. Véase Michael T. Klare, “China es el enemigo”, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, marzo de 2012.

4. “Defense Department on Seychelles’s invitation to set up military base”, Xinhua, 12-12-11.

5. En 2010, una nave gubernamental japonesa fue inspeccionada –voluntariamente, según Tokio– por un barco chino, creando un incidente importante.

*Decano del Instituto de Estudios Internacionales y director del Centro de Estudios Estadounidenses de la Universidad Fudan de Shanghai.

Traducción: Florencia Giménez Zapiola

Inquietud germana

“Los chinos se están convirtiendo cada vez más en los dueños de las materias primas en el mundo –dijo el director ejecutivo de la Federación Alemana de la Industria, Werner Schnappauf–, lo que hace peligrar en el futuro la sostenibilidad de la industria germana.”



© Dave Reede / LatinStock / Corbis



Las relaciones de Argentina con el gigante asiático

Un matrimonio muy desigual

Por Natalia Zuazo* y Matías Rohmer**

El crecimiento incesante del intercambio llevó a China a convertirse en el segundo socio comercial de Argentina. Pero urge modificar las profundas asimetrías que caracterizan esta relación, en la que Argentina está limitada a ser un mero proveedor de materias primas y receptor de productos manufacturados.

China y Argentina tuvieron, desde el principio, una relación madura: de éas que crecen con el tiempo, pero también saben cuándo es necesario tomar distancia y cuándo ir a fondo otra vez. Argentina tomó la iniciativa, y fue el primer país latinoamericano en establecer canales de cooperación con el país asiático a partir de 1920. En 1953, mediante negociaciones realizadas a través de la entonces Berlín Oriental, se acordó una primera operación comercial en la que ambos países intercambiaron lo mejor que tenían en sus economías: el barco argentino llevó trigo, lana y extracto de quebracho; el chino cruzó el mar con bauxita y sedas. La relación continuó, pero con una marcada distancia hasta mediados de la década de 1970: corrían los tiempos de la Guerra Fría y Estados Unidos limitaba la política exterior de su “patio trasero”, América Latina y el Caribe, en un intento por evitar que China y la Unión Soviética los atrajeran al bloque oriental (1). La señal para el nuevo acercamiento llegó en 1971, cuando Richard Nixon reanudó las relaciones con la República Popular China. Argentina, bajo el gobierno de Lanusse, reconoció a Pekín y en 1972 inició relaciones diplomáticas con el país de la seda (2).

Hoy, cuarenta años después, el vínculo creció hasta convertir a China en el segundo socio comercial de la Argentina, mientras que Argentina es el cuarto socio comercial de China en América Latina.

La diferencia entre ese 1972 y este 2012 es que China es otro país. Poco queda de aquella sociedad agraria que en 1949, recién salida de la Segunda Guerra Mun-

dial y la cruel ocupación japonesa, abrazó el mundo bipolar del lado comunista. Hoy es la segunda economía del mundo y una potencia industrial que, sin negar las numerosas deudas de desarrollo que aún tiene en su gigantesco interior de 1.300 millones de habitantes, ocupa el primer lugar de las exportaciones mundiales, crece a un promedio del 10% desde hace 30 años, y ocupa lugares de decisión en el Consejo de Seguridad de la ONU y la Organización Mundial del Comercio. Con esa magnitud de gran jugador internacional, la pregunta de si a Argentina le conviene profundizar los vínculos comerciales, financieros, diplomáticos y culturales con China se vuelve irrelevante. Nadie, gobierno u oposición, se niega a ello. La cuestión, en este punto de la relación, ya madura y con posibilidades de crecer exponencialmente en las próximas décadas, es: ¿cómo encararla desde un país de la escala de Argentina, con un PIB de 435.000 millones de dólares, frente a los 5,8 billones de dólares chinos? Y, ¿cómo hacerlo desde nuestro país, tradicional exportador de materias primas y con recursos naturales todavía valiosos, pero con una incuestionable necesidad de reindustrialización de su aparato productivo?

Crecimiento sin fin

La relación comercial argentino-china tuvo un primer gran salto en los años 90, de la mano de la apertura económica implementada por el gobierno de Carlos Menem, contemporánea del despegue industrial chino posterior a las reformas impulsadas →



Importaciones. Barco anclado en la ciudad de Fuzhou.



Tecnología. Argentina importa de China computadoras y agroquímicos.

Socio de Latinoamérica

En 2009 China absorbió el 7,6% del total de las ventas al exterior de América Latina; en 2020 será el destino del 19,3%. Ya está en camino de desplazar a la Unión Europea como segundo socio comercial de la región.

→ por Deng Xiaoping en la década del 80. En 1996, las exportaciones argentinas a China alcanzaron los 607 millones de dólares, con importaciones desde el país asiático de 697 millones. En 2001, ese comercio se había duplicado, y a partir de ese año no dejó de crecer de manera constante. Hasta 2008, cuando las exportaciones argentinas fueron de 6.100 millones de dólares y las importaciones de 4.700, nuestro país mantenía superávit comercial con China. Sin embargo, a partir de 2009, a pesar de que el volumen de las exportaciones argentinas se mantuvo alrededor de los 6 mil millones, las importaciones procedentes del país asiático crecieron hasta los 10.500 millones en 2011, provocando un déficit para nuestro país de 4.500 millones de dólares (3).

Además de la situación deficitaria para Argentina de los últimos tres años, la composición de las exportaciones se presenta poco diversificada, con ocho productos que concentran el 95% de las ventas al país asiático: porotos de soja (71%), petróleo (11,5%), aceite de soja (4%), cueros y pieles (1,9%), carnes (1,2%), residuos alimenticios (0,8%), tabaco (0,9%) y lana (0,6%). La soja es, claramente, la vedette del intercambio, y el motivo de una preocupación que ya tiene neologismo propio: la *sojización* de la relación. La misma Cristina Fernández de Kirchner, en su última gira por el gigante oriental, oficializó la queja: “Argentina no puede seguir con el 82 por ciento de sus exportaciones a China en cuatro productos de escaso valor agregado y del otro lado recibir 98 por ciento de altísimo valor agregado y con mayor nivel de divisas. Sobre todo teniendo en cuenta el tamaño de una economía y de la otra, no se puede plantear una relación bilateral sin tener en cuenta las asimetrías”.

Los datos avalan la idea: las importaciones argentinas provenientes de China están compuestas por teléfonos (8,5%), computadoras (10%), químicos (3,5%), motocicletas (3,3%), juguetes (1,3%), manufacturas de plástico (0,7%) e instrumental médico (0,3%) (4). En este contexto, de la Presidenta hacia abajo el planteo de la reedición de un vínculo “neocolonial”, con Argentina como vendedora de materias primas frente a una potencia industrial, aparece como el primer dilema de un comercio que crece con una matriz de intercambio similar a la que se estableció con Gran Bretaña en el siglo XIX, y es un debate constante entre quienes estudian la relación sino-argentina. “Primero hay que advertir que la transformación que China impone no se parece a nada, es algo nuevo, por la escala del actor de que estamos hablando. Pero en la composición de la balanza exportadora, algo de eso hay”, adelanta Sergio Cesarín, sinólogo investigador del Conicet. Y luego avanza: “Lo que importa es qué hace no sólo Argentina sino nuestra región por sí misma. Porque podemos tener un patrón de intercambio comercial de productos primarios, pero reciclar parte de los excedentes de capital y generar otras cadenas de valor a nivel intrarregional. Hoy podemos ser una periferia distinta y entrelazada a procesos

productivos globales de manera diferente, por ejemplo como exportador de biocombustibles o equipos nucleares. Otra opción son *joint ventures* de empresas de países que puedan asociarse para integrar escalas, o acuerdos de alcance de comercio entre las regiones”. Cesarín agrega que, además de “tejer redes” regionales, la multipolaridad hace que China conviva con otros posibles socios, como India o Rusia, y que ya no haya compromisos ideológicos que limiten los intercambios, a diferencia de la anterior situación centroperiferia.

En ese mismo sentido, tendiente a mejorar la posición relativa de nuestro país frente a un socio de escala mayor, Ernesto Fernández Taboada, director ejecutivo de la Cámara Argentino-China, indica que su institución, junto con la Fundación ExportAr, realiza estudios de productos con valor agregado que tendrían un gran mercado potencial en el gigante asiático y que nuestro país todavía no le está vendiendo. Entre ellos: pescados y mariscos, libros y publicaciones, preparados de legumbres y hortalizas, productos cosméticos, maquinaria para la industria de la alimentación, material de transporte terrestre, y productos de alta gama, como zapatos, ropa y caballos de polo. “La Martina, por ejemplo, tiene copado el mercado de la ropa de polo en China, y hoy hay una gran demanda de botas de cuero para montar y de caballos de polo, para la gran cantidad de ricos que practican este deporte”, dice Fernández Taboada, en su gran oficina decorada con biombos, jarrones y pandas, regalos de los viajes de negocios que realizan los empresarios de su Cámara desde 1984. “China no tiene aspiraciones neocoloniales, y además es el único país que nos vende con financiación, con 19 años de plazo, como está haciendo ahora con el material ferroviario. Tiene excedente de capital; diversifica inversiones”, agrega.

Libro blanco

Pero no todos comparten el optimismo. Desde otro punto de vista, estas inversiones en infraestructura, la tercera pata de la relación sino-argentina que hoy genera esperanzas a muchos, no son más que una apuesta de la potencia para abaratar los costos logísticos y de transporte de las materias primas, energía y minerales que necesita su país. Más aun, es tan explícito que hasta lo escribieron.

En 2008, China publicó *El Libro Blanco sobre América Latina*, con sus objetivos de política exterior para la región. Con el concepto de complementariedad como guía, dejó en claro que América Latina podía proveerle energía (petróleo), alimentos y minerales (5). Con ese aviso en mente, toma otro color el optimismo de los funcionarios argentinos ante los 9.700 millones de dólares de inversión, financiados por bancos estatales chinos, para la compra de vagones de subtes, la extensión de la línea E a Ezeiza, la rehabilitación del Belgrano Cargas, la electrificación del Belgrano Norte y Sur, y coches nuevos para el ferrocarril.



© Juan Mabromata / AFP / Dachary

Relaciones. El primer ministro Wen Jiabao visitó Argentina en junio de 2012 y se reunió con Cristina Fernández.

rril San Martín, entre otros proyectos. También tiene completa relevancia que la petrolera estatal china, CNOOC, haya comprado el 50 por ciento de Pan American Energy a los Bulgheroni. Y que entre 2010 y 2011 el gigante asiático haya invertido 15.600 millones de dólares en América Latina, principalmente en el sector de la energía y los recursos naturales, y que, según la CEPAL, para el fin de 2012 esa cifra se proyecte a los 22.700 millones. No sorprendió entonces que, en su última visita a Argentina en junio de este año [2012], el primer ministro chino, Wen Jiabao, propusiera un acuerdo de libre comercio con el Mercosur. Tras el anuncio, Cristina Kirchner entibió la declaración, diciendo que analizaría la propuesta para que consignara tanto los intereses de China como los del bloque. Porque en una relación madura es así: depende de lo que uno haga con ella. Y en el caso de China, además, queda por construir. “El país puede producir mucho más de lo que produce, no sólo en materia de productos primarios renovables, sino en derivados de éstos con considerable valor agregado”, dice Carlos Escudé al respecto (6). “Nosotros somos países amigables para China, pero también nos hemos vuelto más selectivos, y tenemos la responsabilidad de medir el impacto sobre determinados sectores. Podemos decidir si van a venir a sojizarnos más o no”, agrega Cesarin. Y además de la elección, luego están las estrategias de la vinculación: “Se suele ver a China como un enorme mercado, pero en realidad son muchos grandes mercados, y suele ser más exitoso para Argentina comerciar con ciudades o provincias, que tienen tantos habitantes como nuestro país, o unir producciones de varias empresas para producir en mayor escala. Pero eso requiere un trabajo a más largo plazo y una confianza entre socios locales”, aconseja Fernández Taboada. Y es que nuestro país también es distinto al que era



© Sergio Schnitzler / Shutterstock

Diversificación. Las exportaciones argentinas a China están concentradas en unos pocos productos: el 71% corresponde a porotos de soja.

hace cuarenta años, con un nuevo impulso reindustrializador sustitutivo de importaciones que quiere avanzar. Pero también con dos grandes crisis económicas en poco más de diez años y regiones muy desiguales en su desarrollo. La “oportunidad china” seduce de muchas formas: como complemento de un desarrollo que desde el agro pueda integrar a la industria, como aliento para la integración regional que pelee de manera más pareja con un “país-continente” o como reedición de viejas pautas centro-periferia. China ofrece todas esas oportunidades, que son al mismo tiempo dilemas de nuestra posición en el mundo. De nuestra madurez para equilibrar los encantos del gigante asiático como jugadores con otros atractivos que ofrecer dependerá el resultado, y tal vez el éxito de esta relación duradera. ■



© Gvoedij / Shutterstock

Producción. China no alcanza la seguridad alimentaria.

1. Sergio Cesarin, “La relación sino-latinoamericana, entre la práctica política y la investigación académica”, *Nueva Sociedad*, N° 203, junio de 2006.
2. Como señala Cesarin (*op. cit.*), “pese a las diferencias ideológicas entre los regímenes militares de derecha y un país gobernado por ‘dirigentes marxistas’, el deshielo de todos modos se produjo...”.
3. Cámara Argentino-China, 2012.
4. Subsecretaría de Programación Económica, Ministerio de Economía de la Nación, 2010.
5. China escribió que, en materia energética, América del Sur Central produce el 12% del petróleo mundial y consume sólo el 9%, mientras que Asia produce apenas el 10% y llegaría a consumir el 50%. En alimentos, el 90% del crecimiento de población será en India, China y África, y de los 8 países con tierras todavía cultivables, 5 están en América del Sur. En minerales, el 30% de las reservas mundiales explotables están en América Latina y África. Véase “Primera lectura del Libro Blanco”, Miguel A. Bellosio, *La Nación*, 31-7-12.
6. *Oriental*, Revista de Comercio Exterior para China, Año 1, N° 3, diciembre-enero de 2011.

*Periodista y politóloga (UBA).

**Periodista y politólogo (UBA).

© Le Monde diplomatique, edición Cono Sur

El planeta como fuente de abastecimiento

Una aspiradora mundial

Las necesidades de recursos energéticos, minerales y alimenticios de China se multiplican al ritmo vertiginoso de su crecimiento



■ Presencia de una importante diáspora china

■ Potencias económicas que a la vez compiten y se complementan

■ Potencias regionales competidoras tradicionales o emergentes

■ Garantía de aprovisionamiento de materias primas





Liu Zheng. De la serie
Los chinos, mineros
en un baño público,
Datong, provincia de
Shanxi, 1998

4

Rica tradición milenaria,
vertiginosa modernidad

LO VIVIDO, LO PENSADO, LO IMAGINADO

La sociedad y la cultura chinas hunden sus raíces en una de las civilizaciones más antiguas de la humanidad. Las virtudes predicadas por Confucio (aunque vigentes en tradiciones anteriores), como la armonía, el equilibrio, la moderación, la perfección ética, el amor al trabajo y a la familia y el respeto a las personas y a las jerarquías sociales, modelaron el espíritu chino, pero no impidieron el acceso tumultuoso a la modernidad y a los desbordes de la imaginación.



Chen Jiagang. De la serie
El tercer gran frente, Altos
Hornos (fragmento), 2008



Los cien caminos del renacimiento fotográfico

China en el objetivo de los chinos

Por Philippe Pataud Célérier*

Tras la férrea sujeción a la estética panfletaria “realista” a que estuvo sometida durante el régimen de Mao, la fotografía china ha desplegado en las últimas décadas una enorme vitalidad. Hoy coexisten en ella diversas y a menudo contrapuestas concepciones.

Con el cabello enmarañado, como un reflejo de la meseta tibetana de donde es originario, Mo Yí exhala en la niebla el humo de su cigarrillo, con la arrogante indolencia de los viejos sabios. La bruma es a menudo su reino. ¿Problema de velocidad de obturación frente a los rápidos cambios sociales? “Recurro a la bruma cuando no sé cómo expresar las cosas”, dice el fotógrafo. Y más cuando “las cosas” provocan severos ajustes de parte de las autoridades. ¿Acaso ellas no denunciaron, en la década de 1980, sus fotografías de rostros resignados, en las antípodas de las caras sonrientes que había impuesto la gran narrativa maoísta? Durante la Revolución Cultural (1966-1976), esta doble visión le hubiera valido una “reeducación” despiadada. Pero en la relativa apertura de los años previos a la represión del movimiento estudiantil, el 4 de junio de 1989, Mo reemplazó la autocritica por una pregunta más teórica: para ver el mundo tal como es, ¿no sería mejor fotografiarlo sin verlo? Nuca, espalda, pantorrillas: Mo fija una cámara a todas esas partes inaccesibles a su propia luz y dispara el obturador cada cinco pasos. Y si bien el encuadre es insólito, reaparecen los mismos rostros tristes. La conclusión es inapelable.

Entre 1966 y 1976, sólo las montañas podían encuadrarse sin supervisión: su grandeza era un argumento a favor de un patriotismo natural. Informativa o artística, la fotografía debía servir un único propósito: construir la imagen realizada del realismo revolucionario a través de las tres caras triunfantes del campesino, el soldado y el obrero.

Habrá que esperar hasta la manifestación de Tíannamen, el 5 de abril de 1976, y su represión brutal por parte de la “Banda de los Cuatro” (1) para ver surgir, finalmente, los primeros testimonios fotográficos de un evento político no controlado por el Estado. Un momento histórico que muchos fotógrafos quisieron inmortalizar. Algunos, como Li Xiaobin, organizaron en el mayor de los secretos –todo registro era castigado con la muerte– un comité editorial encargado de seleccionar quinientas fotografías de las veinte mil o treinta mil recogidas. El sucesor de Mao, Hua Guofeng (1921-2008), que acababa de mandar a la cárcel a la Banda de los Cuatro y reivindicar el movimiento del 5 de abril, patrocinó el proyecto. “Esta publicidad oficial trajo una gloria inesperada a los editores fotográficos, que continuaron su carrera por fuera de las agendas gubernamentales”, dice →



Lu Yuanmin. De la serie *Lomo*, 2006. Como muchos de los trabajos de los fotógrafos chinos de la actualidad, esta imagen, en una primera lectura documental, se presta a muchas otras lecturas de tipo metafórico.



Mo Yi, *Mi ciudad ilusoria*, 2008.

→ Wu Hu, historiador del arte (2). Bajo la égida de su club, The April Photo Society, su primera exposición llevó el título “Naturaleza, Sociedad y Hombre”, fue inaugurada en abril de 1979 y resultó un éxito: ocho mil personas en un solo domingo para ver trescientas fotografías. “En un país donde el arte había sido sólo propaganda política, cualquier representación del amor privado, de la belleza abstracta o de la sátira social era considerada revolucionaria”, prosigue Wu.

Los caminos de la autenticidad

Dos movimientos empezaron a tomar forma entre los fotógrafos que por fin querían codearse con lo real. Para los que deseaban volver a las fuentes (Zhu Xianmin, Yu Deshui), agrupados bajo el nombre de Tierra Natal, la forma podía revestir todas las virtudes del fondo. Por eso, partían hacia la cuna de la civilización china y fotografiaban a los hombres comunes (campesinos, montañeses, miembros de minorías étnicas, etc.) que –pensaban ellos– vivían con la mayor naturalidad posible a lo largo del río Amarillo. En esta utopía documental, la estética solía caer en la magnificación a veces condescendiente de una alteridad impregnada de romanticismo.

Otros, en cambio, querían extraer de los márgenes de la sociedad un lenguaje en ruptura con las convenciones estéticas dominantes. Este segundo movimiento, bautizado Scar Art, mostraba lo ordinario oculto, en la línea de esa “literatura de las cicatrices” que, desde fines de los años setenta, ponía de manifiesto toda la violencia de la Revolución Cultural. Li Xiaobin fue uno de los primeros en fotografiar, entre 1977 y 1980, la vida cotidiana de los provincianos que habían subido a Pekín para exigir del poder central una indemnización por los daños sufridos durante ese período. Así, mientras Zhang Xinmin se interesaba por los campesinos que migraban a las ciudades, Zhou Hai hacía foco en la progresiva marginación de la clase obrera, sometida a las nuevas reformas económicas. Y mientras Yang Yankang observaba a los cristianos hundiéndose desesperadamente las raíces en su tierra, Lu Nan buscaba a los que habían perdido cualquier vínculo, revelando una China ignorada a través de los retratos de catorce mil pacientes psiquiátricos.

Sin embargo, la mayoría de estas miradas convergen en la destrucción brutal de los marcos de vida tradicionales. Cuando a fines de la década de 1980 presin-

tió la desaparición de los *hutongs*, esos barrios típicos de pasajes y callejuelas, Xu Yong los registró metódicamente, dando lugar a su famosa serie *101 retratos de hutongs*. Otro caso es Lu Yuanmin: si bien fotografía las callecitas tradicionales de Pekín por fuera de cualquier actividad humana, formando una documentación patrimonial que quiere ser lo más neutral posible, su serie *Shanghailanders* muestra cómo los habitantes de Shanghai de los años noventa siguen viviendo a pesar de los cambios urbanos provocados por las reformas económicas.

Para unos y otros, cada uno en su registro, histórico y social, el interés documental prevalece. Aun cuando en Lu predomina la empatía del fotógrafo por su tema. Una tendencia que Zhang Hai'er lleva al paroxismo cuando exhibe, con su mirada sobre las prostitutas, su gran connivencia con ellas. La percepción subjetiva se convierte en el filtro de cualquier reflexión sobre la realidad. La fotografía documental se libera de su función documental para transformarse en un proyecto conceptual, que Liu Zheng sublima en *The Chinese* (3).

Ciudadanos invisibles

Recorriendo el país, Liu se ve sacudido por los chinos que encuentra. Presos, transexuales, monjes, ladrones, obreros, empresarios, prostitutas, discapacitados y heridos desfilan ante su Hasselblad durante casi diez años (1994-2002). Omnipresentes en la vida cotidiana, estos hombres y mujeres están ausentes de la historia oficial que da forma al imaginario chino. Por eso, el fotógrafo los acompaña con muñecos de cera que, en los lugares donde se elabora la mitología nacional (como museos, monumentos o plazas), encarnan esas escenas históricas que se aprenden en la escuela (masacre de Nankín, obrero modelo, etc.). Mezclando personajes reales –cuya invisibilidad en el relato oficial es cuestionada– y personajes de ficción –cuya autenticidad ningún chino podría impugnar, a tal punto nutren la memoria colectiva–, Liu modela, en ciento veinte retratos tomados en blanco y negro y del mismo formato, una nueva historia colectiva para compartir. Cuando se publicó, en 2004, el libro *The Chinese* provocó la ira de las autoridades, que lo ven como una visión inventada y negativa de China.

Cuando la pequeña colonia de artistas –pintores y escultores– se instala lejos del poder central, en las afueras del este de Pekín, al principio encuentra en la *performance* el medio de expresión más adaptable a su rabia y su pobreza. Basada en materiales simples, y sostenida en el fuerte compromiso corporal de sus ejecutantes, la *performance* sirve como válvula de escape al sentimiento de impotencia que los carcome desde la sangrienta represión del 4 de junio de 1989. ¿Acaso el *performer* no está en el centro de un evento que él mismo ha orquestado? Con su cuerpo desnudo untado con miel, Zhuang Huan se encierra en los baños públicos. Las moscas acuden. ¿Metáfora del individuo sofocado bajo un régimen represivo?



Yossi Milo Gallery, Nueva York

Liu Zheng. De la serie *Los chinos*, maniquíes de cera en el Memorial de la masacre de Nankín, provincia de Jiangsu, 2000. Se trata de un experimento de representación de una representación.

Rong Rong no tiene más que fotografiar la *performance*. En memoria del 4 de junio, Sheng Qi se amputa el meñique izquierdo. En su palma abierta, una foto de identidad amarillenta. Los recuerdos pasan, pero el cuerpo mutilado permanece. La imagen da la vuelta al mundo. Arte de lo efímero por naturaleza, la *performance* toma la fotografía como soporte para su registro, sin sospechar que esas reproducciones de una realidad puesta en escena se convertirán, en el mundo del arte contemporáneo, en los íconos de la fotografía china post Tiananmen. La relación crucial ya no es la que une al fotógrafo con su tema, sino al *performer* –o su imagen– con el espectador. La fotografía, practicada más por artistas que por fotógrafos en sentido estricto, se teatraliza.



Sheng Qi.com

Sheng Qi. *Memorias (Yo mismo)*, 2000.

La fabricación de las imágenes

Wang Qingsong “marca un giro importante en la historia de la fotografía china contemporánea, que con él pasa de la captación de la realidad a una fabricación completa de las imágenes”, señala el crítico de arte Gu Zheng (4). Una de sus obras más emblemáticas (*Night Revels of Lao Li*, 2000) retoma una obra maestra de la pintura china tradicional: *Ban-*

Poemas chinos

Una pequeña muestra de la exquisita sensibilidad, delicadeza y esencialidad de la poesía clásica china.

Antes tú y yo éramos
uno solo, como el cuerpo y su sombra.
Ahora somos tú y yo
como la nube que huye después de un aguacero.

Antes tú y yo éramos
como el sonido y su eco, acordes entre sí.
Ahora somos tú y yo
como las hojas muertas que caen de la rama.

Antes tú y yo éramos
como el oro o la piedra, sin mancha ni fisura.
Ahora somos tú y yo
como una estrella extinta o un esplendor pasado.

Fu Hsiuan (217-278)

El que vive es un viajero en tránsito,
el que muere es un hombre que torna a su morada.
Un trayecto muy breve entre el cielo y la tierra,
¡Ahimé!, y ya no somos más que el viejo polvo de los diez mil siglos.
El conejo en la luna busca en vano el elixir de vida.
Fu Sang, el árbol de la inmortalidad, se ha desmoronado en un
montón de leña.
El hombre muere; sus blancos huesos enmudecen
cuando los verdes pinos sienten el retorno de la primavera.
Miro hacia atrás y suspiro; miro hacia adelante y suspiro.
¿Hay algo sólido en la vaporosa gloria de la vida?

Li Po (701-762)

Dejo el laúd sobre el banquillo curvo,
y yo me quedo quieto, absorto en mi emoción.
No hace falta que yo roce las cuerdas;
las acaricia el viento y suenan solas.

Po Chu Yi (772-846)

Traducción de Marcela de Juan, *Poesía china: del siglo XXII a.C. a las canciones de la Revolución Cultural*, Alianza Editorial, Madrid, 1973.



→ *quete nocturno en la mansión de Han Xizai*. Este poderoso funcionario del Período de las Cinco Dinastías (907-960) preocupaba tanto al Emperador que este último decidió mandar como espía al gran pintor de la época, Gu Hongzhong (937-975). En cinco secuencias narrativas separadas una de otra por un hábil dispositivo de pantallas, el pintor trajo en un inmenso rollo las acciones y los gestos del funcionario. Con una minucia casi fotográfica, su pincel describe las veladas artísticas de Han Xizai. Y si bien este último muestra poco entusiasmo, su presencia demuestra al menos que no está conspirando. Once siglos después, Wang Qingsong vuelve a interpretar el papel de Gu para dar cuenta de una modernidad que estalla de vulgaridad. Cortesanas vestidas como prostitutas rodean a un funcionario de alto rango tan apático como Han Xizai. “Así como las dinastías chinas se suceden a lo largo de los siglos, el estatus de los intelectuales no ha variado demasiado. ¿Acaso no están siempre condenados a distraerse por no poder intervenir en la construcción del país?”, se pregunta (5). “Artistas e intelectuales comparten una cosa –dice un editor de Pekín–: ambos se dieron cuenta de que es más fácil construir una nueva representación del mundo que construir un mundo nuevo.”

“La puesta en escena es esa ficción que me va a permitir decodificar la realidad presentada”, explica, por su parte, Chen Jiagang. Durante muchos años, fotografió bases militar-industriales de lo que se ha llamado el “tercer frente” (6). En los años sesenta, después de su ruptura con la Unión Soviética, China, que temía un ataque de Taiwán con el apoyo de Estados Unidos, mudó sus gigantescos complejos desde las franjas costeras hasta el corazón de las montañas. Un esfuerzo colosal (más de la mitad de la inversión nacional entre 1966 y 1970), abandonado en 1971 a favor de una nueva situación geopolítica. En cada uno de estos lugares, Chen muestra a varias mujeres jóvenes vestidas con trajes tradicionales. A la “bestia



Galerie Loft, París

Wang Qingsong. *Las fiestas nocturnas de Lao Li (fragmento)*, 2000. Esta foto hace una nueva versión de *Banquete nocturno en la mansión de Han Xizai*, obra maestra de la pintura china tradicional de Gu Hongzhong (937-975).

productiva” parece oponerse la “bella consumible”. “Antes había que producir; hoy hay que consumir”, resume el fotógrafo, que gusta de repetir certezas pasadas y presentes.

En el “tercer frente” hoy reverbera la colossal represa de las Tres Gargantas y todas esas “ciudades enfermas” –*Diseased Cities* es el título de su última obra– construidas precipitadamente a lo largo del río Yangtze. Pero, como se pregunta Fei Dawei, especialista en arte chino contemporáneo (curador general del festival de fotografía de Lianzhou en 2010), “¿por qué mostrar a mujeres jóvenes con trajes tradicionales en estos lugares?”. ¿Subterfugio para hacer más deseable la realidad, más espectacular? Es una tendencia que laстра la imaginería china actual: el término “fotografía” se ha vuelto demasiado restricti-

todo en tiempo real. A partir de eso, el que quiera participar en la historia del mundo de las imágenes deberá tomarse el tiempo para construir, contar historias, ofrecernos relatos que nos sorprendan y nos permitan revisitar los acontecimientos que ya conocemos. Yo no creo en absoluto en la relación entre la fotografía y la inmediatez*.

Actualmente en China hay dos bandos enfrentados: los que toman lo real como material de una ficción futura, y los que se enfrentan a él sin manipulación digital, a través del prisma directo de su sensibilidad. Aunque esta confrontación alimenta a menudo el grano más fértil, la profusión de imágenes teatralizadas plantea la pregunta: estas puestas en escena, a menudo tan espectaculares, ¿serán hoy la única realidad a la cual nuestros sentidos son permeables? ■

“Se dieron cuenta de que es más fácil construir una nueva representación del mundo que construir un mundo nuevo.”

vo para esta nueva generación de imágenes digitales donde reinan el retoque y la manipulación. Puesto que, por naturaleza, la fotografía documental es menos soñadora, “la mayoría de los encuadres que hoy invaden la fotografía china producen imágenes superficiales y espectaculares, totalmente en línea con las expectativas del mercado del arte”, dice Fei. Lo mismo ocurre con Jean Loh, de la galería Beaugeste, en Shanghai, que ve en las innumerables imágenes manipuladas por herramientas digitales “un intento del fotógrafo para convertirse en artista y procurarse, así, un mercado del arte con salidas más prometedoras”. Un cambio parecido al que ha experimentado la fotografía occidental. Para François Cheval, director del museo Niepce y curador del festival de Lianzhou en 2012, “la televisión e internet nos dan

1. Nombre despectivo que reciben los miembros de la dirección del Partido Comunista chino, incluida la esposa de Mao Zedong, acusados de ser los instigadores de la Revolución Cultural y detenidos tras la muerte del Gran Timonel (1976).

2. Christopher Phillips y Wu Hung, *Between Past and Future: New Photography and Video From China*, Smart Museum of Art, Universidad de Chicago, 2004.

3. Liu Zheng, *The Chinese*, con comentarios de Gu Zheng, Meg Maggio y Christopher Phillips, respectivamente crítico de arte, galerista e historiador de la fotografía, Steidl, 2004. Su trabajo fue exhibido por la galería Pekin Fine Arts, Paris Photo, 15-18 de noviembre de 2012.

4. Gu Zheng, *La Photo chinoise contemporaine*, Eyrolles, París, 2011.

5. www.wangqingsong.com

6. Chen Jiagang, *The Great Third Front*, Timezone 8 / Galerie Paris / Beijing, Hong Kong, 2008.

*Periodista.

Traducción: Mariana Saúl



Una constante del pensamiento chino

Confucio o el eterno retorno

Por Anne Cheng*

¿Por qué Confucio vuelve tan a menudo al contexto de la China actual? ¿Cómo se explica que este antiguo sabio, que vivió entre los siglos VI y V antes de la era cristiana, adquiera un valor emblemático dos mil quinientos años después, en la China del siglo XXI, en pleno ascenso económico y geopolítico y en un mundo globalizado?

El nombre de Confucio, recordemos, es la romanización del chino *Kongfuzi* (“Maestro Kong”), realizada en el siglo XVII por misioneros jesuitas, quienes fueron los primeros en darlo a conocer entre las élites europeas. Según las antiguas fuentes chinas, el maestro había dedicado su vida a formar un grupo de discípulos en el arte de gobernar un país y gobernarse a sí mismo, en el espíritu de los ritos y el sentido de lo humano. Como resultado de la unificación del territorio chino por parte del Primer Emperador, en 221 a.C., su enseñanza y un corpus de textos asociados con ella formaron la base ideológica del nuevo orden imperial. Desde entonces, y hasta principios del siglo XX, la figura de Confucio terminó confundiéndose con el destino de la China imperial, hasta tal punto que hoy en día puede parecer como el emblema por excelencia de la identidad china. Al menos así es como se la percibe en el mundo occidental, y así es como se la presenta, se la exalta e incluso se la manipula en la China continental.

A menudo se olvidan todas las vicisitudes que experimentó la figura de Confucio en la modernidad china: primero atravesó un siglo de destrucción, entre 1860 y 1960. En efecto, un punto de inflexión histórica es la segun-

da Guerra del Opio, en la década de 1860, que hizo que las élites chinas tomaran conciencia de la supremacía de las potencias occidentales y que en 1898 terminó en el primer intento (fallido) de reforma política, según el modelo del Japón de la era Meiji (1). De ello se desprendió, a principios del siglo XX, una serie de crisis dramáticas: en 1905, la abolición del famoso sistema de exámenes llamado “mandarinal” (2), fundamento secular y capital del régimen imperial, marca el inicio de un proceso de “secularización” moderna al estilo chino. De hecho, la dinastía manchú Ching –y con ella, todo el régimen imperial– se derrumba definitivamente pocos años después, en 1912, para dar paso a la primera república de China, proclamada por Sun Yat-sen.

¿Obstáculo para el capitalismo?

En el plano simbólico, la crisis que marcó los espíritus de manera más profunda y duradera es la del Movimiento del 4 de mayo de 1919, que refleja la frustración de los intelectuales chinos frente a una realidad humillante. Para ellos, la modernidad solo puede ser definida en términos decididamente occidentales de ciencia y democracia, y debe “bajar a Confucio”, a quien consideran responsable de todos los males de China, de su atraso material

y moral. En busca de un modernismo al estilo occidental, los iconoclastas del 4 de mayo empujan en la misma dirección que el análisis marxista, relegando el confucianismo al “museo de la historia”.

Con la llegada de los años 1920, otro diagnóstico –también occidental– condena aun más radicalmente el confucianismo: el del sociólogo alemán Max Weber, cuya preocupación es mostrar los factores ideológicos (según él, la ética protestante) en los orígenes del capitalismo en Europa. Convencido de haber identificado las condiciones materiales que pueden haber hecho posible el advenimiento del capitalismo en China, Weber llega a la conclusión de que si ello no sucede, sin duda se debe a factores ideológicos, entre los que se destaca el confucianismo. Por lo tanto, deshacerse de una vez por todas de ese peso muerto aparece como una condición *sine qua non* para llevar a cabo cualquier intento de acceder a una modernidad occidental.

Una generación después de 1919 (tras el conflicto sino-japonés y la guerra civil), el famoso año 1949 marca la fundación comunista de la República Popular y la huida a Taiwán del gobierno nacionalista, seguido por numerosos intelectuales hostiles al marxismo, que observan con preocupación, desde el exilio, →

PERFIL

El maestro que modeló China

Tradicionalista y conservador pero también crítico con los malos gobernantes, el pensamiento de Confucio creó la ética de un país, que rigió 2.500 años.

El lugar que ocupa Confucio (Kung Fu-Tse, h. 551-479 a. C., Lu, actual Shantung, China) en el pensamiento chino es en cierto modo análogo al de Sócrates –con quien tiene algunos puntos de contacto– en la filosofía occidental. Sus enseñanzas han ejercido una influencia central en la concepción del mundo y de la vida de los chinos hasta nuestros días.

Más que un filósofo, Confucio, que renunció a reflexionar sobre problemas metafísicos, fue el creador de un sistema ético que propuso como modelo para gobernantes y gobernados. La moral personal confuciana se asienta sobre valores como la moderación, la austeridad, la tolerancia, el respeto entre las personas pero también hacia las jerarquías sociales, el cumplimiento estricto del deber, la exaltación de la familia, el altruismo, la obediencia de los hijos a los padres, de las mujeres a sus maridos y de todos al emperador.

Se trata de un pensamiento conservador, sin duda, pero que ofrece aristas que no pueden pasarse por alto: el objetivo de los gobernantes y del Estado es velar por el bienestar de todos los gobernados; el Príncipe debe ser un modelo de ética y gobernar guiado por el amor y la bondad, como un padre respecto de su familia, jamás por la fuerza. Si el gobernante no es un ejemplo moral, carece de legitimidad, por lo que no es censurable rebelarse contra él. La superioridad de la aristocracia no puede proceder de su nacimiento sino de una conducta intachable. Estos aspectos críticos del confucianismo hicieron que entrara en conflicto, en distintas épocas, con los poderosos.

El objetivo central del pensamiento de Confucio es conseguir la armonía en todos los ámbitos de la realidad, que deben imitar el orden perfecto que reina en el cosmos. Esa armonía debe imperar en la sociedad, en las relaciones personales y en el interior mismo de las personas.

→ el giro que ha tomado la China maoísta. Dicho giro conocerá el paroxismo de la destrucción con la Gran Revolución Cultural Proletaria –lanzada por Mao Zedong en 1966 y caída en desgracia con la muerte del líder, diez años después–, que aparece como una radicalización a ultranza del Movimiento del 4 de mayo de 1919, sobre todo en su voluntad de erradicar los vestigios de la sociedad tradicional.

Sin embargo, tras un siglo de destrucción de herencia confuciana, los últimos treinta años han sido testigos del proceso inverso. A partir de la década de 1980 se observa un cambio dramático, cuyos primeros signos se hacen sentir en la periferia de la China continental. De ser un obstáculo irreductible, el confucianismo pasa a ser, casi de un día para el otro, el motor central de la modernización. El origen de ese retorno poco tiene que ver con el confucianismo en sí; más bien se trata de una situación económica e histórica sin precedentes. Después de los diez años de Revolución Cultural, el modelo comunista revolucionario es abandonado *de facto* en la propia China, mientras que en la periferia se asiste a un auge económico inédito, al estilo japonés, de los “cuatro pequeños dragones” (Taiwán, Hong Kong, Singapur, Corea del Sur). Estos “márgenes del imperio”, junto con los “valores asiáticos” que ellos reivindican, se ven proyectados a un lugar de centralidad ejemplar y se convierten en objeto de todas las atenciones, sobre todo de parte de los occidentales.

Retorna el viejo sabio

De hecho, cuando el comunismo en China –pero también en Europa del Este– atraviesa una profunda crisis, las sociedades capitalistas occidentales creen ver signos de deterioro en su propio desarrollo. En este contexto, los “valores confucianos” (valorización de la familia, respeto por la jerarquía, motivación para la educación, amor por el trabajo duro, sentido del ahorro, etc.), que teóricamente debían explicar el surgimiento de un capitalismo específicamente asiático, llegan justo a tiempo para evitar el fracaso del modelo occidental de modernidad.

El desencadenante de ese retorno en la década de 1980 debe buscarse en la situación mundial, y su epicentro se hallará no en las sociedades chinas en sí, sino en diversos ámbitos chinos occidentalizados y anglófonos de Estados Unidos y Singapur. A mediados de esa década, el contagio gana la República Popular China, que, ocupada en liquidar el legado maoísta, quiere sumarse al tren del *asiatismo* para, con el tiempo, acabar convirtiéndose en su locomotora. En 1978, el confucianismo, vi-

lipendido por generaciones e incluso físicamente destruido –con un paroxismo de violencia durante la Revolución Cultural, que acababa de terminar–, es objeto de un primer simposio con vistas a su rehabilitación. Desde esa fecha, no pasará un año sin que se celebren varias conferencias internacionales sobre el tema. En 1984 se crea una Fundación Confucio en Pekín, con el auspicio de las más altas autoridades del Partido Comunista. En 1992, Deng Xiaoping, durante su gira por las provincias del sur, cita el Singapur de Lee Kuan Yew (3) como un modelo para China, en el momento en que lanza la “economía socialista de mercado”. Irónicamente, los factores que aparecían en Weber como obstáculos paralizantes para el desarrollo capitalista son precisamente los que ahora prometen salvar a las sociedades de Asia Oriental de los problemas que afectan a las sociedades occidentales modernas. He allí una oportunidad para una sonora revancha, esperada desde hace al menos un siglo por China y algunos países de la región, respecto de la supremacía occidental. Si bien, en realidad, el renacimiento de Confucio no tiene mucho que ver con el mercado, sirve a los propósitos políticos de los líderes autoritarios de Singapur, Pekín o Seúl. Todos ellos, frente a una súbita aceleración del desarrollo económico que las estructuras sociopolíticas no pueden seguir, hallan convenientes a los “valores confucianos” como garantes de estabilidad, disciplina y orden social, en contraste con un Occidente cuya decadencia se explica por su afición al individualismo y el hedonismo. En el marco de este neoautoritarismo, los ideólogos marxistas y antimarxistas están de acuerdo en un punto crucial: la representación de un socialismo sin Occidente, sobre la cual insistía la utopía maoísta, es sustituida por la aspiración a una modernidad industrial que siga prescindiendo de Occidente y quede a salvo de la “posmodernidad”.

La crisis financiera de 1997 calmó un poco la fiebre del *Confucius economicus*, pero no detuvo el regreso del viejo maestro; todo lo contrario. Desde hace unos diez años (simbólicamente, desde la entrada en el siglo XXI y el tercer milenio), el proceso va tomando la forma de un complejo manojo de fenómenos que afectan a toda la China continental en todos los niveles de la sociedad. En el ámbito político, la prioridad de los líderes actuales es mantener la estabilidad social, a fin de fomentar un crecimiento económico a largo plazo. En 2005, el presidente Hu Jintao lanzó su nuevo eslogan de “sociedad de armonía socialista”, que se desprende de connotaciones claramente confucianas, incluso si no se hacen

explícitas: el ideal de “sociedad de prosperidad relativa” de Deng Xiaoping o “gobernanza por la virtud” de Jiang Zemin. La idea de buscar recursos en la administración confuciana del cuerpo social apunta también a proponer una alternativa a la democracia liberal según el modelo occidental. Hoy en día, el mero nombre de Confucio, asociado implícitamente con la armonía, es “prometedor” en el mercado económico, pero también en términos de capital simbólico: además de los famosos Institutos Confucio que florecen alrededor del mundo, en la propia China se asiste a una proliferación galopante de Fundaciones o Centros Confucio.

Manipulación política

Como corolario, las *Analectas* también son objeto de diversas formas de manipulación. En términos de propaganda política, bastará con citar un ejemplo: durante la ceremonia de apertura de los Juegos Olímpicos de Pekín, en agosto de 2008, orquestada por el cineasta mundialmente famoso Zhang Yimou, se vio un cuadro en el cual los soldados del Ejército Popular de Liberación, disfrazados de estudiantes confucianos, coreaban como consignas algunos aforismos de las *Analectas*. Pero es sobre todo en el ámbito educativo donde las *Analectas* encuentran el papel central que tuvieron durante toda la época imperial. Se trata, una vez más, de aprovechar las prácticas educativas “específicamente chinas”, aprovechando los recursos confucianos para devolverle la moral a la sociedad, comenzando con los niños y jóvenes. A partir de la década de 1990 se promueve la aplicación, desde la primera infancia y a menudo en un marco extracurricular, de los métodos “tradicionales” de repetición mecánica y recitado de memoria de los clásicos (empezando por las *Analectas*). Este entusiasmo también afecta a los adultos, a quienes se destinan cursos, seminarios o talleres dedicados a los “estudios nacionales”. También hay iniciativas privadas, encaradas por militantes del “confucianismo popular” en ámbitos urbanos o rurales, que se sirven de internet como un vehículo para la comunicación y la difusión de una magnitud y una eficiencia sin precedentes.

Otra manifestación del renovado interés masivo por las *Analectas* es el libro de Yu Dan traducido al francés con el título lenitivo de *La felicidad según Confucio* (4). La autora, que no es una especialista en Confucio, ni siquiera en cultura china tradicional, es una experta en comunicaciones que convirtió las *Analectas* en uno de los mayores best-sellers de los últimos años. Este fenómeno mediático



© TonyW3112 / Shutterstock

Filosofía. El lugar de Confucio en el pensamiento chino es análogo al de Sócrates en Occidente.

co implica a un público amplio, mediante series de televisión inspiradas en libros como éste, que ya vendió más de diez millones de ejemplares. Bajo la apariencia atractiva de la brevedad y sencillez, de lo que se trata en realidad es de una lectura conservadora y consensuada que, según sus detractores, hace caso omiso de la crítica del poder político contenida en las *Analectas* y reduce su mensaje humanista a un “caldo para el alma”, perfectamente coherente con el lema oficial de estabilización social. Es así como la imagen de Confucio, omnipresente en la China de hoy, reúne los intereses de la “economía socialista de mercado” y los imperativos ideológicos de la “sociedad de armonía socialista”. ■

1. La era Meiji (1868-1912) marca la voluntad de Japón de modernizarse a paso redoblado.
2. Exámenes impuestos para entrar en la administración imperial, formalizados desde el siglo VII.
3. Dirigente de Singapur que fue sucesivamente primer ministro, ministro senior y ministro mentor del primer ministro (su hijo) entre 1959 y 2011.
4. Yu Dan, *Le Bonheur selon Confucius. Petit manuel de sagesse universelle*, Belfond, París, 2009.

*Profesora en el Collège de France, titular de la cátedra de Historia Intelectual de China, codirectora de la colección “Biblioteca china” de la editorial Les Belles Lettres. Es autora, entre otras obras, de una traducción al francés de las *Analectas* de Confucio (Seuil, París, 1981), de una *Histoire de la pensée chinoise*, Seuil, 2002, y de *La Chine pense-t-elle?*, Fayard, París, 2009. Sus cursos en el Collège de France son de libre acceso (en francés, inglés y chino) en www.college-de-france.fr/site/anne-cheng

Traducción: Mariana Saúl



La veloz marcha hacia el cetro
de las potencias mundiales

CHINA, DUEÑA DEL FUTURO

El titánico esfuerzo de China para convertirse, en apenas 35 años, de país subdesarrollado en segunda potencia económica del planeta (y en vías de desplazar a la primera, Estados Unidos) sólo puede mover al asombro. Pero acto seguido sobrevienen la perplejidad y la curiosidad apasionada ante los nuevos dilemas que se le plantean a este país-continente de 1.350 millones de habitantes y los posibles rumbos por los que puede encaminarse su destino.

Lo que cambiará y lo que no cambiará

Un decenio clave para el porvenir de China

por Sergio Cesarin*

La designación de Xi Jingping como secretario general del Partido Comunista Chino, en el XVIII Congreso de la organización celebrado en noviembre de 2012, y como Presidente de la nación a partir de marzo de 2013 marcan el inicio de un decenio decisivo para el futuro de China. Son muchos los desafíos que plantea esta nueva era: la canalización institucional de los nuevos reclamos y protestas de la sociedad; la adopción de medidas que atenúen las crecientes desigualdades y promuevan el bienestar; la liberalización política y de los medios de comunicación sin alterar los presupuestos básicos del sistema; la lucha contra la corrupción. Del éxito con que se afronten estos problemas surgirá el nuevo rostro de China.

No acalladas aún las reverberaciones propias del Año del Dragón y en el contexto de un asumido ciclo de restauración como una de las potencias rectoras del orden global, China transita una fase histórica atravesada por líneas de continuidad y fracturas.

Durante 2013 y cuando se cumplan 35 años de la decisión adoptada por Deng Xiaoping de abrir el país al mundo, la clase dirigente china, su sociedad, obreros, funcionarios, empresarios, campesinos e intelectuales podrán reflexionar –no sin orgullo– y repasar el curso de los acontecimientos. Se trata de una serie de hechos que, en la “corta historia” de vida de la República Popular y el transcurso de una generación, han permitido romper la unicidad política e ideológica y sortear el autoimpuesto aislamiento externo –como ya sucediera en épocas imperiales– para proyectar otra vez el poder chino hacia el mundo. Y mostrar la capacidad de autorregeneración de una civilización milenaria, a través de una profunda metaformosis interna que conllevó reformas económicas y en segundo grado políticas, con indudables impactos en el sistema internacional de poder.

Aporte de novedades

La energía social desplegada, la ruptura de compuertas del pensamiento y del encorsetamiento social e individual bajo la rígida imposición ideológica, han dado paso a un marco multicolor de posturas (son más de cien las flores y las escuelas), visiones, pretensiones, objetivos, aspiraciones nacionales y líneas de acción política que continuarán su curso indetenible, reorganizando la relación mundial de fuerzas tanto a nivel político, económico y financiero como científico-tecnológico.

Es probable que el siglo XXI sea “otro siglo de China”, y que su experiencia de cambio aporte nuevas categorías y valores al debate intelectual del presente y del porvenir.

Al mismo tiempo, el análisis sobre el futuro de China interroga sobre las propias capacidades dirigenciales para asumir errores y reorientar las desviaciones del proceso reformista, sobre cómo la clase política ha de asumir la modernización partidaria como resultado ineludible de una nueva cultura política, surgida en una sociedad urbanizada y más consciente de sus derechos antes que de obligaciones derivadas de prescripciones confucianas e impuestas por la tradición. También restará responder en el futuro inmediato interrogantes relativos a la incorporación de voces discordantes y parámetros contrapuestos a los hegemónicos, y cuyo formato político no sea percibido como una

amenaza directa a los intereses de unidad e integridad nacionales.

Considerando esta perspectiva como un marco general, los equilibrios persistentes y los distintos factores y variables permiten asumir el posible devenir de acontecimientos y un sendero evolutivo sobre la situación política, económica y exterior de China. Comienza un decenio clave para el país; un período considerado de “transición” dentro de la larga marcha iniciada con la instauración de reformas económicas como estrategia general central para recuperar la relevante posición que otrora detentara el Imperio del Medio.

Ajuste y desarrollo

En primer lugar, la continuidad general del proceso reformista no está en discusión, aunque sí sus falencias y debilidades manifiestas en, por ejemplo, una inequitativa redistribución del ingreso.

Otros capítulos destinados a mejorar el clima de negocios mediante la aplicación de “reformas de tercera generación” apuntarán a graduar la intervención estatal en la economía; al relajamiento de restricciones para la movilidad interna de factores como tierra, capital y mano de obra; a la desregulación de sectores vedados o acotados a la inversión externa y del mercado de capitales y el mercado cambiario, a fin de apuntalar la creciente internacionalización del yuan.

Asimismo, deberán mantenerse e incrementarse políticas sociales proactivas a fin de recuperar los todavía restringidos límites de un Estado de Bienestar licuado por las medidas de rápida apertura pro capitalista que se han venido aplicando.

Un capítulo de especial sensibilidad política consiste en reintroducir incentivos que permitan recuperar el sentido perdido de la igualdad de oportunidades, en particular entre las clases menos favorecidas y los nuevos pobres. Porque si bien las reformas han permitido el surgimiento de una clase de “nuevos ricos”, también han creado “nuevos pobres”, que nutren un conjunto de poblados y ciudades periféricas a las grandes urbes y constituyen aglomerados heterogéneos compuestos por desplazados internos. No son el producto de penalizaciones extremas como el destierro o las deportaciones en masa decididas por la voluntad unipersonal del “líder supremo”, sino de la reingeniería social que supone aplicar la lógica transaccional del capitalismo más duro al entramado de una competitiva sociedad. Los factores que se agregan son: la sobreexpansión y especulación en el sector inmobiliario; el desarrollo



© ChameleonsEye / Shutterstock

Control. Una de las claves del futuro de China es la capacidad del régimen para garantizar una apertura política controlada, en la que los militares cumplirán un papel central.

de las infraestructuras; el avance de las industrias y la rápida urbanización, que han generado impactos negativos particularmente para el campesinado, que ha visto reducidas o perdidas sus tierras.

El rápido pasaje de una sociedad rural a una sociedad urbano-industrial en apenas tres décadas –tal como suponía Deng– acarrearía costos no deseados que la dirigencia debería poder absorber antes que las tensiones desde “abajo” provocaran fracturas graves en el sistema de gobierno. En síntesis, se trata de aplicar un proyecto de continuidad reformista que privilegie el desarrollo por sobre metas cuantitativas de crecimiento desordenado. El primer viaje realizado al sur (Guangdong) por el flamante presidente de China y secretario general del Partido Comunista, Xi Jinping (sucesor de Hu Jintao), luego del XVIII Congreso (noviembre de 2012), estuvo cargado precisamente de este simbolismo: re-memorar el viaje a Shenzhen efectuado por Deng Xiaoping en 1992, para afianzar definitivamente el curso reformista de China.

Así considerado el futuro inmediato, el fortalecimiento del poder económico de China convalidará el creciente papel de sus empresas globales (transnacionales) en el sistema mundial de producción, su posicionamiento en áreas de alta tecnología y la búsqueda de nuevos nichos tecnológicos, mediante, por ejemplo, la exploración espacial.

Al mismo tiempo, se operará una fuerte proyección de su poder financiero, mediante em-

préstitos y créditos a países en desarrollo (los latinoamericanos serán destinatarios privilegiados por sus grandes recursos naturales) e incluso hacia las alicaídas economías europeas y desarrolladas.

En el orden interno, se pondrá en práctica una voluntad reformista que –según los expertos chinos– apuntará a fortalecer el consumo interno (que significa hoy el 35% del PIB) para reducir la dependencia de inversiones externas y exportaciones. Es probable que la nueva dirigencia deba afrontar cruciales demandas sociales y familiares sobre la “política del hijo único”. También, el país deberá encarar en el futuro presiones competitivas cuya resolución dependerá de cómo se procesen las demandas cada vez más acuciantes sobre flexibilización.

Reclamos de liberalización

Junto a estas urgencias socio-económicas, un menú de “asignaturas pendientes” nutre la agenda del próximo gobierno y presenta temas preocupantes para la sociedad china en general.

Los debates intelectuales, los planteamientos de líderes empresarios, cuadros políticos y, fundamentalmente, de las nuevas generaciones guiadas por un espíritu de apertura mental y ansias de mayor libertad hacen hincapié en la necesidad de:

1.- Revertir los altos niveles de corrupción en la dirigencia política de inferior y superior jerarquía (al respecto, el discurso del ex pre-

→ sidente Hu Jintao instando a combatir la corrupción en los altos cuadros, porque en ello se juega la supervivencia del Partido, es altamente aleccionador).

2.- Sentar las bases de una moderna sociedad fundada en la aplicación de la ley como principio ordenador supremo, equiparador de cargas y derechos individuales y colectivos. (En tal sentido, una reforma constitucional, que introduzca enmiendas que amplíen los derechos y garantías individuales y reduzca la subordinación de la Constitución a la Ley de Seguridad del Estado, no debe ser descartada).

3.- Realizar una pautada y acordada liberalización política, puesta en práctica con el relajamiento de las medidas coercitivas imperantes sobre los individuos, las organizaciones sociales, los medios de comunicación, las redes sociales e Internet en general.

Se trata, sin duda, de un conjunto de novedosos desafíos políticos que emergen en una “sociedad de redes”, y que la clase dirigente viene tratando de apaciguar con antiguas recetas, cada vez menos efectivas.

Continuidad del liderazgo comunista

Las tensiones que el inmenso país asiático enfrenta en este “decenio clave” no supondrán la pérdida del liderazgo político indiscutido del Partido Comunista Chino (PCCh); en tal sentido, poco realista es suponer que los desafíos que tiene ante sí la principal fuerza articuladora de la China moderna significarán el abandono de espacios de poder real.

Pero sí repercutirán en el progresivo repliegue en espacios periféricos de control en beneficio de la sociedad y de sectores de interés (empresarios individuales, privados, obreros, organizaciones campesinas, asociaciones profesionales, intelectuales, formadores de opinión) que, mediante iniciativas de auto organización, en última instancia interrogan al poder político y ponen en jaque el sistema establecido de imposición de valores por parte de la élite dirigente.

El PCCh sigue siendo la única fuerza política cohesionada y organizada de China que aún concentra los beneficios derivados de un “contrato social” vigente, asentado sobre dos realidades históricas, una más difusa y otra más concreta: ha sido el artífice de la unidad política de una atribulada China, hecho fundante gracias al cual es posible construir hoy un proyecto común, por más matices y disputas que éste presente; y en segundo término, ha sido capaz de asumir el cambio, adaptarse a nuevas realidades y abrir el país al mundo. En líneas generales, el PCCh acredi-

ta una exitosa gestión de reformas económicas en el país más poblado del mundo. De tal forma, si algo ha hecho el Partido por el país ha sido, básicamente, devolver el sentido de autoestima, respeto, amor propio y orgullo a la nación china, amalgamados por un sentido identitario común fundado en la herencia imperial y las más antiguas tradiciones filosóficas, doctrinarias y socioculturales.

Durante el mandato del ex presidente Hu Jintao, significativamente, se revitalizaron las “tradiciones confucianas” y se entronizó la aspiración del viejo sabio de una China que fuera modelo de una “sociedad armoniosa”. Por otra parte, la acción de gobierno de los dirigentes comunistas logró desplazar de la conciencia nacional y del corazón de los ciu-

ferviente no ha logrado desplazar de la cultura política china.

Cohesión y heterogeneidad

La cohesión partidaria no significa homogeneidad; muy por el contrario, persisten disímiles intereses dentro del Partido que se expresan en diferentes cosmovisiones sobre el modelo esperado de país.

La velocidad de las reformas, la necesidad de reticular el tejido social mediante políticas asistencialistas, el tipo y rol de las instituciones (políticas y económicas) a crear en una moderna sociedad urbanizada, el alcance de la participación social en la toma de decisiones públicas, la importancia de evitar una “crisis de expectativas” que derive en una “crisis de representatividad” como resultado de desequilibrios acumulados en más de tres décadas de reformas pro capitalistas son algunos de los ejes del debate que definen intereses y dividen posiciones intrapartidarias. Hay otros puntos, como el abandono o la negación de la historia revolucionaria como “tipo ideal” de acción política en la China de hoy, o la aceptación o negación definitivas acerca de una “hoja de ruta” hacia la democracia.

Se trata de discordancias abiertas por problemas de naturaleza política que, en última instancia, expresan cambios en las relaciones internas de poder ligados a tensiones en el sistema económico, y se procesan de manera más o menos pública en una sociedad con mayor acceso a la información.

Las facciones internas conviven desde la misma fundación del Partido y han sido expuestas con total crudeza durante la última transición hacia una nueva dirigencia política encabezada por Xi Jinping.

Los desacuerdos entre los líderes partidarios, poco afectos a exhibir forcejeos ante la opinión pública nacional e internacional, mostraron las dificultades para lograr consensos clave sobre el futuro del país. La entronización de un *princeling* como Xi coronó los acuerdos alcanzados (Hu-Jiang) sobre la base de la “alternancia” prevista entre facciones (*princelings* y *tuanpai*). Pero no sin antes superar duras batallas personales y entre sectores de interés, que incluyeron desde mutuas acusaciones y ataques directos, y la movilización aliñasta por parte de los denominados *neo maoístas* (con el ex alcalde de Chongqing, Bo Xilai, a la cabeza) en busca de apoyo en las Fuerzas Armadas frente al ascenso de los “liberales”, hasta la denuncia pública por parte de altos dirigentes, como el *premier* Wen, cuya voz (en conferencia de prensa) informaba sobre las maniobras conspirativas de la “oposición interna”.

Las facciones internas conviven desde la misma fundación del Partido y hoy son evidentes.

dadanos las rémoras de un pasado oprobioso, signado por el dominio y subordinación colonial, así como la memoria de las tribulaciones padecidas durante decenios de gobierno autocrático y unipersonal.

Quienes postulan el pronto fin del sistema de partido único deben considerar que la “resiliencia partidaria” se funda en una historia de acontecimientos (regulares o epopeyicos) que de manera permanente han desafiado la acción y conducción político-partidarias.

Si bien lejos de las grandes luchas revolucionarias, la supervivencia de cuadros luego de persecuciones y purgas internas, la erosión constante de las bases de poder y la pulsión por el entramado secreto de alianzas forman parte del ADN del comunismo chino. Éste se caracteriza por el constante apremio hacia y por parte del adversario-enemigo, la permanente disposición para el combate, la necesaria unidad en la doctrina, las previsiones para tiempos de crisis, la eficacia que se funda en la disciplina y una lectura minuciosa de los rasgos del oponente y de sus movimientos. Por cierto, se trata de los principios que conforman el paradigma del gran estratega clásico chino Sun Tzu sobre el arte de la guerra; principios que aun el capitalismo más

Como notaciones importantes cabe destacar que la batalla interna mostró evidentes impactos más allá de las fronteras. Sus contornos y gravedad ampliaron su radio de acción, involucrando, incluso, a actores externos como Estados Unidos, país cuyo consulado en la ciudad de Chongqing dio protección al ex Jefe de Seguridad del municipio, Wan Lijun, perseguido por fuerzas de seguridad en pleno fragor de la lucha interna. Una situación que puso en aprietos a los máximos dirigentes del país, que, azorados, asistían a la petición de garantías de protección física por parte de un ciudadano y funcionario chino ante un gobierno extranjero –y para algunos, “adversario-enemigo”–.

Estos hechos fueron una advertencia acerca de la relativa fragilidad interna de un país que se postula como superpotencia planetaria, y sobre el cual pesa la responsabilidad de ofrecer “predicibilidad”, considerando los impactos que la inestabilidad doméstica pueden generar sobre la gobernanza internacional. La transición hacia un nuevo liderazgo, además, ofreció otro costado innovador: la “socialización” de las tensiones inter facciones, al intentarse captar mediante la utilización de los medios masivos de comunicación el apoyo de la sociedad. De esta forma, la acción comunicacional buscó mostrar un signo de transparencia política ante las dificultades para alcanzar acuerdos profundos.

Finalmente, una calibrada reasignación de espacios de poder entre facciones en tres áreas clave –a) la económico-empresarial, que incluye a los grandes conglomerados empresariales estatales y privados; b) el control del poder militar, y c) el manejo del aparato de propaganda y seguridad del Estado–, acalló los clamores y recentralizó la autoridad en el nuevo liderazgo colectivo.

Geopolítica y realismo duro

El “decenio clave” supone el regreso definitivo de la geopolítica como herramienta teórico-metodológica para comprender la lógica de la construcción del poder nacional, integral y “duro” por parte de China como sostén y garantía de sus ampliados intereses regionales y de ultramar.

En el futuro decenio, su renovado poder militar y científico-tecnológico abre interrogantes sobre dos aspectos centrales: el equilibrio interno de fuerzas entre poder político-civil y militar, y, en segundo término, cómo la creciente preponderancia de las Fuerzas Armadas se manifestará en una postura pro belicista a nivel regional y en relación con Estados Unidos.

Tal como ha ocurrido desde la misma génesis de la República Popular, el papel histórico del Ejército Popular de Liberación (EPL) le otorga un “derecho de voto” que puede ejercer ante posibles desviaciones doctrinarias o antinacionales. El rol del Ejército ha sido clave en la unificación del país, el sostenimiento del PCCh en el poder, el resguardo de la integridad territorial de China y la construcción de su estatus como potencia emergente. Por lo tanto, no existen motivos para desconocer que cuanto más débil o debilitada aparezca la dirigencia política, mayor injerencia tienen las Fuerzas Armadas en la toma interna de decisiones.

Si bien rige el principio de “subordinación del Ejército” al Partido, no necesariamente debe verse esta correlación de fuerzas como inmóvil, sino en un espectro dinámico que evidencia una creciente presión por parte de las Fuerzas Armadas para obtener aumentos en las asignaciones presupuestarias, ampliar los negocios del complejo militar-industrial, e incluso en el diseño e implementación de la política exterior china.

En tal sentido, la voz crítica de los militares chinos se hace escuchar cada vez con mayor nitidez en contra de Japón, considerando su iniciativa sobre “nacionalización de facto” de islas (Senkaku/Diaoyou) reivindicadas por China como propias; el creciente poder militar de India y la evolución de las relaciones con Estados Unidos y las sospechosas maniobras de “contención” de este país en alianza con naciones del Sudeste de Asia, entre otras.

Las directivas del nuevo presidente Xi a las fuerzas militares sobre la necesidad de “incrementar las capacidades para el combate real en la era de la información” demuestran no sólo el ritualismo impuesto a quien como líder se le reclama rendir honores al Ejército, sino el posible desplazamiento del discurso político hacia una línea más pro nacionalista dura en un contexto de creciente hostilidad regional.

El desafío de entender

La China del “decenio clave” se caracteriza por una gran vitalidad política y de ideas. Aún cuando suele preggonarse el inmovilismo de su clase dirigente y la escasa permeabilidad para captar nuevos enfoques, la efervescencia de ideas nutre la acción de organizaciones académicas, *think tanks* y agencias de gobierno que, con una variada riqueza de matices, vislumbran un posible futuro para su país.

Estas opiniones se enmarcan, en general, en la comprensión de datos fácticos, como son la nueva posición internacional de China y su



© feiyuezhangjie / Shutterstock

Crecimiento. Aunque más moderadamente, China seguirá creciendo en los próximos años.

renovado poder económico. Así, se debate e intercambian ideas acerca de, entre otros temas, la correlación que debe existir entre poder y nuevas responsabilidades internacionales; las necesarias respuestas que la “superestructura política” deberá dar a las nuevas condiciones de una “infraestructura social” en una sociedad de redes o realidades híbridas; el aporte específico de valores chinos a la globalización en el marco del “diálogo intercultural” y no del choque civilizatorio, y los modos en que China ejercerá su influencia global, en particular sobre naciones en desarrollo. No podría ser de otra manera, en tanto dirigentes y parte de la “intelligenzia nacional” asumen que deberán, tarde o temprano, ejercer aún mayores responsabilidades cedidas por la comunidad internacional.

Sobre estos aspectos cruciales para la China del futuro poco conocemos, por lo que es tiempo de ampliar el abanico temático en la academia latinoamericana; si nuestro futuro está inexorablemente ligado al de China, el “modelo de país” por el que opte en definitiva también tendrá impactos internos y en nuestro posicionamiento internacional durante el presente siglo. ■

*Coordinador Académico de la Especialización en Economía y Negocios con Asia del Pacífico e India de la Universidad Nacional de Tres de Febrero (UNTREF). Último libro publicado, en coautoría con Carlos Moneta: *Tejiendo redes. Estrategia de empresas transnacionales asiáticas en América Latina*, EDUNTREF, 2012.

PROCEDENCIA DE LOS TEXTOS

La avasallante Revolución Cultural, por Solange Brand, página 7: tomado de *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, nº 124, octubre de 2009.

Canción de combate, página 8: tomado del libro *Poesía china: del siglo XXII a.C. a las canciones de la Revolución Cultural*, selección y traducción de Marcela de Juan, Alianza Editorial, Madrid, 1973.

Tribulaciones de un campesino chino, por Xu Xing, página 11 tomado de *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, nº 38, agosto de 2002.

Utopía, realidad, catástrofe, por Maria-Antonietta Macciocchi, página 15 tomado del libro *Revoluciones que cambiaron la historia*, traducción de Víctor Goldstein, *Le Monde diplomatique/Capital Intelectual*, Buenos Aires, 2012.

Bandidos rojos, por Edgar Snow, página 16 tomado de *Étoile rouge sur la Chine* (1938), París, Stock, 1965. Traducción del fragmento de Víctor Goldstein, en *Revoluciones que cambiaron la historia*, *Le Monde diplomatique/Capital Intelectual*, Buenos Aires, 2012.

De la rebelión al imperio del mercado, por Wang Hui, página 21 tomado de *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, nº 34, abril de 2002.

¿Qué capitalismo es el chino?, por Maurice Meisner, página 29 tomado de *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, nº 99, septiembre de 2007.

Y China despertó, por Ignacio Ramonet, página 34 tomado de *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, nº 62, agosto de 2004.

Dos viajeros argentinos, por María Rosa Oliver y Norberto Frontini, página 35 tomado del libro “*Lo que sabemos hablamos...*”. *Testimonio sobre la China de hoy* (1955). Recogido en *Hacia la revolución. Viajeros argentinos de izquierda*, selección y prólogo de Sylvia Saítta, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2007.

¿Podrán los comunistas cambiar el país?

y **Hacia un partido selecto**, por Jean-Louis Rocca, páginas 37 y 38 tomados de *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, nº 109, julio de 2008.

El despertar de los trabajadores, por Isabelle Thireau, página 43 tomado de *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, nº 135, septiembre de 2010.

Ser o no ser imperialista, por Michael Klare, página 51 tomado de *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, nº 159, septiembre de 2012.

Un modelo envidiado, por Serge Halimi, página 54 tomado de *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, nº 128, febrero de 2010.

El giro de Pekín, por Martine Bulard, página 57 tomado de *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, nº 141, marzo de 2011.

En busca del equilibrio, por Shen Dingli, página 61 tomado de *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, nº 155, mayo de 2012.

Un matrimonio muy desigual, por Natalia Zuazo y Matías Rohmer, página 65 tomado de *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, nº 159, septiembre de 2012.

China en el objetivo de los chinos, por Philippe Pataud Célérier, página 73 tomado de *Le Monde diplomatique*, París, enero de 2013.

Poemas chinos, página 76 tomado del libro *Poesía china: del siglo XXII a.C. a las canciones de la Revolución Cultural*, selección y traducción de Marcela de Juan, Alianza Editorial, Madrid, 1973.

Confucio o el eterno retorno, por Anne Cheng, página 79 tomado de *Le Monde diplomatique*, París, septiembre de 2012.

FUENTES DE LOS GRÁFICOS

Mecanización del campo, página 12
Fuente: China Statistical Yearbook 2012 y 1995, National Bureau of Statistics of China.

Migraciones, página 13.
Fuente: Indicadores Internacionales sobre Desarrollo Humano 2012, PNUD.

Economía privada, página 23

Fuente: Elaboración propia en base a Indicadores del Desarrollo Mundial 2012, Banco Mundial.

Cae el empleo estatal, página 24

Fuente: Elaboración propia en base a China Statistical Yearbook 2012, National Bureau of Statistics of China.

Electricidad, página 30

Fuente: Elaboración propia en base a Indicadores del Desarrollo Mundial 2012, Banco Mundial.

Parque automotor, página 33

Fuente: China Statistical Yearbook 2012, National Bureau of Statistics of China.

Informatización, página 33

Fuente: China Statistical Yearbook 2012, National Bureau of Statistics of China.

El destino de las exportaciones, página 52

Fuente: Elaboración propia en base a Indicadores del Desarrollo Mundial 2012, Banco Mundial.

Potencia exportadora, página 53

Fuente: Indicadores del Desarrollo Mundial 2012, Banco Mundial.

Carrera armamentista, página 62

Fuente: Elaboración propia en base a Indicadores del desarrollo mundial 2012, Banco Mundial.

Carrera económica, página 62

Fuente: Elaboración propia en base a Indicadores del Desarrollo Mundial 2012, Banco Mundial.

MAPAS

El eje de la globalización, por Philippe Rekacewicz, página 46

tomado de *Le Monde diplomatique*, París, septiembre de 2012.

Una aspiradora mundial, por Philippe Rekacewicz, página 68

tomado de *El Atlas III de Le Monde diplomatique/Capital Intelectual*, Buenos Aires, 2009.



Precio del ejemplar: \$40

ISSN 2314-2480



CHINA La dueña del futuro: Tradición y cambio **De la Revolución Cultural al capitalismo** La rebelión contra el mercado **Tiananmen** Migración a la ciudad **Capitalismo al estilo chino** Crecimiento **Los trabajadores despertan** El Partido Comunista en transformación **Desigualdad** El dilema imperialista **Exportaciones** Competencia y cooperación con Estados Unidos **La relación con Argentina** Soja **Siempre Confucio**

EXPLORADOR

El mundo cambia

1